MONT3CRYPTO

Borrador

Chuloso

# I

*Change is the only universal constant. If even the astral bodies are subjects to such law, ¿how can humankind claim to be exempt of such phenomena?*

No, change is inevitable; however, it is possible to be prepared, to a greater or lesser degree, for when the paradigm shifts. Problems happen when changes happen too fast; an avalanche that transforms everything it touches at lightning speed.

The revolution that cryptocurrencies brought in 2040 was comparable to the emergence of the Internet at the beginning of the new millennium. Although its appearance was at the beginning of the millennium, its flowering was slow, with signs impossible to ignore for those who knew how to interpret the information; for the rest of the world the dance of change occurred behind a veil of shadows. Little by little, the sharp tip of leadership that the United States held was crushed and the opportunity was seized by China.

Russia later joined him and it was no longer one, but three heads, which led the world into the future. Ethereum, Chainlink, Aldos, Applancer all replaced the current currencies, but the number one spot belonged to the first currency: Bitcoin.

The cryptocurrencies stopped being used only in transactions of the Dark Network and became part of the day to day; be it buying toilet soap or company stocks, everything revolves around digital currencies, and this includes the lives of eleven billion people who crowd the different citadels of the planet.

In the Citadel D-C, one of the most populated cities in the entire globe, it was the starting point of the story.

The icy light from the digital clock illuminated the glass and metal surfaces with a pale aquamarine glow; anyone who saw his reflection might think he was seeing a specter out of a Shakespearean play.

There, hunched like an owl over its prey, was Desmond. Eyes wide open and behind a pair of glasses that reflected the six screens in front of him. The pupils danced from right to left in a frenzied waltz as his brain processed torrents of information from his work.

One of the screens flickered for an instant, but that was enough to make Desmond blink for the first time in a minute: hence came a chain reaction: a burning elbow, a buzzing in the ear, and finally the crescendo of discomfort, a loud sneeze that buried Desmond's concentration and his desire to continue working. After a yawn, he reached across the desk and grabbed his old cup of coffee, now cold, before looking at the desk clock.

*-4:32. Creo que me propasé hoy. Oh bueno, trabajar extra va a rendir sus frutos algún día; además, el Home Office es preferible a estar encerrado en alguna oficina como cualquier otro autómata.*

En ese momento uno de los monitores cobró vida en un destello de luz blanquecina que lo hizo entrecerrar los ojos. El timbre en escala triple le hizo saber, mucho antes de que su visión se recuperara, de que era una llamada entrante por Meet.

Sin pensarlo, Desmond deslizó su mano sobre la pantalla táctil y aceptó la llamada concomitando el decrecimiento del volumen al 3% del total general. Instantáneamente una voz áspera, igual que escuchar un cepillo de cerdas metálicas raspar sobre piedra laja, lo saludó con un particular acento que confundía múltiples consonantes.

-Saludos, Desmund.

-Ah, Wen. Supongo esta no es una llamada social, nunca las haces -saludó Desmond al recuperarse-. ¿Qué tienes para mí el día de hoy?

-Posible intelés pol emalques salidos de la ciudadela HHK, su destino es Amelika.

-A diario hay unos ciento veinte cargueros que embarcan en los astilleros del Pacífico. ¿Qué mérito tendrían estos para ser investigados?

-Altíkulos de oligen animal.

-Oh… OOH.

-Sí. Como sabemos, tlanspoltal metanfetaminas son años de plisión… Y tlanspoltal semen de especies exóticas solo causa una multa y un legaño pol los encalgados de calgo.

-A menos que un agente intervenga… Interesante. Muy interesante Wen. ¿Tienes la matrícula del carguero?

-IMO 9864649. El lastleadol tiene un tiempo ploglamado de un día pala que llegue a costas de Amelika.

-Buen trabajo, Wen. Si la información es fidedigna tendrás tu tajada en cuanto el papeleo se libere.

-¿Cuándo te he dado falsas pistas, Desmund?

-Admito que tienes un historial impecable, Wen. Pero jamás se debe descansar en la complacencia; un poco de sano escepticismo nunca estuvo de más -rebatió Desmond terminando su café de un sorbo-. En todo caso, deberías tomarlo como un cumplido; te estimo lo suficiente para prestar atención a tu encuentro de contrabando. Sólo habrá que incautarlo.

-Eh, suena justo -admitió Wen encogiéndose de hombros.

-Y dime, ¿no tienes nada en el radar de Bogdan?

-De momento nada en el nolte, los lusos están tlanquilos. Si se de algo te mantendlé infolmado.

Wen sonrió con una mueca que dejó ver sus dientes torcidos antes de cortar la transmisión. Desmond contempló la pantalla y frunció los labios, nuevo trabajo por hacer; aunque su cerebro y ojos le exigían descansos a gritos… decisiones, decisiones…

Cuando Desmond abrió los ojos el ardor de éstos había desaparecido casi por completo, aún quedaba una quimera de escozor que, sin duda, se alzaría en fuerza a medida que el día transcurriese hasta volverse la habitual sensación de tener los ojos en fuego cerca de la medianoche.

Tras un gruñido de incomodidad, Desmond se incorporó de su silla y arrastró los pies hacia la ducha. Ahí el agua de la regadera hizo su trabajo de despertador con una brusca caricia gélida.

Una hora más tarde Desmond abandonó la penumbra de su domicilio y se aventuró en las calles de la ciudadela. Un laberinto de calles con color neón hasta donde el ojo podía ver, con cielos de nubes color plomizo e hileras de direccionales y placas del tráfico.

*-A este punto todo el día es hora pico.*

Desmond le dio una buena inhalada al aire polucionado y se puso en marcha hacia la tienda de víveres más cercana: dos niveles y medio bloque debajo de su apartamento.

Honestamente el viaje a la tienda era completamente innecesario. Podía pedir los víveres desde la comodidad de su apartamento y le serían entregados en un cuarto de hora con un cargo a su billetera electrónica; ya era raro ver a la población de trabajos bien remunerados en las aceras de la ciudadela.

*-No, no, tienes que salir Desmond. No puedes quedarte ensimismado en el apartamento todo el día. Así la ciudadela huela a culo es necesario salir a estirar las piernas de forma natural, no estar como hámster en el gimnasio de la pared.*

Una sonrisa se dibujó en la comisura de los labios de Desmond, era el gesto de alguien que se sabía maestro en la autocrítica. Sus músculos se activaron y a un paso tranquilo descendió por los escalones de metal; con cada metro que descendía el aire se viciaba con olores diversos, tanto acres como ácidos. Era el hedor de los niveles medio-bajos, una mezcla inconfundible de basura y orina.

Tras diez minutos de caminar Desmond llegó a la tienda de su preferencia; un local simple, escondido entre el concreto de una peluquería y una cantina de mala pinta. En cuanto entró, el locatario le sonrió mientras limpiaba el mostrador; a Desmond siempre le pareció que ese rostro rechoncho y rojizo era más parecido a una manzana que a un humano.

-Bienvenido, Desmond. Recién desinfecté los canastos, y te recuerdo que hoy hay promoción en las sopas instantáneas; 3x2 en todas las marcas.

-Gracias Joe -murmuró Desmond mientras recogía una cesta.

En cuestión de minutos la cesta se llenó y Desmond procedió al pago en la caja.

-Sigo sin entender que rayos haces en este subnivel -le dijo Joe al tiempo que marcaba un envase de bebida energizante-. Probablemente tienes envíos gratuitos a tu casa por tu trabajo, o hasta tienes un hipermercado más cercano.

-Eh. No hay nada como salir y estirar las piernas un poco, Joe. El gimnasio en casa no es sustituto para una buena caminata por el bloque de habitáculos; y desde A-Foods no puedo comprobar la frescura de mis compras.

-Uy, claro, la frescura es muy importante en carne enlatada que tiene como fecha de caducidad el 3060 -replicó Joe sacudiendo una lata grande-. O cualquier otro producto, para ser honesto. ¿Y quién puede olvidar el olor de la zona?

-Al menos es preferible al buqué de los niveles inferiores.

-No es como que haya mucha diferencia en la peste. Básicamente es como si me dieran a elegir entre tener cáncer de páncreas o de colon; me gustaría respirar aire limpio en mi tienda, no saturado de olor a Simple Green -refunfuñó Joe adquiriendo un color rojizo en su rostro-. Y listo, puedes pagar.

Desmond se acercó al lector de huellas digitales y seleccionó Ethereum como manera de pago. Cuando en la pantalla de compra se reflejó el precio de los artículos Desmond sintió que el calor de la sangre le abandonaba por sus poros y por su espina corría un relámpago que le erizaba el poco vello corporal que tenía.

-¿Pero qué diablos, Joe? -estalló Desmond encarando al dueño del local-. El mes pasado que compré las mismas cosas los precios estaban a la mitad. ¡Carajo, las verduras se fueron al cielo!

-Culpa al mercado, no a mí. Es más rentable tener granjas de carne que terrenos agrícolas; ahora los vegetales son productos de lujo.

-Egh; debería haber incentivos para una dieta balanceada; pero, como dijiste, el mercado manda. Bitcoin mueve el mundo, así que la carne tiene prioridad. Joder. Quita dos latas de ensalada campesina y una de elote; pon el equivalente en carne enlatada.

-Quizás con esto al fin decidas hacerme caso y mover tus influencias en el gobierno para que arreglen la maldita economía y los mercados. Tanto impuesto sofoca a cualquiera -le gruñó Joe cambiando la orden por medio cartón de carne enlatada.

-Los impuestos son necesarios. ¿Cómo tendría trabajo yo y te compraría si no fuese gracias a las contribuciones de todos?

-En ese caso no te quejes del costo de las cosas y paga. Maldita situación económica.

-Que curioso, nada les agrada. Primero se quejaban porque el gobierno no dejaba de intervenir los precios de las criptomonedas y ahora porque no son tan reguladas como antes. Total, nadie le puede dar gusto a la población.

-El problema es como lo han lidiado -objetó Joe cruzándose de brazos-. La mayoría de las personas promedio tenemos que bailar al son del precio de las criptomonedas mientras que los que invirtieron al inicio cada vez se hacen más asquerosamente ricos.

-¿Y eso que tiene de raro? Fue una inversión a largo plazo en la cual pudieron perder su capital. Es capitalismo puro -rebatió Desmond empacando sus compras en una bolsa de tela.

-Si, bueno, si todos hubieran sabido el futuro la inversión en criptomonedas habría sido mayor.

-Además, si no mal recuerdo, a principios del milenio la gente tenía que lidiar con una inflación horrenda.

-Ninguna solución parece ajustar al problema del dinero. Si hay mucho, no vale nada, si hay poco vale mucho, pero nadie tiene. ¿Cómo carajos se supone que tengamos una vida como te la pintan en el sueño americano?

-Ni idea, Joe. Me encantaría quedarme aquí a discutir de economía y quizá fumar un cigarrillo contigo, pero tengo un itinerario un tanto ajustado por cumplir.

-¿Otra redada?

Desmond asintió y salió del local; tenía dos horas libres antes de tener que tomar el tren magnético con destino a los puertos. Era tiempo más que suficiente para comer, arreglarse, inclusive ver las noticias…

Quince minutos más tarde Desmond estaba en el magnariel con una cantimplora llena de fideos instantáneos y con el cabello aún escurriendo gotas de agua. El vibrar de su pulsera rompió la concentración que tenía en ver a los transeúntes ir y venir por el andén. Desmond replegó la manga de su camisa y en cuanto le dio un golpecito a la pulsera ésta hizo un puente de luz hasta el brazalete que tenía cerca del final del antebrazo. Sobre su piel ligeramente bronceada los fotones pintaron la imagen de un hombre cuyo rostro era un mapa en el cual se podían leer los años. Tenía una mandíbula fuerte, ligeramente salida, bajo un poblado bigote de sal y pimienta; era casi tan intimidante como sus ojos esmeralda.

-Hola jefe -saludó Desmond con una sonrisa torpe.

-Pero que diantres, Feltz, puedo ver las gotas de agua escurrir en tu cabello. Y tienes unas ojeras que te hacen pasar por un cadáver; tu pase de agente indica fue utilizado en el magnariel hace dos minutos.

-Erm, sí.

-Te ordené que tomaras unas vacaciones, Feltz. Te desmayaste en la conferencia por trabajar de más. ¿Qué acaso no tienes otra cosa que hacer?

-Pues, sí, jefe; pero necesito el dinero para tener una boda decente con Michelle, esas cosas no salen baratas en absoluto. Además, tengo una pista confiable sobre un cargamento; necesito ese bono.

-Ay, dios… Está bien. ¿Dónde vas a necesitar apoyo?

-Puerto Seattle. Anexo la matrícula del carguero que persigo, jefe. De ser posible quiero hacer esto con la menor cantidad posible de ruido; pero nunca está de más el contar con alguien que me cubra la espalda.

-Te mandaré a Jyrk y tendré a la unidad especial montando un cordón discreto en caso de que la situación salga mal.

-Gracias por el apoyo, jefe. Es un placer trabajar bajo su mando.

-Yo no sé que decirte a ti -gruñó el viejo pasándose una mano sobre el escaso cabello que le quedaba-. Por una parte, eres justo lo que pedí: un agente comprometido con el trabajo que lo da todo día a día; y justo eso es el problema… eres demasiado entregado. Yo no sé si estás persiguiendo mi posición, ya que mi retiro está a la vuelta de la esquina, o si haces esto por amor a la justicia; pero tanto esfuerzo no te va a dejar nada bueno. Tómate un descanso, Feltz. Es en serio.

-Ya habrá tiempo de descansar cuando esté muerto, jefe.

-A este ritmo eso será en seis años -finalizó el viejo y el holograma de la transmisión se cortó.

Desmond se quedó con la boca abierta y su argumento murió en su garganta. La nariz le escoció; siempre que le impedían responder la nariz le picaba de la frustración sentida.

*-Quizá tiene razón. Debería tomar las cosas con más calma… aunque, ¿retiro? No suena mal volverme jefe de sección; más responsabilidades significan una mayor libertad para operar en el país… Y una paga más sustanciosa; con eso podría costear los lujos de Michelle.*

Desmond miró por la ventana de nuevo, justo a tiempo para ver como el tren se ponía en marcha y el andén se alejaba cada vez más rápido. Atrás quedaron las personas, las luces brillantes de la gran estación, el paisaje cambió de los gigantes de concreto, acero y cristal con un cielo gris plúmbico a parajes agrestes; de verde vibrante libre de la mano del humano con nubes del color de la nieve fresca.

Pese a la velocidad del magnariel, las leguas eran largas desde la ciudadela D-C hasta Puerto Seattle. Desmond en cualquier momento pudo conectarse a la red inalámbrica del tren para ver videos o leer; pero en vez de hacer eso optó por reproducir música y dormirse entre acordes de techno, después de todo había tiempo.

Una mano lo sacudió y Desmond se despertó de un sobresalto, instintivamente buscó en su cintura el arma que cargaba como parte de su equipo de trabajo. Estaba allí, pero era innecesaria; la sonrisa de la asistente del vagón le hizo saber que habían llegado a su destino.

*-Tensión en la comisura de la boca, temblor en el labio inferior, pupilas ligeramente dilatadas y postura ligeramente retraída… la asusté.*

-Muchas gracias por despertarme, hizo un excelente trabajo -dijo Desmond con un tono suave y delicado-. Espero tenga un buen turno y llegue con bien a su casa.

-Gracias -le respondió la señorita y sus hombros visiblemente se relajaron.

Al salir del vagón los sentidos de Desmond fueron recibidos por un porrazo de sensaciones que le hicieron casi vomitar. La brisa salada trajo recuerdos de pesca cuando tenía ocho veranos, pero este viento salado estaba acompañado del ácido rastro del acero oxidado. El sonido de maquinaria pesada a lo lejos se alzaba por encima del bullicio de la multitud como un bramido apagado que le recordaba a todos el punto de principal importancia de la zona; el frío de la noche roía la carne con colmillos de hielo y las estrellas apenas si eran visibles en un cielo abierto.

Desmond puso marcha hacia los puertos mientras utilizaba su computador de brazalete para rastrear el carguero objetivo. Las barreras que tenía la información de los puertos se desvanecieron ante su identificación gubernamental; el objetivo estaba atracado en el muelle J-12.

A fin de cercarle el paso a los contrabandistas, Desmond buscó en el archivo público los planos del puerto y se dispuso a analizarlos no bien estuvo dentro del astillero; una expansión de metal y agua salada tan vasto que se extendía más allá de la vista con un esqueleto fantasma de grúas y armazones de los cuales pendían cables igual a las hojas del sauce.

Desmond encontró un lugar en el cual apoltronarse y analizó los planos a tal grado que olvidó por completo sus alrededores, no se dio cuenta de la silueta que, poco a poco, se aproximaba por su retaguardia.

-¡Quieto y manos sobre el pavimento! -exclamó el extraño y Desmond sintió algo frío y duro sobre su nuca.

*-¿Serán los chinos? ¿Me atraparon? ¿Cómo sabían que estaría esperándolos?*

Desmond sabía que tenía todas las cartas de perder, así que, de momento, era mejor seguir las órdenes y después, cuando fuese posible, buscar una forma de escapar o comunicarse con su jefe. Desmond se arrodilló, puso las manos sobre el suelo y, apenas estaba por voltear, escuchó una sonora carcajada.

-¡Debiste verte, te pusiste pálido como la crema! -exclamó el extraño y, repentinamente, su voz cambió en tono a uno más agudo y conocido por Desmond.

-Pendejo, me vas a matar de un susto -refunfuñó Desmond incorporándose y encarando a su “captor”-. En ocasiones me dan ganas de darte una patada, Jyrk.

-Sí, si princeso; yo también te quiero.

-¿Estás al tanto de la operación en proceso?

-El jefe me informó con lo que había disponible. Redada a un carguero con mercancía posiblemente ilegal; operación silenciosa y pacífica de ser posible. Me dieron la carta digital de revisión para poder proceder.

-Bien, bien, esperemos que las cosas salgan bien.

-Si, bueno, no apostaría mi sueldo a ello. Afortunadamente Raven y sus tiradores están en posición y listos para meterle un disparo a esos chinos si intentan pasarse de listos.

-Oh, ¿y qué le hiciste a tu voz? No te reconocí.

-Un nuevo implante. Me gasté los ahorros de todo un año para conseguir un modulador de frecuencia en la garganta. Tú también deberías ponerte algún implante, varias veces mi ojo derecho nos ha sacado de problemas.

-No, soy feliz como un simple humano con todas mis limitaciones.

-Eh, allá tú. Y bueno, ¿podemos empezar esta fiesta, niño dorado?

-¿Niño dorado? ¿A qué viene eso?

-Por favor, Desmond. Si yo le hubiese dicho al jefe que había un cargamento dudoso en tránsito habría ordenado investigación y procedimientos de rutina antes de proceder. Tú solo tienes que decir rana y el jefe salta.

-Quizá si hicieras bien tu trabajo tendrías mis mismos beneficios; si no te conociera diría que estás celoso; Jyrk.

-Cualquiera lo estaría si pasa diez años en la fuerza y un novato de la mitad de tiempo lo supera -gruñó-. Ya, suficiente, tenemos trabajo que hacer.

Ambos oficiales caminaron a la sombra de cargueros que se veían como auténticas montañas marítimas de piel metálica repletas de cajas en todos los colores del arcoíris con contenidos tan diversos como sus países de origen.

El carguero que buscaban era el Kathmandu, una de las embarcaciones más viejas y pequeñas que se encontraban actualmente varadas en los puertos. Comparado con los demás navíos era fácil ignorarlo, ideal para pasar cargamento de especies en peligro sin llamar la atención.

Desmond y Jyrk abordaron el barco y se dirigieron hacia el capitán. Aunque los oficiales a bordo de la embarcación les quisieron detener, una muestra rápida de sus identificaciones como agentes de la ley fueron más que suficientes para permitirles, de momento, el acceso a la mugrienta cabina de mando donde el capitán, un hombre gordo y peludo similar a un orangután, fumaba una pipa.

-Capitán, tiene visitas por parte de la ley -anunció el primer oficial.

Con eso el capitán encaró a Jyrk y Desmond, los cuales al instante adquirieron un porte rígido; ambos sabían muy bien que mostrar cualquier señal de debilidad en tal momento podía complicar la situación.

-Buenas, oficiales. ¿Qué les trae a bordo del Kathmandu?

-Una inspección a su cargamento, capitán -declaró Desmond sin darse rodeos-. Si quiere ver los papeles, aquí está la orden aprobada para un registro. Puedo darle una copia para sus archivos.

Al decir esto Jyrk utilizó su ordenador-brazalete para mostrar la imagen de la carta.

-Hum… Usted no se anda con rodeos, agente. Debe tener un buen par para abordar mi nave, darme órdenes y esperar que todo salga bien.

-Cuide su tono, capitán. ¿O es que acaso hay algo en su barco que no quiere declarar en el manifiesto?

-Nada de eso, agente. Solo le hago ver lo evidente. Digo, ustedes son solo dos agentes del gobierno en una embarcación foránea repleta de extraños. Y, por lo que me dicen mis marineros -rebatió el capitán frunciendo el entrecejo y mirando su propio ordenador-brazalete-, no hay más oficiales próximos.

El ambiente a bordo de la cabina se había tornado tenso; el silencio entre las palabras casi podía permitir oír el palpitar del corazón del otro y los músculos de cada hombre a bordo parecían rocas de lo contraídos que se encontraban. Un movimiento en la periferia le hizo desviar por un segundo la mirada a Desmond; notó que la mano de Jyrk se había posicionado justo sobre su arma, pues en caso de ser necesario podría desenfundar en un instante. Desmond negó con la cabeza de una forma casi imperceptible y volvió la mirada al capitán, sus ojos parecían dagas a ese punto.

-¿Qué le asegura eso, capitán?

-Al igual que su compañero, muchos de mis marinos tienen implantes oculares. Con ciertas… actualizaciones es posible identificar a los oficiales por su rastreador. No hay ninguno que comparta su patrón de firma digital.

-¿Oíste eso, Raven? -espetó Jyrk de improviso-. ¿Qué tal si nos das un tiro de advertencia?

La confirmación fue un disparo que le arrancó de la cabeza la gorra al capitán, el cual al instante quedó lívido y pasó saliva en seco.

-Ahora, ¿va a cooperar con nosotros o vamos a tener que hacer esto por las malas? Nada nos cuesta decir que un tiroteo fue en defensa propia, y limpiar este incidente es bastante fácil -prosiguió Jyrk con una mueca torcida y un feroz brillo en los ojos.

Quince minutos más tarde cuatro autos patrulla partían repletos de presuntos culpables en dirección al centro de procesamiento y el Kathmandu estaba acordonado y el esperma de panda había sido localizado.

-Vaya, te vas a llevar un buen bono por la captura de ese contrabando.

-Con una mierda, Jyrk. Pudieron haber terminado disparándonos en el culo. Contigo siempre terminan disparándonos en el culo.

-Lo que importa es que no fue así. Todo terminó bien, reina del drama; ahora vete a casa, yo termino el papeleo aquí, no te preocupes.

Desmond entornó los ojos y emprendió el retorno a casa. Había sido un buen día de trabajo aún cuando, técnicamente, estaba en descanso obligado; y el cheque por conseguir el esperma de panda probablemente sería jugoso, quizá una cienmilésima parte de un bitcoin.

El viaje de retorno fue intrascendente, aunque Desmond agradeció cambiar el olor de sal y acero por la familiar peste de polución de la ciudadela D-C. Lo único de notoriedad fue el recibir la carta de felicitaciones por parte del jefe.

*-Llamar a eso una carta es lo mismo que llamar salmón a un arenque; aunque aprecio la brevedad, tres palabras es pasarse de la raya.*

Desmond llegó a su hogar en la madrugada, a una hora de que el sol despuntara. Lo primero que hizo fue entrar a la ducha para limpiarse a consciencia, después botó la ropa en la lavadora, aún tenía ese inmundo olor a brisa marina.

Dejó que el ciclo de lavado corriera su curso y, mientras tanto, preparó un desayuno para poder ver los noticieros por streaming. Justo terminaba de agregar el sazonador y algo de carne enlatada a los fideos instantáneos, *siempre hay que buscar algo de salud y nutrición*, cuando el timbre de su apartamento llamó su atención.

*-¿Quién demonios será a esta hora?*

Desmond abrió la puerta de su domicilio y, sin anunciarlo ni esperarlo, un puñetazo le golpeó de lleno el rostro. Sus sentidos se adormecieron, el sonido le llegó apagado y remoto, similar a cuando se encuentra sumergido en agua, la lanza de dolor que le hizo arder el rostro se enfrió a medida que la luz se escapaba de sus ojos. Lo último que Desmond vio antes de perderse en un océano de tinieblas fue un par de botas tácticas de color negro.

\*\*\*

*-Ah, carajo, ¿quién anotó la matrícula del autobús?*

El dolor fue lo primero que registró su cuerpo al despertar; la nariz le dolía excepcionalmente intenso. Con una mano tocó el tabique y, apenas le rozó, recibió la confirmación de que la tenía rota; extrañamente también tenía vendoletas puestas sobre la lesión. *¿Qué clase de asaltante le da atención médica a su víctima?*

*-Un momento… ¡Robo!*

Desmond abrió por completo los ojos y al moverse un poco notó que estaba en el sillón de su sala. Ese rechinar de piel sintética lo reconocía muy bien. Sobreponiéndose al dolor se incorporó y revisó sus alrededores. Nada. Desmond recorrió su apartamento y lo encontró en estado idéntico a como lo había dejado antes del asalto; de no ser por la lesión en la nariz habría perjurado que todo había sido un sueño.

Ni rastros de tierra, ni huellas; el ordenador estaba intacto y la cocina estaba en orden. Justo cuando por fin se dio por vencido y tomó asiento en su sala sonó el timbre otra vez. En esta ocasión Desmond abrió lentamente la puerta y tenía el arma lista. Para su alivio era uno de sus colegas, un oficial del FIA con el semblante serio.

-Desmond Feltz, por orden del nuevo Jefe de sección quedas detenido.

# II

-¿Qué?

-Como escuchaste, Feltz. No me agrada tener que hacer esto, pero órdenes son órdenes -respondió el agente antes de procurar un par de electro-esposas-. Ahora, o cooperas y me acompañas o llamo a los refuerzos que tienen rodeado el edificio; es tu elección.

-¡Pero si yo no hice nada, acabo de llegar de los Puertos de Seattle, Darren! -barbotó Desmond.

-Yo sólo sé que tengo una orden de aprensión de máxima prioridad en tu contra, Desmond, y no pienso meterme en problemas con el jefe por nimiedades. Anda, mueve el culo.

Por un segundo los músculos de Desmond se tensaron; *¿por qué tendría que acompañar a Darren? Apenas y de vuelta en casa y la recepción fue un porrazo en la nariz. Siempre está la opción de huir… pero entonces sería un verdadero prófugo.*

-Oh bueno, el que es inocente no debe temer -accedió enseñándole las muñecas a Darren-. Además, si se diera el caso contrario supongo tendrías la cortesía de evitarme perder el tiempo para tener un turno tranquilo.

-En eso podemos concordar, Feltz. Anda, en marcha.

-Me sorprende seas tan cordial con un convicto, Darren.

-Profesionalismo, ante todo. Aún si eres culpable del asesinato del jefe debo tratarte como un ser humano; no como un perro.

A Desmond las esposas le ajustaron hasta casi cortarle la circulación y, con ellas en alto, salió de su residencia escoltado por Darren en rumbo a la patrulla. No bien bajaron el subnivel, Desmond notó que habría sido una pésima idea resistirse; debía haber fácilmente siete patrullas antidisturbios preparadas para lanzarse a la cacería. Inclusive había un par de guardias en armaduras balísticas… a ese punto la línea entre policía y ejército era tan delgada y difuminada como el capilar de un fantasma.

Por primera vez en su vida Desmond tuvo que sentarse en la cabina trasera de una patrulla y, como descubrió, era más incómodo de lo que aparentaba. Aún cuando se sabía inocente de los crímenes de los cuales se le acusaba no podía evitar sentir una tensión, un nudo en el estómago que cada vez se tensaba más y más con cada milla recorrida. Cuando la sombra del palacio de justicia obscureció el sol, Desmond sintió un escalofrío recorrerle de pies a cabeza.

*Así que por eso es tan grande. No para almacenar a todos los trabajadores de burocracia y agentes de la ley; es para mandar un mensaje…*

-Prepárate, Feltz. Continúa cooperando y quizás ayude en tu proceso -le dijo Darren a través del comunicador-. Treinta segundos para detenernos.

El motor ahogó sus vibraciones gradualmente y después la puerta de la patrulla se abrió, Desmond salió por sus propios medios y no bien estuvo de pie una escuadra de agentes lo rodearon para escoltarlo directo al interior del palacio de justicia.

La sorpresa de verse incriminado a tal grado que la seguridad para acompañarlo fuese de este grado hizo que su recorrido por el palacio de justicia pasase como un nubarrón de destellos y murmullos. Cuando Desmond logró sobreponerse al shock del proceso ya se encontraba ante el máximo tribunal.

*No sé si es un consuelo o un fastidio que la justicia sea tan eficiente ahora que soy un presunto culpable…*

-Desmond Feltz, agente de la FIA, hoy comparece ante este tribunal bajo el cargo de conspiración en contra de los Estados Unidos de América y el asesinato de Gregory Leclére -declaró uno de los tres jueces presentes-. Dado que cuenta con un defensor, doy por iniciada la sesión.

-Esperen, ¿qué? ¿cuál defensor?

-Debería saber que ahora contamos con defensores virtuales, agente Feltz. Son tan buenos como cualquier litigante físico, quizá mejores.

-Sí, bueno, no me inspira mucha confianza el dejarle el futuro de mi libertad a un banco de unos y ceros que podría irse al trasto en cualquier momento; en especial si un hacker decide jugar al programador.

-¿Y los humanos son infalibles, señor Feltz? Si así lo desea podemos prescindir de los servicios de su defensor y usted mismo puede representarse ante este tribunal.

-Oh no, claro que no. Yo me hundiría más rápido que el Titanic; acepto el defensor virtual.

-En ese caso prosigamos. Se le asignará a Novac para que litigue.

-*Oh, joder*…Retiro lo dicho señoría, me gustaría representarme a mí mismo -objetó Desmond al tiempo que un rostro holográfico aparecía en el escritorio contiguo.

-Primero se queja del servicio, se le ofrece la opción de autodefensa y se rehúsa; ahora que se le asignó a Novac vuelve a quejarse. Se deniega su solicitud. Fiscal, puede proceder.

En ese momento el fiscal, una mujer de rostro plano y estatura pequeña, pero de postura firme y segura, se incorporó y avanzó al estrado para encarar a la audiencia.

-Damas y caballeros, miembros del jurado. Hoy nos vemos en la necesidad de hacer justica ante un elemento que creímos ayudaba al país cuando, en realidad, buscaba todo lo contrario. Desmond Feltz conspiró con el régimen chino para desestabilizar la FIA; y lo habría logrado de no ser por la pronta intervención de Jyrkk Gauldursson.

-¿Qué? -estalló Desmond, con un sobresalto tal que casi derriba el escritorio.

-¡Silencio, Feltz! -ordenó el Juez-. Fiscal, proceda. El tiempo es oro.

-Sí, señoría. Como decía, el agente Feltz conspiraba con el régimen político de China, el cual, es bien sabido, causó una desestabilización económica hace apenas unos meses en su afán de volverse la primera potencia.

-¡Eso es absurdo, me he roto el lomo por seis años en la FIA para mantener seguro al país! ¡Wen era un contacto que, hasta ahora, había cooperado para informarme sobre lo que nuestros ojos no podían ver más allá del océano!

-Wen Tang Hao no es inocente, es, de hecho, un elemento altamente nacionalista. La evidencia está en el portafolio virtual al que todos pueden acceder -rebatió el fiscal y en los holoproyectores de la sala se desplegó el expediente.

La vista de Desmond viró en piruetas sobre cada renglón de la supuesta información que habían recabado de Wen. Sí, el tipo no era precisamente un bastión de honestidad; después de todo le vendía la información a Desmond porque le ofrecía una tajada bastante cuantiosa de todos los decomisos que realizaba la FIA, una práctica no del todo legal pero que el jefe Lecleré permitía dados los buenos resultados de Desmond.

*¿Por qué alguien que es nacionalista sabotearía embarcaciones de su país? Eso perjudica directo a EUA, no a China.*

El resto del expediente de Wen bien pudo estar completamente acertado, pero Desmond no se molestó en leer los parágrafos. La acusación simplemente no cuadraba con el Modus Operandi del chino; aún la escoria tiene ética laboral cuando su cheque se ve en juego.

-Procediendo, Desmond Feltz intercambiaba secretos del Estado a cambio de información sobre barcos que pudiese decomisar a fin de engordarse los bolsillos. Las pruebas están en la transferencia de datos que se pueden rastrear a través del globo; afortunadamente para nosotros fue bastante descuidado en sus felonías, quizá no sospechaba que lo descubriríamos.

*¿Rastro de transferencias? ¿Pero de qué demonios habla esta loca? Exijo pru… oh, cierto; a este punto probablemente tengan pruebas ya montadas. Considerando la situación, quien me quiere hundido tiene recursos… un bitcoin entero a que me plantaron la evidencia cuando estaba noqueado.*

Desmond cruzó los brazos y dejó salir un resoplido de irritación que le alzó el fleco grasiento. Sus ojos escudriñaban de punta a punta la sala de audiencia; no había nadie a quien reconociera, ningún salvavidas que le pudiese sacar del predicamento y Novac aún no reaccionaba ante las acusaciones. La situación no pintaba nada bien para el futuro.

-Dada la venta de información al régimen chino, Feltz planeaba retirarse del país; sin embargo el jefe Lecleré descubrió sus planes y trató de detenerlo. Se le permitió ir a la misión a fin de preparar la investigación en su contra; para la desgracia del jefe, Feltz estaba al tanto de los planes y se encargó de eliminarlo a su regreso. Todo habría salido a pedir de boca si no fue por la intromisión de Gauldursson.

-¿Eso es todo? -preguntó el juez jefe.

-En efecto, señoría.

-Muy bien, la defensa puede proceder.

-Inicializando protocolos Delta Cero Nueve Omega -anunció Novac al momento y, por un instante se congeló-. Miembros del jurado, integrantes del tribunal supremo de justicia; procederé a defender a mi cliente, el agente Desmond Feltz, a quien se le imputan cargos que van en contra de un expediente ejemplar.

*Oh, genial… lo hicieron más parlanchín que en la versión anterior.*

-Las acusaciones en contra de mi cliente se apuntalan en tres hechos que son fácilmente desmenuzables para una inteligencia artificial como yo. Comenzaré con el primero, la supuesta venta de información al régimen chino. ¿Por qué sería necesario el sobornar a un nacionalista? Si como se afirma previamente, Wen Tang Hao es alguien que apoya el régimen chino sería innecesario el tener que pagarle con una parte de los decomisos.

Desmond viró en seco, la deducción de Novac era… buena. Quizá el cachivache no era tan malo como originalmente había tenido el disgusto de conocerle.

-Quizá desconozca por completo los patrones de acción humanos, primordialmente por su elemento errático; mas aún con el factor de avaricia resulta insostenible la afirmación de venta de información. Si se hubiese declarado el intercambio de información por información sería más creíble el primer postulado.

Varias miradas viraron con curiosidad, lo que el fiscal había planteado unos minutos antes con tanta convicción y seguridad se tambaleaba ahora. Quizá, después de todo, sí había una oportunidad de ser libre.

-En cuanto a la transferencia de datos, es irrelevante.

-¿Irrelevante? -balbuceó una jueza.

-Afirmativo, señoría. Si presta atención en el portafolios de pruebas que la fiscal presentó es posible notar todos los archivos están cifrados y fueron transferidos a través de una red anónima. Es completamente factible, al menos para un programador habilidoso, el reemplazar la data en el recorrido y mantener el rastro intacto.

-¿Acaso eso no es rastreable?

-Sí, para una máquina especializada debería ser una tarea sencilla de realizar; y también para cualquier humano versado en el área indicada. Para cualquier otro sería incomprensibles los datos.

-Nuestro equipo especial de ciberseguridad se encargó de rastrear los movimientos de Desmond Feltz, nos garantizan los archivos en su expediente son fidedignos. Por dicho motivo es que son de libre acceso, para que el jurado pueda escrutarlos durante su deliberación.

-El último punto de la agenda es el asesinato de Gregory Lecleré, un hecho lamentable de acorde a los estándares humanos. Si mi lectura del expediente es correcta, no hay anomalías dentro de la causa de su muerte; el tiempo registrado por el forense respecto a su defunción fue a las siete de la mañana. El problema, aquí, es el motivo.

*¿Motivo?*

-Si Desmond Feltz fuese investigado por la FIA y estuviese al tanto de dicha actividad, basado en el análisis de su comportamiento, actuaría de tal modo que reduciría su actividad para descartar sospecha alguna mientras organiza un subterfugio para librarlo del atolladero en el que se metió. Actuar de manera directa y eliminar al jefe de la FIA en el momento en que lo investigaba únicamente atraería más atención para el acusado.

-¿Estás seguro de esta afirmación, Novac? -preguntó el juez jefe.

-El índice predictivo de comportamiento con el que fui programado arroja resultados del 98.7% de certeza. Le recuerdo no puedo mentir, señoría, fui hecho para que se defendiese al acusado de manera recta.

-¿Y qué hay de mi defensa? Estoy seguro de que las cámaras de seguridad del complejo donde resido deben tener captado en video todo lo que ocurrió ese día -interrumpió Desmond-. Y ni dudarlo del hogar del jefe Lecleré; ese lugar está tan vigilado como la granja de servidores del FIA.

-Habíamos considerado dicho escenario, Feltz -respondió la fiscal entornando los ojos-. Corren ambos videos, por favor.

Justo al centro del salón se proyectaron las grabaciones de video. La primera fue la de la cámara próxima a la residencia de Desmond, la cual fue inservible debido a que estuvo plagada de estática y apagones; nada fue visible en el video a paso acelerado. Lo mismo no pudo decirse respecto a la grabación del domicilio del jefe Lecleré; en la proyección se vio como Desmond entraba por una de las ventanas y se acercaba a su difunto jefe con una pistola eléctrica.

Desmond no podía creer lo que veían sus ojos, pues su yo falso tropezaba con la alfombra de la habitación y caía sobre una mesa de café. Gregory Lecleré se despertó al instante y disparó en contra del invasor sin acertar un solo disparo. El Desmond falso logró acertar de un tiro en el muslo del jefe, lo cual lo inmovilizó y cayó al suelo; así el impostor se acercó a la chimenea de la habitación, asió un hierro para avivar las llamas y apaleó el cráneo del jefe hasta que el viejo dejó de moverse. Muchas miradas se cruzaron en el jurado, algunos no tardarían meses en volver a dormir tranquilos tras presenciar tal acto.

-Un asesinato bastante crudo, debo admitir -dijo el tercer juez con gesto de asco-. Se requiere de sangre muy fría para hacer algo así.

-Suposición: Las autoridades ya tienen dicho metal bajo custodia. ¿Qué resultado arrojó la investigación?

-Ninguno -replicó la fiscal-. Feltz traía puestos guantes, como puede verse en el video. Las huellas digitales que hay son solo de Gregory Lecleré.

-Solicito dicha prueba sea invalidada, Señorías.

-¿Qué? -preguntaron los tres jueces al unísono-. ¿Por qué motivo, Novac?

-Pruebas no contundentes; sección 25, subsección D, adendum 031 Parafraseado para humanos se resume a: para que una prueba sea contundente debe estar respaldada por evidencia sólida.

-El video claramente demuestra que Feltz cometió el crimen.

-Negativo; prueba insuficiente. Los videos son fácilmente editables con el software adecuado, sólo es necesario un perpetrador de complexión similar y tiempo suficiente. Si hubiese huellas digitales o rastros de ADN se aceptaría la prueba. Desmond Feltz es inocente.

Desmond tragó saliva en seco. Novac había… había hecho un buen trabajo en defensa, todo lo contrario a lo que esperaba en un principio. No había forma de reclamarle nada. Desmond miró por el rabillo del ojo a la fiscal, la cual mantenía un aire de compostura pese a los contrapuntos que Novac presentó.

-¿Tenemos testigos que pasen a defender o condenar al acusado? -preguntó el segundo juez.

-Sólo a Darren Collinwood. Está aquí -respondió un asistente.

Las puertas de la corte se abrieron y Darren entró a paso tranquilo hacia el estrado, en el camino nunca miró a Desmond ni se distrajo de su objetivo. Profesionalismo o apatía, era algo desconocido para su colega de la FIA. Luego de tomar posición en su lugar designado y prestar juramento Darren habló.

-Yo no estuve presente durante el tiempo en el que ocurrió el asesinato, únicamente puedo hablar del lapso en el cual transporté a Feltz. Lo que puedo decirles está basado en mis años de servicio en el FIA -afirmó con la mirada perdida en el horizonte-. Cualquier desgraciado que rompe la ley inmediatamente busca huir, y cuando vamos por ellos siempre termina en un caos de persecución. Feltz nunca se resistió, fue cooperativo y profesional. No sé si fue porque es inocente o porque es un maniático que cree no dejó evidencias de su crimen; en este caso, yo creo en lo primero, después de todo ¿quién trabajaría hasta desmayarse si intenta sabotear un país?

-Muchas gracias por su testimonio, señor Collinwood; puede retirarse. Dado que ambas partes han realizado su parte en el caso y no hay más testigos se le permitirá al jurado deliberación por tres horas antes de tomar una decisión.

-¿Tres horas únicamente? -barbotó Desmond-. Ni siquiera tendrán tiempo suficiente para revisar las evidencias e ir a fondo.

-Se le está haciendo un favor, Feltz. Los juicios son expeditos, como máximo los jurados cuentan con una hora para deliberación cuando se trata de amenazas al estado. Si por mí fuese ya estaría tras las rejas; ya no estamos en los años de inicio de siglo donde los juicios duraban meses, el tiempo es lo único que no podemos permitirnos perder. Guardias, por favor escolten al acusado hacia la sala de espera; tiene derecho a realizar llamadas telefónicas.

Dos guardias obedecieron y se apostaron a los costados de Desmond, el cual no quiso desperdiciar el tiempo que se le había otorgado. Su objetivo fueron las casetas de videoconferencia; allí contactó a Michelle, la cual contestó luego de un minuto en el que Desmond percibió cada uno de sus latidos.

-¿Amor? -lo saludó Michelle a través de la videollamada-. ¿Qué tienes? Pareciera que has visto un fantasma. ¿Y por qué no me llamas desde tu organizador?

-Algo así. Mira, no tengo mucho tiempo para perder en una linda charla y no sé como vayan a terminar las cosas; estoy en el Palacio de Justicia acusado de algo que no cometí. El veredicto lo darán en dos horas y cincuenta minutos.

-¿Qué? ¿Cómo?

-Ya te dije. Estoy en el Palacio de Justicia; me incriminaron. El veredicto lo dan en poco menos de tres horas, por favor ven.

-¡Salgo de inmediato Desmond, no te muevas de ahí! -exclamó Michelle cortando la transmisión.

*No es como si tuviera opción de hacerlo…*

Desmond abandonó la cabina, se acercó a una de las máquinas expendedoras y seleccionó una barra de fruta. El lector escaneó su huella digital para arrojar la leyenda [NO BALANCE] en la pantalla casi al momento.

*Con un carajo, ¿por qué creí que era una buena idea dejar que el departamento de la FIA resguardase mis fondos? Ni un puñetero twinkie puedo comer ahora. Espero el jurado haga caso a Novac, ni se parece a la chatarra con la que tuvimos que lidiar hace un año. AGH…*

Desmond se desplomó en una silla y clavó su mirada en el reloj colgado a medio pasillo, la fría luz verdosa marcaba la hora actual: 12:38… 12:39… 12:39… 12:39… 12:39… 12:40. Dentro de ese pasillo un minuto parecía alargarse una hora y, pese a estar en el corazón de la ciudadela, el silencio imperaba a tal punto que casi era posible escuchar como fluía la sangre.

La vista de Desmond inconscientemente se deslizó hacia uno de los guardias que lo acompañaban. La postura era rígida, tensa, los músculos estaban preparados para entrar en acción ante el más mínimo altercado que su prisionero causara. Los cascos antidisturbios que portaban les cubrían sus facciones, no había forma de leerles el rostro y tenían total control sobre sus posturas así que no tenían ningún tic como tamborilear los dedos o mover los hombros… *solo les hace falta el número de serie y fecha de ensamblaje.*

Esa diferencia de perder todo tipo de personalidad y convertirse en una máquina para ejercer el orden fue lo que lo convenció, hacía tres años, de no unirse a las filas de antidisturbios, mucho menos a los operativos especiales de Raven, y, en cambio, perseguir la carrera de ciberseguridad.

No podía negarlo, por muy tranquilo que fuese no podía separarse de sus emociones, ellas lo habían hecho disfrutar de su trabajo aún detrás de un escritorio de vigilancia, particularmente en los momentos de estrés y adrenalina; como cuando un ataque cibernético había comprometido los servidores del FIA y, si no hubiese sido por su pronta intervención, junto con el resto del departamento de ciberseguridad, los rusos habrían saqueado información confidencial del país.

Los labios de Desmond se torcieron en las comisuras, fue el fantasma de una sonrisa que tomaba forma al recordar la segunda hora de codificación luego de la infiltración.

Jyrk, glorioso bastardo, sí que les diste una lección a los rusos con ese gusano que desarrollaste.

Los recuerdos de trabajar con Jyrk fueron placenteros, había aprendido de ese escandinavo loco trucos que no sospechaba existieran y que no los cubrían las asignaturas de la universidad de la ciudadela D-C. De hecho, fue gracias a Jyrk que Desmond se había enterado de los beneficios de tener responsabilidades dentro de la sección de aduanas. Que buena carrera había disfrutado hasta el momento.

*Pero, ¿quién habrá sido el hijo de puta que mató al jefe?*

El entrecejo de Desmond se frunció al pensar respecto al tema. Razones evidentemente no hacían falta, después de todo el puesto de jefe de una de las agencias gubernamentales venía acompañado con una enorme diana y precio por su cabeza. Rusos, chinos… hasta los franceses podían beneficiarse con la caída de Lecleré; habría que revisar la red obscura a detalle para tener una mejor idea del panorama actual.

Los oídos le zumbaban a Desmond al pensar en quién le pudo haber metido en el embrollo. ¿Alguien de una agencia rival? Estaba tan absorto en su pensar que ni cuenta se dio de cuando Michelle llegó corriendo, no fue hasta que le abrazó que su concentración se rompió de un sobresalto.

-¿M-Michelle? -balbuceó Desmond-. ¿A qué hora llegaste?

-Recién lo hice, amor. ¿Estás bien? ¿Qué ha pasado?

-Como dije, estoy incriminado en el asesinato del jefe Lecleré. Recién llegué a mi domicilio recibí un porrazo de lo más horrible luego de responder al timbre; cuando desperté Darren me arrestó y terminé aquí.

-Oh vaya. Déjame realizar unas llamadas, veré si puedo mover mis influencias con papá para ver que es posible hacer por ti.

-Amor, estamos hablando del asesinato de Gregory Lecleré, jefe del FIA. Esto no es un crimen menor al cual se le puede dar carpetazo con un apretón de manos y unas cuantas promesas; por muchos amigos que tenga el senador estoy seguro de que no se meterá en el embrollo. Yo lo entiendo, es algo que puede dañar la carrera política de tu padre.

-P… pero…

-Si quieres hacerlo, adelante, pero ten en cuenta lo que dije. Verás que la respuesta de tu padre no está muy lejos de lo que predije. Ojalá y yo esté equivocado.

-¡Exacto, la esperanza muere al último!

-Siempre he envidiado de ti ese optimismo confiado.

Michelle salió corriendo para contactar a sus conocidos, decidida a salvar de las rejas a su pareja amorosa. Desmond solo la vio irse y dejó salir una exhalación, aún faltaba una hora y media para escuchar la decisión del jurado.

*Eh… no hay nada que pueda hacer desde aquí para alterar el veredicto y no dormí bien. Al carajo.*

Desmond cerró los párpados y, después de apoltronarse tan cómodo como le fue posible en las bancas del pasillo, se abandonó al sueño.

Un golpe en las costillas le hizo despertarse, Desmond sintió que apenas habían pasado un par de minutos, pero al alzar la vista se dio cuenta que faltaban cinco minutos para la hora destinada. Sus escoltas lo rodeaban por todas partes, uno de ellos había sido el que le había dado el golpe en las costillas para despertarlo.

-Muévete holgazán.

-Ah, tranquilícense. Ya voy, ya voy.

Desmond se incorporó y marchó decidido a la sala para recibir el veredicto de inocencia o culpabilidad. Al cruzar las puertas sintió la atmósfera densa, cargada de tensión, como si la espada de Damocles pendiese sobre su cabeza. El tener a la triada de jueces frente a él únicamente empeoró las cosas; pese a todo, Desmond caminó sin vacilar.

-Desmond Feltz, el jurado ha llegado a una decisión -declararon los jueces-. Que hablen ahora.

Desmond miró hacia el jurado, compuesto por variopintas personas, pero a todas les unía un factor en común: ninguno fue capaz de soportarle la mirada, siempre desviaban la mirada; acomplejados.

-Sí, su señoría -dijo el portavoz y echó una mirada a Desmond, la cual no duró más de un segundo-. El jurado… encuentra culpable a Desmond Feltz por atentar contra el país.

Justo lo que esperaba, oh bueno, ¿qué tan malo puede ser?

-Esta corte sentencia a Desmond Feltz, por el asesinato de Gregory Lecleré y conspiración con el régimen chino, a una condena de por vida en Ironbind; efectuada de inmediato -declaró el primer juez con un sonoro martillazo-. Caso cerrado.

-¿IRONBIND? -estalló Feltz, apretando el borde de la mesa en la que estaba sentado hasta que sus nudillos se tornaron blancos. Sabía que si flaqueaba en apretar la mesa se desmayaría-. ¡Lo que sea menos eso, Guantanamo, Hope, Blackwater; todo menos Ironbind!

Las súplicas de Desmond cayeron sobre oídos sordos, todos se retiraron de la corte y los agentes lo cercaron y esposaron al instante. Desmond fue sacado de la sala a empellones, sus quejas fueron ahogadas en cuanto trató de hablar gracias a descargas eléctricas.

Sin poder reaccionar, mucho menos oponerse a una docena de agentes especiales, Desmond fue arrojado dentro de un transporte antidisturbios que partió de inmediato hacia Puerto Seattle. El radio cobró vida y Desmond escuchó la confirmación que le heló la sangre, los guardias de Ironbind ya se estaban preparando para recibirle.

-Apesta, ¿no es cierto, Feltz? -preguntó la voz de Darren.

-Oh, como no tienes una idea, Darren. Sé que nunca fuimos compañeros cercanos, como con Jyrk, pero por favor, cuida a Michelle -suplicó Desmond.

-Curioso que digas eso, Feltz.

-¿Por?

-Creo que fue mejor que no fuésemos amigos. Recuerda el viejo dicho, ten cerca a tus amigos, pero más cerca a tus enemigos -finalizó Darren antes de cerrar la ventanilla a la parte trasera.

*¿Cerca a los amigos y más cerca a los enemigos?* Desmond frunció el entrecejo. *¿Qué quiso decir Darren con eso? Maldita sea, no pudo ser más críptico. Cerca a los amigos… y más cerca a los enemigos… Cerca… cerca…*

Cuanto tiempo le llevó a Desmond descifrarlo, no lo supo. Cuando lo hizo fue un evento repentino, una chispa que emerge en el pozo de tinieblas. ¿Quién había sido más cercano a Desmond que Jyrk? Desmond se arrastró al frente de del espacio para reos y golpeó hasta el cansancio por casi quince minutos, después del cual un elemento de antimotines le abrió.

-¿Qué quieres, escoria?

-¿Quién es el nuevo jefe de la FIA? -preguntó Desmond casi sin aliento.

-¿Y a ti eso que te importa?

-¿Quién es el nuevo jefe de la FIA? -repitió Desmond.

-Jyrk Gauldursson -le respondió el guardia y cerró la ventanilla de un movimiento.

Dentro del pecho de Desmond se insufló un torbellino de fuego que le hizo hervir las venas, sentía comezón debajo de las uñas; quería gritar, pero sentía que si lo hacía se ahogaría en una marejada de bilis y espuma. Las esposas le mordieron la carne hasta que sangró, sus músculos deseaban romperlas y liberarse para ir, personalmente, a ahorcar a quien le había arruinado la vida.

Tras tres días de viaje, durante los cuales Desmond no probó bocado alguno, la puerta del contenedor se abrió y la brisa salada le golpeó en la nariz. Sus ojos tardaron en ajustarse a la luz tardía de un cielo ennegrecido por constantes tormentas. Una silueta se recortó contra el fondo tormentoso y le habló por un altoparlante que le aturdió hasta que los ojos se le llenaron de lágrimas.

-Desmond Feltz, bienvenido a Ironbind -lo recibió un guardia propinándole un golpe en el rostro y el mundo se ahogó en un mar de sombras.

# III

La consciencia llegó gradualmente a Desmond. El estupor del sueño se vio mezclado con un incesante aguijón de dolor que volvía su entorno una nebulosa de confusión e irritación. Arriba y abajo no tenían sentido, únicamente un enceguecedor brillo se colaba entre sus párpados.

Sus manos se deslizaron sobre una superficie áspera y dura sobre la que yacía hasta que cayeron al vacío. Con esto Desmond abrió los ojos de una buena vez y contempló sus alrededores.

Llamar austera a la celda en la que se encontraba era ser generoso. La cama de Desmond era un bloque de hormigón con un retazo de tela en la parte superior; con un inodoro y regadera cubiertos por cristal biselado. No había reja que lo separase del pasillo, era una pared de policarbonato con agujeros que permitía ver limpiamente la celda.

*No hay uniones en las paredes ni en el piso; la celda fue hecha de un solo colado. Y no hay ventanas al exterior… No hay un solo punto débil en la celda, cualquier mirón puede ver sin problemas. Ugh.*

Al ponerse de pie notó que ya tenía puesta ropa, un pantalón grueso de color marrón, una camiseta blanca y unas botas de uso rudo; sorpresivamente pesadas. También contaba con una pulsera metálica cerrada en torno a su muñeca derecha. Sobre el lavabo estaba su cambio de ropa junto a una tarjeta, la cual tomó y leyó.

**“Bienvenido a Ironbind, recluso R-375-J2-91CD. Su condena es [CADENA PERPETUA]. Se le ha provisto con tres juegos de ropa para la semana. En esta correccional no hay custodios a la vista, tampoco hay horarios ni actividades forzadas. Compórtese hasta que termine su sentencia”**

*¿Sin horarios ni actividades forzadas? No quieren que nos enteremos del paso del tiempo. En Ironbind solo queda aguardar la muerte.*

Sin mucho que explorar en la celda Desmond se aventuró a explorar la penitenciaría, el dolor del golpe había amilanado su incesante martilleo, pero no había desaparecido del todo; *unas pastillas de paracetamol no caerían nada mal dada la situación*.

El bloque de celdas donde habían encerrado a Desmond era reducido a juzgar por las cuatro incisiones en la pared; cada una estaba ubicada en un punto cardenal. aunque distribuidas en dos niveles distintos, dentro de la celda era imposible ver nada más que una pared de concreto.

*Pasillos reducidos, puede pasar una persona, no dos… y tienen mamparos, bastante gruesos eso parece. No veo cámaras, pero es imposible Ironbind funcione sin ellas, deben estar bien escondidas. Y esta maldita luz.*

Desmond entrecerró los ojos para lidiar con la iluminación que recubría piso, techo y paredes; era una luz blanquecina que hería las retinas con sus frías lanzas lumínicas. Sí o sí era necesario andar con los ojos entrecerrados en los pasillos del bloque.

Sin guía para sus pasos Desmond deambuló por el segundo nivel, el nivel de su celda, y los pasillos lo condujeron a varias zonas de la prisión tales como una biblioteca, un gimnasio, un cuarto de recreación y el comedor. En todos los recintos Desmond se percató de similitudes: todos estaban decorados exquisitamente, no estarían fuera de lugar en los recintos de un oligarca de las ciudades-ciudadela; sin embargo, el espacio era reducido, salvo el comedor todas las habitaciones estaban hechas para tener como máximo dos personas.

El estómago de Desmond rugió cuando estaba en el comedor, y dado que no había horarios establecidos optó por acercarse a la única ventanilla existente. *Probablemente pueda tomar mi bandeja, o pedir información aquí*.

-¿Orden? -lo saludó una voz mecánica no bien se puso frente a la ventanilla.

-¿Perdón?

-Orden.

-¿Cuál orden? Necesito información de los horarios del comedor, o qué se va a servir el día de hoy.

-¿Orden?

-¡Maldita sea, máquina! Tengo hambre y soy nuevo. ¿Cómo funciona esto?

-Bzzt.

Tras unos segundos de silencio otra voz respondió, para la sorpresa de Desmond ésta era humana, aunque estaba llena de apatía.

-Coloque su mano sobre el escáner que está junto a la ventanilla. Mostrará el menú disponible, después solo debe pedirle el número de orden al asistente y esperar a que su platillo sea despachado.

-Vaya, eso es simple y conveniente. ¿Ya es hora de comer?

No hubo respuesta. Desmond se dio por vencido y siguió las instrucciones; no bien su mano fue escaneada el cristal de la ventanilla cambió del negro medianoche a vívidos colores en los cuales se mostraba un menú que dejó estupefacto a Desmond.

-¿Langosta? -estalló-. ¿Así que aquí vienen a parar todos nuestros impuestos? Joder, ¿cómo es que Ironbind tiene tan mala reputación en el continente si tiene estas instalaciones y la comida es de restaurant gourmet?

Nadie respondió. Desmond se encogió de hombros y ordenó lo que sería un menú prohibitivo en la ciudadela; tomó asiento en una de las mesas del comedor y aguardó con escepticismo.

Casi no podía creer lo que veía cuando media hora más tarde la ventanilla se abrió lo suficiente para dejar salir una bandeja de comida, todos los platillos eran los que Desmond había pedido; estaban calientes y bien sazonados. Cada bocanada de sustento era una oleada de sabores complejos, sin duda chefs de no poca habilidad se encargaba de la alimentación de Ironbind.

*Comida de calidad, instalaciones de lujo… ¿quién podría odiar Ironbind en estas condiciones?*

Desmond pasó la comida y después fue a la biblioteca para leer un poco y despejarse la mente. El salón era un espacio reducido, de apenas una treintena de metros cuadrados, y su mayoría estaba ocupada por estanterías repletas de libros cuyas páginas eran del color de la vainilla debido a los años acumulados con un par de tabletas electrónicas acomodadas en secciones especiales; el único espacio para leer era un puff junto a una mesita.

*¿Libros de papel? ¿Por qué hay tantos de estos aquí si, para empezar, hay tabletas electrónicas que seguro tienen un catálogo más extenso? Quizá sean donados… Eso, o Ironbind tiene en operación más tiempo del que los archivos oficiales tienen registrado.*

Tras una rápida ojeada Desmond se hizo una idea de lo que había a disposición de los reos: libros que no desafiaban en absoluto la capacidad intelectiva del lector, aventuras baratas que solo servían para perder el tiempo; justo lo que Desmond necesitaba. En toda su estadía en la biblioteca ni un alma se acercó, nadie le interrumpió; lo que la tarjeta había prometido era genuino.

Sintiéndose cansado tras su lectura Desmond retornó a su celda y trató de conciliar el sueño; algo nada fácil debido a la luz que se colaba a través del policarbonato de su celda. Por cuanto tiempo estuvo dando vueltas sobre el duro concreto en el que debía dormir, no lo supo, la luz no aminoraba nunca; siempre estaba ahí, gélida e hiriente a la vista. Imposible de escapar.

Eventualmente, debido al agotamiento, Desmond logró conciliar el sueño. Cuando despertó lo hizo de un sobresalto; jamás había despertado entre tanto silencio. Aún aislado en su domicilio los ruidos de la ciudadela se colaban entre las paredes más dentro de Ironbind el silencio permitía, si se quedaba suficientemente quieto, escuchar el palpitar del corazón.

*¿Qué hacer? Carajo, no sé ni que hora es. ¿Es hora de comer? ¿De hacer ejercicio?*

Desmond se puso de pie y, ahora un poco más acostumbrado a la luz, fue al gimnasio esperando encontrar a otro recluso para tener un poco de interacción humana; pero no lo consiguió. La puerta estaba cerrada y se rehusó a moverse pese a que Desmond hizo el intento múltiples veces.

Dándose por vencido Desmond fue a la sala de recreación donde seleccionó una serie disponible del catálogo y se dispuso a verla.

*No es Webflicks, ni Bultu o Proim. Debe ser un catálogo privado para el uso de Ironbind. ¿Por qué? ¿Qué tiene este servicio que no tengan los otros? ¿Alguna función que nos espíe? ¿Pretenden ahorrarse costos de operación? Quizá tienen un filtro para la programación que nos permitan ver; pero eso igual lo tienen los otros servicios…*

Ninguna respuesta vino a la mente de Desmond por más que analizó el servicio de video al que tenía acceso. *Has usado un servicio, los has utilizado todos*. No se movió de su asiento hasta que sintió hambre y se retiró a comer. En esta ocasión prestó atención, con no poco anhelo de escuchar un rastro, una señal de vida de otra alma aprisionada en el bloque. Nada. Cada pisada que daba atronaba entre los pasillos, magnificada por el eco hasta volverse un trueno espeluznante.

No había nadie en el comedor, solo un ligero velo de frío que cubría las mesas disponibles y el inconfundible aroma del desinfectante industrial. Desmond pidió otra comida y se le sirvió sin fallo alguno, nuevamente el sabor era digno de elogio; pero cualquier congratulación para el cocinero caería sobre los oídos del silencio.

*¿Pues dónde carajo están el resto de los prisioneros?*

Casi como si una deidad hubiese escuchado sus pensamientos, Desmond logró percibir; difuso y distante, un murmullo casi fantasmal, el susurro de la tela que roza por un instante el suelo.

Aunque duró menos que un palpitar y se esfumó tan rápido como vino, este sonido fue música para Desmond quien se dio a la caza del furtivo compañero. *¡No estoy solo, lo sabía!* Las pisadas de Desmond alzaron una algarabía que parecía el eco de un lahar entre los pasillos de la prisión.

Sin duda el estruendo que alzó Desmond debió alertar a quien perseguía, pues por mucho que corría el pasillo estaba desierto. No fue sino hasta que perdió el aliento que se dio por vencido, quienquiera que fuese delante de él claramente no quería ser alcanzado. Al detenerse Desmond tomó nota de sus alrededores. La prisión mantenía el mismo aspecto limpio y de corredores reducidos; había puertas que conducían a lugares desconocidos y celdas desocupadas por sus habitantes. Era como estar de vuelta en su región, algo imposible ya que había subido escaleras de manera continua.

¿Dónde carajos estoy? Oh, demonios, bien hecho Desmond; segundo día en Ironbind y logras perderte. Tranquilo, conserva la calma, solo hay que dar marcha atrás y todo estará bien.

Manteniendo la compostura Desmond volvió sus pasos hacia donde había escuchado por primera vez el murmullo de la tela sobre el piso. No fue tan sencillo como al principio pensó, ahora que ponía atención a sus alrededores la prisión tenía una estructura “simple” pero capaz de enloquecer a cualquiera. Los bloques de celdas estaban comunicados por un laberinto de pasillos de distancias variadas sin que hubiese forma alguna de saber en qué dirección apuntaban; y con la carencia de un reloj o método confiable para medir el tiempo era imposible saber cuánto tiempo llevaba uno entre los pasillos.

Quizá fue suerte, quizá fue su memoria que rindió frutos, pero cuando creyó perdería la cordura logró ver, desde el rabillo del ojo, la celda que tenía su identificación en el policarbonato.

Desmond se arrojó al interior de la celda y abrazó su almohada; las fibras de celulosa crujieron bajo el abrazo de aquel que miró al abismo de desesperación y logró salvarse instantes antes de caer en sus profundidades. Por primera vez en más de una década Desmond sintió ríos tibios sobre sus mejillas y ahogó su voz y saliva en la piel de la almohada.

Sin importarle que alguien lo viese ahogó sus penas hasta que la garganta le ardió y su voz se quebró, hasta que sus lágrimas se secaron y perdió la consciencia. El hambre lo despertó; podía ignorar muchas cosas menos el sentir como su estómago lidiaba con un vacío inoportuno. Sin muchas ganas Desmond se puso de pie y caminó hacia el comedor, pero en esta ocasión casi arrastrando los pies; el ruido de sus pisadas era demasiado con lo cual lidiar.

Una vez más sació su apetito en el comedor, en esta ocasión no obstante la comida había perdido un poco de su magia. Aunque el sabor era grandioso, ya no era increíble; al igual que el niño que ha visto demasiadas veces la misma ilusión y ésta pierde su encanto. El salón de recreación estaba cerrado, o por lo menos la puerta no cedió, y en la biblioteca leyó un poco antes de regresar a su celda. Fue cuando estuvo sentado, con la vista adherida a sus pies sobre el concreto, que parió una idea. *¿Arriesgada? Quizá, pero vale la pena intentarlo.*

Desmond inhaló y exhaló, se aseguró de tener los pulmones llenos de aire antes de gritar a toda voz.

-¿Hay alguien ahí? ¿Quién es un prisionero además de yo? ¿Hola?

Si las pisadas eran atronadoras, los gritos reverberaban a tal grado que casi hacían caer de rodillas a Desmond y cubrirse los oídos, pero su voluntad de encontrarse con otro ser humano era mayor.

Al principio no lo notó, pero pronto un hormigueo en las puntas de sus dedos cobró vida y se extendió sobre su piel como un manto fantasmal; la normalidad fue reemplazada por un escozor y después por entumecimiento. En el momento en que su hálito fue visible en volutas ya era demasiado tarde, la temperatura caía drásticamente; a cuestión de uno o dos grados por segundo.

La voz de Desmond flaqueó con sus repetitivos gritos, mas no se doblegó. Aún cuando el frío le acalambraba los músculos y le quemaba la piel no paró en su algarabía. *Debo de estar haciendo algo bien para que la prisión reaccione de esta forma*.

-Oye, ruidoso, cállate de una maldita vez; el bloque es una congeladora por tu culpa -finalmente le respondió una voz áspera y distante.

Eso fue lo último que Desmond escuchó antes de que los fantasmas del frío y escarcha lo entumecieran hasta perder la consciencia.

Al despertar no tenía idea de cuánto tiempo había pasado, el brillo de la luz hiriente reptaba desde el corredor hasta el interior de la celda de Desmond. Con cuidado palpó su cuerpo y encontró que ciertas secciones de éste, tal como el antebrazo diestro y las manos, estaban envueltas engasa estéril.

*Tratamiento para quemaduras por frío. Así que no quieren que nos vayamos por la vía rápida… al menos sé que hay otros reos dentro de esta prisión; pero no creo poder volver a hacer algo así. Al menos no en un futuro próximo, salió muy caro el escuchar a alguien más.*

Desmond se incorporó y al hacerlo una tarjeta cayó al suelo. La recogió y le echó un vistazo. Era un rectángulo de cartón negro, de factura simple, sin doblez ni revestimiento; solo tenía dos círculos y una calavera, uno de los cuales estaba cruzado por una X.

Primer strike, ¿eh? A este punto es preferible quedar fuera del juego que seguir en la contienda…

-¿Hol… -profirió Desmond, pero en cuanto su voz se elevó por encima de un murmullo recibió una potente descarga eléctrica por parte de la pulsera que llevaba.

Dos veces más lo intentó, y en ambas ocasiones obtuvo la misma respuesta. Ironbind no solo le había arrebatado la voz, había eliminado la posibilidad de que pudiese comunicarse con otros presos a distancia y su boleto de escape de morir congelado.

Desmond se sentó sobre el bloque de concreto que servía de cama. Miró su tarjeta nuevamente y la fuerza se le escapó de los dedos; el cartón cayó al suelo y el eco de su caída reverberó en toda la celda. Desmond colocó sus manos sobre sus rodillas y apretó hasta que sus nudillos se tornaron blancos; quería gritar, pero ahora era imposible hacerlo.

\*\*\*

El sueño terminó con un bostezo y Desmond se incorporó para desperezarse. De tres trancos atravesó su celda y se miró en el espejo. Dos ojos que habían perdido el brillo, rodeados por ojeras dignas de un mapache, le saludaron con un parpadeo tan lento que parecía cada cortina de carne trataba de levantar el peso de los años del mundo. Su piel se había tornado mórbidamente pálida y ahora una barba le cubría el cuello hasta la altura de las clavículas.

*Otro despertar más…*

Desmond arrastró los pies hacia la ducha y realizó la rutina a la que ya se había acostumbrado. Un baño, comer, buscar algo que hacer, comer, hacer algo y dormir.

*¿Cuánto tiempo ha pasado desde que me encerraron en este agujero? ¿Meses? ¿Años? Lo único que indica que el tiempo pasa en Ironbind es mi barba. Agh… ¿Por qué estoy aquí en primer lugar?*

Genuinamente Desmond había olvidado el motivo por el cual había terminado en Ironbind, ahora sólo sabía con certeza que su mundo se reducía a las dimensiones de su celda y que cuando tenía hambre debía comer, cuando le dolían los músculos iba al gimnasio, cuando tenía sueño dormía y cuando se sentía sucio se aseaba.

Ahora el silencio era su compañero de vida, y, quizá algo aterrador, era el hecho de que ya se había hecho a la idea de que nunca dejaría Ironbind. La comida que antaño tenía un sabor increíble se había vuelto en algo rutinario y mundano; bien podría comer engrudo y tendía el mismo sabor que las delicias se le servían a diario.

Ese día, no obstante, mientras comía panna cotta, un murmullo llegó a sus oídos; o eso fue la impresión que tuvo pues no había nadie más en el comedor.

-Segundo a segundo Ironbind nos mata las ganas de vivir, ¿no lo crees?

Desmond se encogió de hombros tras inspeccionar la zona y terminó de comer. *Debo estar volviéndome loco; carajo, justo lo que faltaba*. Permitir que la cordura lo abandonase era algo que no podía costearse; si perdía el juicio pasaría el resto de su vida dentro de Ironbind como un espectro del silencio, una víctima más de la prisión. Quitarse la vida era una alternativa más tentativa que permanecer cautivo, pero la maldita instalación había sido diseñada para que fuese imposible cometer eso. ¿Suicidio por alturas? Hasta ahora Desmond no había encontrado un espacio del cual dejarse caer que superase los tres metros de altura. ¿Ahorcarse? Aunque tenía su cobija, la cual no se había desgarrado en lo más mínimo por más que lo intentó, no había punto de apoyo para ahorcarse. No había barrotes, no había ganchos… nada. Morirse de hambre tampoco era una opción, ni el envenenarse o mutilarse.

Cuando su apetito estuvo saciado regresó a su celda a esperar el sueño. Era lo único que el futuro le deparaba. Las palpitaciones de su corazón pasaron…70… 140… 1400… 14000… con el silencio el corazón era lo único que permitía contar el paso del tiempo.

Fue en el preciso momento en que Desmond se encontraba en el borde entre el sueño y la vigía, cuando el mundo se distorsiona en las cornisas de los ojos y los miembros se sienten hechos de gelatina y plomo, que un ruido llamó su atención.

Aún en ese silencio sepulcral, donde el ruido mínimo era magnificado, era posible hacer sonidos quedos; sonidos que pasarían por completo inadvertidos en el mundo ordinario. Desmond se quedó quieto y atento por ochenta palpitares a la espera de escuchar nuevamente el ruido sin que sucediese, más cuando estaba por descartarlo como un efecto de su creciente locura nuevamente lo oyó: un rasguño ahogado pero firme, cual si un gusano estuviese mascando concreto o un gato rascase un poste.

El ruido duraba unos instantes, apenas veinte palpitares, y nuevamente el silencio se cernía en la celda de Desmond. Esto continuó por lo que Desmond juzgó horas hasta que el ruido del concreto rompiéndose le hizo incorporarse y, disimulando, entró al compartimento del sanitario donde encontró una fisura en la pared junto al inodoro.

-¿Pero que carajo? ¿Quién anda ahí? Responda rápido o gritaré para que baje la temperatura otra vez; de seguro a los guardias les gustará ver el estado de mi sanitario y a dónde lleva la fisura en la pared.

-Así que tú eres el gritón -respondió una voz después de un largo silencio-. Nos congelaste a todos, maldito degenerado.

-No tenía idea de que así funcionaba esta prisión. Y tengo un nombre.

-Oh, ¿aún recuerdas tu nombre? Vaya, eres más duro de lo que pensé. ¿Quién eres, gritón?

-Desmond Feltz. ¿Y tú, bribón de la pared?

-Nakamoto.

# IV

Tan abruptamente como aquel ojo apareció en la fisura de la pared fue que se esfumó sin hacer el mínimo ruido. Desmond se mantuvo quieto en su lugar por un instante, tratando de asimilar lo que había ocurrido; le tomó más de una centena de palpitares el darse cuenta de que la incomodidad que sentía en el fondo de su corazón era nada más que desesperación atenazándole la manzana del pecho.

*Hace años jamás me habría creído necesitado de contacto humano. Ironías de la vida…*

-Oye, Nakamoto, ¿necesitas ayuda para fugarte?

El silencio habitual de Ironbind fue su respuesta. El resto de su ciclo de vigía, y por otros dos más, no escuchó absolutamente nada de tal modo que creyó todo había sido solo una ilusión, un desvarío de su pensar; la prueba fehaciente que dejaba en claro su cordura se perdía.

-Eugh… otro ciclo atascado en este mundo, aprisionado sin poder escapar de Ironbind -se lamentó Desmond al girar la llave de la regadera.

-¡Ha! ¿Preso? Eres tan preso como tú quieres, Feltz -le respondió el murmullo de una voz.

La sangre de Desmond se tornó hielo y su mirada recayó en el pequeño agujero próximo al tanque de agua del inodoro. Seguía obscuro, era una ventana a la esperanza que residía en la prisión federal; no había ningún ojo que le espiase, ni labios que gesticularan para parir palabras. Sin embargo, una voz había venido de ahí, de eso no le cabía duda alguna a Desmond.

-¿Nakamoro?

-¿Quién más, el hada de los dientes? Y baja la voz, Desmond, puedo escuchar tus quejidos hasta mi habitación.

-Oh. Lo siento, creí nadie escuchaba nada.

-¿Normalmente? Sí, las celdas están lo suficientemente aisladas e insonorizadas para que ningún reo pueda comunicarse con otro, pero después del error de mi pésima triangulación ahora tenemos una vía de contacto; para bien o para mal. Y tus constantes suspiros son tan agradables como usar un rayador de queso para exfoliarme la piel.

Desmond se quedó quieto contemplando sus pulgares. Por una parte estaba agradecido de escuchar otra voz humana; pero Nakamoto era… bueno; siempre había tenido un concepto muy distinto de los japoneses.

-Creí ustedes eran una cultura de gente amable y educada.

-Con las personas normales, sí. Prefiero que una rata me roa mis nervios a seguir escuchando tus quejidos. Ni un recién enamorado suspira tanto como tú.

-Si hubiera sabido había otras almas aquí presentes y pudiese interactuar con ellas mi humor y reacciones serían muy distintas. ¿Y por qué estás aquí, Nakamoto?

-Por lo mismo que cualquier otro saco de carne; hacer más enemigos de los que debía trae sus consecuencias, Feltz.

-¿Y nunca pensaste que eso ocurriría?

-No se puede hacer un omelette sin romper huevos. Sabía que en el camino tendría que pasar por encima de varias personas cuyos intereses estaban en conflicto directo con los míos; mas no esperaba fueran tantos. Hice mi mejor esfuerzo para volverme un fantasma, me cercioré de ocultar todos mis rastros, pero jamás se puede menospreciar la pericia del humano.

-¿Calculaste mal a cuantos afectaste?

-No. Estimé de más a los que afectarían mis acciones, lo que no contemplé fue el factor de envidia; todos aquellos a quienes creí allegados de confianza que se volcaron sobre mí a la primera de cambio y lograron mandarme aquí.

-Huh, así que a ti también te jugaron torcido. Sé lo que se siente; daría mis ahorros en bitcoins para poder salir de aquí -replicó Desmond dejando salir una exhalación-. ¿Y qué ha-

-¿Bitcoins? ¿Por qué pagarías en Bitcoins y no dólares?

-¿Pues cuánto tiempo llevas aquí dentro? Todos saben que Bitcoin es la moneda líder a nivel global, el dólar desapareció hace más de dos décadas.

-Oh…

-¿Y qué has planeado hacer durante tu, claramente no breve, estadía?

-Hablas mucho con quien no conoces, Feltz -le reprendió Nakamoto-. Gastas mucha saliva.

-Antes era más callado.

-Entonces todo es por falta de control. Ahora que tienes con quien hablar piensas atiborrarte de la miel de la compañía; típico.

-Joder, casi me vuelvo loco encerrado en este lugar. No pienso desaprovechar la oportunidad.

-No estás desaprovechándola, estás derrochándola; es necesario tener templanza ante las oportunidades que se nos presentan o terminarán mal. Si quieres volver a hablar conmigo tendrás que demostrar fuerza de voluntad. Hablaremos en una semana; no antes, no después.

-¿Una semana? ¿Cómo carajos voy a saber cuándo ha pasado una semana?

-Midiendo el tiempo.

-¡Eso es imposible! No hay relojes, no hay ciclos lumínicos, ni siquiera los shows que pasan por el servicio de streaming tienen la duración marcada en la barra de progreso.

-Tienes que pensar fuera de la caja. No te han quitado toda forma de medir el tiempo. Piensa, Feltz, piensa.

Con eso murió la charla por más que Desmond trató de continuarla. *Joder, Nakamoto es obstinado como una mula, ¿cómo voy a saber qué hora es? Puedo marcar el tiempo en base a mis latidos o por cuenta normal, pero eso toma demasiada concentración y es inservible cuando estoy dormido. ¿Qué puedo hacer?*

Desmond se incorporó, tomó su ducha, y salió a comer algo poniendo especial atención en cuantos segundos le llevaba movilizarse de un lado a otro. Trescientos veinte segundos para llegar a la encrucijada y otros trescientos para estar en el comedor.

*Comer es algo errático. Podría solicitar el mismo platillo y comprobar si los tiempos de preparación son los mismos*.

La acción siguió su tren de pensamiento y, para la sorpresa de nadie, los tiempos de preparación fueron erráticos. El omelette que pidió tres veces tardó ciento seis segundos, doscientos veinte y quinientos cuatro. Con lo único que podía contar fue con el tamaño de la porción; siempre era del mismo tamaño y la terminaba en seis bocados.

La búsqueda de una forma de medir el tiempo resultó infructuosa, después de contar diez mil segundos Desmond perdió la concentración y se resignó a volver a su celda y dormir hasta que se hartó.

Su siguiente ciclo de vigía lo empleó en corroborar los tiempos que había medido previamente. Todo concordaba, ahora sabía le tomaba diez minutos y medio llegar al comedor, eso significaba veintiún minutos menos del día; quedaban veintitrés horas, treinta y nueve minutos por colocar.

Aunque la comida era un tiempo aleatorio era fácil descartar cuánto le llevaba el esperar su platillo e ingerirlo. Sí, podía hacer que las cosas funcionaran; solo tenía que estructurar bloques de segundos en actividades para que todo fuese más fácil. Y con esto una idea vino a la mente de Desmond: *La biblioteca*.

Para su fortuna ésta se encontraba libre de otros reclusos, así que pudo entrar y tomar un ejemplar de uno de las estanterías. Era un volumen grande, amarillento, con la cubierta ajada por los años idos y venidos. Al abrirlo Desmond inmediatamente se percató del daño que habían sufrido sus páginas; en la parte superior todas tenían ligeras fisuras en cada página.

*¿Daño a propósito a un libro? Es un daño muy meticuloso, si lo quisieran vandalizar sería más fácil romperlo o mojarlo; esto podría engañar de ser descuido continuo.*

Ahora que tenía un libro entre manos optó por ponerse a leer, y, sin pensarlo pasó su dedo sobre el reborde. Su piel acarició el papel que se dobló bajo la presión. Un relámpago le recorrió la espina dorsal e iluminó una idea en el pensamiento de Desmond.

*Así que esto son las arrugas. Veamos… 20… 40… 60 fisuras en el borde. Tengo sesenta segundos para leer esta cuartilla. Si el patrón se repite puedo recortar la medición del tiempo a páginas, o incluso capítulos. Oh, vaya, ¡las posibilidades son enormes! Heh… jamás pensé que mi cordura dependería de páginas de libros; vaya, como da vueltas la vida.*

Desmond comprobó que sus sospechas estaban bien infundadas, todas las páginas tenían fisuras leves en el borde superior. Más aún, los capítulos eran exactamente de diez páginas cada uno, lo cual significaba veinte minutos por capítulo si lograba ajustarse al ritmo de lectura.

*Si puedo hacer esto, desarrollar un ritmo de lectura que me permita leer una página cada dos minutos, o cada uno, podría llevar un control de tiempo. Sí, puedo usarlo como estándar; ya solo sería necesario el enfocarme en mis funciones biológicas.*

Aunque era excesivo, Desmond optó por perderse en el libro hasta que sintiese hambruna. Las páginas corrieron una tras otra. Al principio le fue difícil seguir el ritmo de los sesenta segundos por página; no estaba acostumbrado al medio impreso y en no pocas ocasiones tuvo que dar dos ciclos a los rebordes dañados para completar una página; sin embargo, Desmond estaba consciente de cuántas veces había completado el ciclo de sesenta incisiones.

Cuando sus entrañas se retorcieron por el hambre Desmond se detuvo, revisó la página en la cual se había quedado e hizo un cálculo de dónde debería de estar basado en cuantos ciclos había contado.

*Nada mal. Tres horas y media, si no metí la pata al hacer mis cuentas. Deberé ver los resultados de esto en poco tiempo.*

El resto del día continuó de acorde a la rutina que Desmond planeó. Comida, lectura, más comida y lectura hasta que sintió que el sueño le atenazaba la cordura y sus párpados cargaban con el peso de la sentencia que le habían asignado en Ironbind.

*¿Acaso llevo en verdad catorce horas despierto? Si en verdad he logrado dar con una cuenta de tiempo Ironbind habrá perdido su arma más grande para romperme.*

Desmond regresó a su celda y se tendió sobre el bloque de concreto que servía de cama; se envolvió en las cobijas y se entregó al sueño. Cualquiera que lo hubiera visto de lejos no habría notado diferencia alguna, ciertamente las cámaras no lo hicieron; pero ése día, las comisuras de Desmond Feltz estaban torcidas en una genuina sonrisa.

Las siguientes cinco jornadas de vigía fueron de silencioso aprendizaje para Desmond. El hambre era impredecible, en ocasiones llegaba después de diez capítulos; en otras solo tras ocho. Pese a todo Desmond logró adaptarse al ritmo de medición del tiempo en base a actividades rutinarias de manera gradual. Cuando terminó su tercera comida del día se retiró a su celda y entró en el cubículo del sanitario.

-Nakamoto. Oye, Nakamoto. ¿Acerté?

-En parte -respondió el otro luego de un breve silencio-. Lo hiciste lo suficientemente bien como para dar el asunto por zanjado.

-No fue fácil cumplir lo que pediste.

-Pero valió la pena, ¿o no, Feltz? -rebatió el oriental-. Piénsalo de esta forma; pese al trabajo que te costó hacerlo se te dio una forma de medir el tiempo que no habías considerado. Se recuperó la esencia de cuando comenzó a establecerse el tiempo.

-Eh, no puedo negar eso, pero… ¿por qué?

-Oh, no juegues al inocente. Si estás en Ironbind es porque tu sesera es capaz de representar un problema serio a tus oponentes. Venga, quiero oír de ti la ventaja que obtuviste.

-Si soy capaz de medir el tiempo en base a mis acciones; la ilusión de atemporalidad que causa Ironbind se reblandece.

-Correcto.

-Sin embargo, aún queda el problema de la futilidad. Sé que el tiempo pasa, pero si no te hubiera conocido y esperase hablar contigo, ¿para qué serviría? Todos sabemos que quien pisa esta isla maldita no volverá a salir.

-El conocimiento del tiempo es tan útil como cualquier otro; nosotros le asignamos el valor que creamos conveniente. Tal vez en un principio no parezca ser de gran ventaja, pero si eres paciente llegará una oportunidad. Desde el 2016 no veo la luz del día, sólo espero por el momento adecuado. Espero para realizar mi escape.

-Vaya paciencia. Cualquiera diría eres un esclavo del reloj.

-¿Esclavo? ¡No! -objetó Nakamoto con suficiente fuerza que hizo a Desmond temer se activaran las alarmas sónicas y la temperatura se alterase-. Esclavo nunca, el reloj vive para nosotros; no al revés. Nunca lo olvides. Entiende, el tiempo es finito; una vez que ha pasado no podemos recuperarlo, es el recurso más valioso de todos, si lo dominas tienes una ventaja sobre la mayoría de humanos.

-Ok, ok, tranquilo. No te descontroles -aceptó Desmond e inconscientemente movió sus manos en un gesto familiar para tranquilizar a quien no estaba ahí-. No creí fueras tan voluble.

-Con muy raras excepciones, llevo décadas que no hablo con nadie más que con mi pensamiento, habrás de disculparme si mis reacciones son un tanto inesperadas.

-Y… ¿ya me responderás que planeas para ser libre?

-¿Libre? ¿Qué es la libertad, Feltz? ¿Acaso estar dentro de cuatro paredes todos los días es diferente a la vida ordinaria? ¿No hemos vendido nuestra privacidad a las megacorporaciones y gobierno, los cuales saben que hacemos y dónde estamos a cada momento del día?

Desmond reculó. En el fondo Nakamoto no estaba errado; si alguien en verdad quería saber que era lo que alguien realizaba a determinada hora del día solo necesitaba un poco de saber técnico, algo de habilidad y una buena conexión a internet para poder enterarse e inclusive localizar a cualquier humano conectado a la red.

-Repito, Feltz, ¿en verdad somos libres allá afuera o sólo se nos vende una ilusión de libertad?

-Afuera tenemos la opción de estar encerrados o no; pero es nuestra elección al final del día. Aquí no.

-Casa de Andrew, casa de Sig, ¿Cuál es la diferencia? ¿El que las paredes sean sólidas? El problema es tu punto de vista.

-¿Ah sí? Ilústrame entonces, Nakamoto. Quiero oír mis errores.

-Una celda de dos metros, sin ventanas a ninguna parte, no presenta problema para quien es verdaderamente libre. Conversamente, una vida de lujos y placer puede ser una jaula de oro para quien vive encadenado. Los barrotes más grandes no están a nuestros alrededores, están dentro de nosotros.

-No me vengas con fantasmagorías ni filosofía barata, Nakamoto.

-No es pensamiento barato. Es reflexión. Si permites que Ironbind entre en tu pensamiento, que lo aprisione, entonces habrás perdido tu libertad; los libros que tenemos a nuestra disposición son lo único que mantiene esa llama viva.

-Huh. No esperaba tener una lección de esta naturaleza estando en prisión.

-Pues la lección terminó. Mañana toca otra.

-¿Qué? ¿Otra? Aún no me cuentas que es lo que tramas.

-¿Para qué contarte sobre lo que ya acertaste?

-Creí que eras alguien libre y que una celda de prisión te resultaba irrelevante- se mofó Desmond con una mueca torcida.

-Irrelevante sí. Libre también. Eso no implica no extrañe el exterior; mis ojos quieren ver la luz del sol, no la luz artificial de los reflectores.

-Eh, al menos sé que no piensas morir en este agüero de mala muerte. Otro cuerpo más sepultado en el culo del mundo, olvidado por la sociedad. Si vas a escapar, por favor, no te olvides de mí. Te ayudaré en lo que pueda, pero no me dejes aquí.

-No lo sé, Feltz. ¿Tienes cuentas pendientes?

-Como dijiste antes, Nakamoto, nadie está aquí por ser culpable.

-De hecho, yo dije que aquí mandan a cualquiera que tenga más enemigos de los que sus amigos puedan protegerlo. Hay varios prisioneros que son ciberpiratas, terroristas y asesinos seriales; y también hay activistas políticos, científicos, periodistas y librepensadores. El punto es que no hay solo inocentes -lo interrumpió Nakamoto con brusquedad.

*Por lo visto no le agrada que lo citen de manera errónea. ¿Habrá sido algún académico importante antes de que lo mandaran aquí?*

-Bueno, rectifico, Estoy aquí porque representaba una amenaza a quienes no consideré -dijo Desmond apretando los puños-. Irónico; supongo que, si bien no sé con certeza como fue tu experiencia, puedo decir que entiendo como te sientes cuando te apuñalan por la espalda.

-Hmm… ¿De verdad fue así? -preguntó Nakamoto y, al oído de Desmond llegó una nota distante, el susurro del interés.

-Si estás dispuesto a oír a un quejumbroso con gusto te contaré mi historia.

-…. Tenemos dos horas antes de que sea mediodía.

Desmond accedió a contar su historia para Nakamoto, el cual jamás interrumpió a su ponente. Si ponía atención o se había quedado dormido, Desmond nunca lo supo; pero por primera vez desde que llegó a Ironbind pudo vaciar su corazón del veneno que lo llenaba y sintió como una llama volvía a arder en su interior.

-… Y así es como llegamos al presente. Maldito sea Jyrk.

-Es una historia lamentable, si es que en verdad es cierta.

-¿Que?

-Por favor, Feltz, no creerás que tomaré lo que dijiste por valor puro. No basta con creer, siempre hay que verificar y confirmar.

-¿Y cómo cabrones se supone pueda confirmar mi historia si estoy aquí encerrado? No gano nada en impresionarte ni en mentirte; lo único que me queda en este agujero es el valor de mi palabra.

No hubo respuesta por parte de Nakamoto, otra vez Desmond se rodeaba del silencio. En esta ocasión no insistió en sacarle palabras al oriental, *quizá termine dándome otra cátedra de filosofía; o peor aún, se desquicie y deje de hablarme*. En su lugar Desmond continuó con su día, más para su sorpresa ese día encontró la biblioteca cerrada; posiblemente alguien la estuviese usando.

*Mala suerte. ¿Cómo se supone lleve un recuento del tiempo que he gastado en el día si no tengo mi libro de guía? ¿Qué hacer?*

En vez de retornar a su habitación, Desmond buscó algo en que ocupar su tiempo libre; sus pasos lo llevaron al gimnasio y lo encontró desierto.

Ejercicio será el día de hoy, supongo. Peor es nada.

Pese a no ser su primera opción, Desmond encontró el ejercicio como algo refrescante, un soplo de vida a la monotonía a la que se estaba acostumbrando. Cuando salió, bañado en una lámina de sudor y jadeando como un can, lo hizo con un brillo en sus ojos y el caminar del convaleciente que comienza a rehabilitarse. Los músculos le ardían y exigían reposo, sentía su corazón martillarle contra las sienes enviando un torrente de endorfinas a cada rincón de su cerebro; y dentro guardaba la esperanza de volver a hablar con Nakamoto en un futuro cercano.

Fue poco después de ducharse cuando Nakamoto decidió romper el silencio, lo cual sobresaltó a Desmond quien cavilaba sobre el pasado.

-Dime, Feltz, si en este momento entrase un guardia a tu celda y nos encontrase hablando… sería algo pésimo para tu estancia aquí, ¿correcto?

-Eh, ¿cómo podría empeorar Ironbind, Nakamoto?

-Podrían obligarte a estar completamente encerrado, sin opción de salir de tu celda para el resto de tus días. Sellarían nuestra comunicación y quizás nos moverían a alas distintas del complejo para evitar nos volvamos a ver. Sí hay formas de volver Ironbind aún peor de lo que ya es.

-Si así lo expones… vaya. Supongo debí considerar hasta dónde puede llegar la crueldad humana y la creatividad.

-Considera entonces el escenario: nos descubren de improviso. Obviamente somos culpables, nos interrogan por separado y nos ofrecen esto: si no dices cómo se realizó el túnel recibes un año de aislamiento absoluto. Si yo revelo como se hizo el túnel y tú no, tú recibes aislamiento absoluto para toda la vida y yo mantengo mis privilegios actuales; si tú hablas y yo no los papeles se invierten.

-¿Y qué pasaría si ambos hablamos? -inquirió Desmond.

-Ambos quedamos confinados para siempre.

-Supongo que… me quedaría callado.

-¿En serio? Si yo hablase, tú perderías todo y yo quedaría libre.

-Lo sé, pero asumir que me tirarías por la borda a la primera de cambio es egoísta. En teoría el castigo es menor si cooperamos entre ambos; claro que esto es un salto de fe. Confiar en alguien más no es sencillo.

-Interesante -murmuró Nakamoto y Desmond visualizó al otro reo frotándose la barbilla-. Muy interesante. Después de todo quizás sí valgas la pena, Desmond. Aunque está ese hábito de confiar…

-¿Cómo que quizá si valga la pena? ¿Acaso fue una prueba?

-En parte. Verás, no pienso ayudar a alguien que sigue las normas; tu pensamiento es paradójico, en lugar de buscar la máxima ganancia buscas que los jugadores tengan la mínima pérdida posible. Es algo inusual, pero no basta mero potencial; hay que cultivarlo, educarte.

-No hay a donde ir, te aseguro que prestaré atención a tus sermones.

-Eso el tiempo lo dirá, Desmond. Ahora, lo justo es que…

Nakamoto se detuvo abruptamente y Desmond guardó silencio; si su mentor se había callado de golpe debía tener una buena razón. Un poco después escuchó el ruido de botas sobre el concreto, cuántos pares eran no lo pudo identificar; pero no había duda eran más de tres personas las que habían entrado a la celda.

-Custodios. Saludos otra vez -les dijo Nakamoto en un susurro apenas audible-. ¿Qué los trae por aquí? Hacía meses no me visitaban.

-Deja el juego, Szabo. Confiesa de una vez cuales son las llaves y credenciales necesarias para terminar con esto -espetó un guardia.

-Ya se los dije, yo no sé nada de esto. ¡Tienen a la persona equivocada, la han tenido por décadas!

-¡No juegues al estúpido!

A Desmond se le congeló la sangre cuando escuchó romperse porcelana y los golpes de una porra acompañados del desplome de un cuerpo. El que los guardias de prisión usaran violencia no lo alarmaba, ya lo sabía, pero el hecho de que se hicieran presentes solo para darle una paliza cuando, hasta ahora, nunca antes los había visto era lo que le helaba la sangre.

Por cuanto tiempo golpearon a Nakamoto, Desmond no lo supo con certeza. Bien pudieron haber sido meros minutos, pero para él las horas corrían y la tunda no tenía fin.

-Vámonos, no va a decir nada otra vez. Hay que dejar que se recupere -ordenó una voz-. Manden a los droides médicos.

Desmond estuvo muy atento al ruido de los guardias alejándose de la celda, y cuando estuvo seguro de que solo Nakamoto se encontraba ahí fue que decidió hablar en un susurro apenas audible aún en esa prisión de silencio y soledad.

-¿Estás bien?

-Mallugado nada más. El cuerpo puede maltratarse y romperse, pero jamás se debe doblegar el espíritu.

-Um… Oye, Nakamoto, ¿por qué los guardias te llamaron Szabo? ¿Acaso no me diste tu nombre correcto?

-No puedes confiar en nadie, tienes que verificar antes de comprometerte con un curso de acción. ¿Qué me garantiza no eras un encubierto para sonsacarme información, Feltz? Usar un seudónimo es algo natural en estos casos.

-Eso lo entiendo, Nakamoto, pero… ¿por qué la insistencia de los guardias?

-Naturaleza humana. Avaricia. Control. Y porque estuve involucrado en la creación de Bitcoin.

# V

-¿QUE?

-Baja la voz, gritón. Vas a hacer que los guardias regresen y entonces estaremos en un embrollo de los gordos.

-¿Y esperabas que no gritara cuando dejas caer una bomba así? Oh, disculpa, solo eres uno de los creadores de la criptomoneda dominante en el mundo. Un evento casual, como hablar con el creador de la bomba atómica o con El Nazareno.

-Sí, sí, sí. Hurra, fama y todo eso. Si no te importa quisiera descansar, ya respondí a tu pregunta.

-Pero todavía tengo muchas otras que hacerte.

-¿Alguna vez has estado cerca de morir por contusiones?

-Erm… no… Nunca. Ni atropellado, claro que no salía de mi celda habitacional muy seguido…

-Entonces cierra el pico y déjame descansar.

-Pero tú insistes en que aprovechemos el tiempo al máximo. Ahora podrías responder a dudas -rebatió Desmond mordazmente.

-Y también tienes que entender que para todo hay un tiempo y un lugar. Hay una línea muy fina entre optimizar al máximo nuestro limitado tiempo y ser inoportuno… justo como los necios que quieren meter más transacciones de las que son humanamente posibles en cada bloque de Bitcoin. En cierta manera es admirable su esfuerzo.

-Muy bien, te dejaré en paz. Con una condición.

-¿Que responda a todas tus preguntas y cuente lo que sé acerca de Bitcoin?

-Erm… sí.

Ya no hubo respuesta. Desmond comenzaba a notar el patrón de abrupto silencio de Nakamoto; ese incómodo mutismo que causaba retortijones en las entrañas por aparente indiferencia era una parte propia de Nakamoto. *¿Acaso se ahorrará las despedidas porque son innecesarias? Ciertamente no había necesidad de confirmarlo si me respondería, y si no, pues el silencio también es válido… Aún así, no le quita lo extraño.*

Los siguientes ciclos de vigía Desmond los pasó prácticamente todo el tiempo dentro de su celda; mantener la cuenta del tiempo no era sencillo cuando la rutina se alteraba, sin embargo, era imprescindible estar al tanto de la salud de Nakamoto. Quien sabe como reaccionaría si, cuando estuviese recuperado, trataba de comunicarse con Desmond y éste no le contestaba.

Así pasaron nueve ciclos de vigía en los que Desmond se atragantaba y regresaba corriendo. Fue, cuando contemplaba su existencia reflejada en el gris apagado de la pared de concreto de su celda, que el silencio se rompió.

-¿Meditando?

-No. Más bien, espero. O esperaba.

-Esperando en Ironbind. No debiste molestarte, te habría contactado sin problemas -rebatió Nakamoto sin compasión-. Desperdiciaste tu tiempo.

-No sabía en qué momento me contactarías, no quise dejar nada al azar.

-Tu iniciativa es aprobable, pero carente de razonamiento. No pusiste en entredicho el que volvería a hablar contigo, para aclarar tus dudas; siguiendo esta premisa resulta ridículo el que intente contactarte cuando no estés. El túnel que cavé me permite saber cuando sales de la celda y cuando regresas; no trataría de contactarte si solo escucho la voz de mis pensamientos.

-Oof. Y en el departamento decían que yo era brutalmente directo.

-Deja de hacerte el blando. Si pudiste realizar un conteo de tiempo con el libro marcado en la biblioteca es porque tienes un perfil analítico y distanciado.

-Y eso cómo lo supiste. Estoy seguro de que la distancia entre la biblioteca y nuestras celdas es tal que no llega ruido de ahí hasta aquí. Y, hasta ahora, nadie se ha topado conmigo en tal locación.

-Nuevamente, tu perfil. Alguien como tú no se quemaría las pocas neuronas de las que dispone con telenovelas y series baratas de policías. No, tu medición del tiempo fue, en comparativa, excesivamente precisa; de la forma en que sólo con un instrumento de apoyo sería posible obtener esos resultados; como un libro cuyas hojas hayan sido rasgadas en sesenta pestañas.

-¿Tú los pusiste ahí?

-No. Los libros ya estaban así cuando yo llegué. Son ejemplares muy viejos, fueron traídos a esta prisión antes de la Gran Pandemia, donaciones de escuelas que se modernizaron o material recolectado de otras prisiones que cerraron sus puertas.

-Oh. Eso explica por qué no tienen mas que unas cuantas tabletas digitales entre el catálogo.

-Bien, ahora sabes un poco más sobre tu entorno y, con algo de suerte, de mí. Espero ahora pierdas ese FOMO.

-¿FOMO?

-Es un acrónimo -explicó Nakamoto en su calmado barítono-. Fear of missing out. Creíste que te perderías de información crucial si no estabas presente. Algo bastante común. En especial en las redes sociales. Por cierto, ¿aún existen esas cosas?

-Sí. Y, si los datos son de confiarse, los mismos tres gigantes de los medios han continuado peleando por los datos de los usuarios. Por cierto, ¿cómo se presenta el FOMO en las redes sociales?

-Técnicamente el FOMO se presenta en todos los aspectos del ser humano que le sean importantes Desmond, pero un ejemplo claro es en las redes sociales. Cuando el sol calentaba mis huesos los jóvenes pasaban todo su tiempo conectados a las redes sociales desde sus dispositivos móviles. Tenían miedo, sin darse cuenta, de perderse la novedad más reciente de sus pares y volverse obsoletos, o perderse quizá de algún meme de calidad.

-¿Tanto tiempo conectados? Espero hayan utilizado VPN o algo para proteger sus datos. Como oficial del gobierno que alguna vez fui, agradezco los perfiles virtuales que se elaboran con los metadatos, pero como ciudadano libre promuevo el uso de herramientas que enmascaren la navegación por la red.

-¡Ha! -rio Nakamoto, y por primera vez Desmond escuchó esa risa áspera, sardónica-. La gran mayoría ni se inmutaba, aseguraban que el que una gran compañía tuviera sus datos era irrelevante y que únicamente eran importantes los perfiles de los famosos.

-¿QUE?

-Última vez que te advierto, Desmond. Tranquiliza ese arrebato de sorpresa y baja la voz. Si vuelves a gritar se acabó nuestra sociedad.

-Perdón, perdón. Es solo que no puedo creer que la gente no protegiera sus metadatos.

-Si, bueno, eran bastante estúpidos. ¿Pero qué esperabas? Es el periodo de tiempo en que lidiaban con severos problemas de inflación. Cuando llegó bitcoin pocos creyeron en un principio, y ahora, por lo que dices, es una de las criptomonedas que se manejan en el mundo.

-Y es de las criptomonedas fuertes. En total deben ser unas trece criptos que se mueven en los mercados internacionales -aseveró Desmond-. Oye, Nakamoto, ahora que lo pienso a detalle. Si se hace trading, ¿podría presentarse el FOMO?

-Es una certeza, Los traders se desviven por una ganancia, sólo hay que ajustar el concepto de FOMO, el miedo sería perderse ese precio clave, ideal, para realizar una compra/venta de la moneda y hacer un jugoso cheque. Pero ya debes saber cómo va ese cuento.

Nakamoto guardó silencio. *¿Acaso me estará probando?*

-De seguro pocos aciertan en hacer el movimiento que les permita un retiro temprano.

-No solo eso. En ocasiones dejan ir oportunidades, mucho menos redituables aunque más seguras, por esperar ese boleto dorado; aunque en general todo se traduce a pérdidas por perseguir el sueño dorado. Yo solo puedo decir que, a veces hay que dejar de ser tan agresivo en los mercados, no enfocarse en ganar, sino en perder lo menos posible.

-Como en el dilema del prisionero. Y también no forzar el paso, como me enseñaste hace unos días -musitó Desmond frotando su barbilla detrás de su barba.

-Precisamente. Vaya, aprendes bien. Ahora tengo un poco de esperanza de forjarte en algo decente para cuando escapemos.

-Suenas muy seguro de ello, Nakamoto.

-Al igual que el triunfo de bitcoin, nuestro escape es certero; solo es cuestión de tiempo para que ocurra.

-Por cierto, hiciste mención de la inflación en las divisas de tu tiempo. ¿Cómo se daba el caso?

-¿Sabes lo que es la inflación?

-¿Qué el dinero valga menos a lo largo del tiempo?

-Precisamente.

-¿Y cómo, no, por qué ocurría? -reiteró Desmond.

-Esa será tu pregunta. Sabes que el fenómeno de inflación es el decrecimiento en el poder adquisitivo de una divisa. Quiero que pienses qué causas pueden tener dicho efecto. Piénsalo bien y mantente callado. No quiero que me hables hasta que tengas una respuesta, y más vale que sea acertada.

-¿Y mientras qué harás?

-Tengo mi imaginación, herramientas, y una agenda por cumplir para cuando escape de aquí.

Desmond se tumbó sobre el suelo, se estiró y escuchó como su espina y clavícula crujían; la sensación de incomodidad tuvo la vida de un relámpago seguida por una oleada de calma y reposo para sus músculos y articulaciones.

*Piensa, Desmond, piensa. ¿Qué podría afectar una moneda para que su valor disminuya con el paso del tiempo? Bitcoin, Ethereum, Aldos… su precio fluctúa, pero la tendencia es que continúen encareciéndose. ¿Qué diferencia tienen las criptomonedas de las divisas antiguas? No puede ser su forma digital, no, es algo más radical, algo en su núcleo de operación.*

Desmond le dedicó largas horas al acertijo que Nakamoto le había tendido, y en ello se centraba prácticamente todo su poder mental. El tábano le había mordido con una duda que exigía ser resuelta; ya fuese comer, ducharse o aún durante el ejercicio, el mundo parecía apagado y distante, un escenario de sombras por el cual se movía mientras rumiaba las posibilidades de la inflación.

El tiempo que pasaba dentro de su celda, apenas si escuchaba el rasguñar de las herramientas de Nakamoto en el concreto de la prisión. Desmond no se permitió divagar en su pensamiento con dudas sobre que rumbo llevaba Nakamoto con su túnel.

No fue sino hasta que su barba creció una pulgada que le vino a la mente el recuerdo de su plática con Joe y el problema del valor del dinero. Los ojos de Desmond centellearon cuando la memoria cobró vida. *¿Quién diría que una plática cualquiera me serviría en el futuro?*

-Oye, Nakamoto -irrumpió Desmond.

-¿Hmm? ¿Cuál es tu respuesta?

-La inflación ocurrió por tener demasiado dinero en circulación.

-Correcto, Desmond. En teoría un cierto grado de inflación es necesario para motivar la economía a crecer; para que el capital no quede estancado en los bancos y fluya. Sin embargo, el problema es cuando se imprimía más papel moneda del debido y erosionaba en demasía el poder adquisitivo de las divisas. El poder de los bancos era masivo debido a la confianza ciega de la cual eran depositarios del pelele promedio.

-La confianza respaldaría a las transacciones de los bancos. Si tienen un buen historial nadie repelaría si se imprimiese más dinero y se disparase la inflación.

-Todo estaba centralizado en los bancos, los cuales estaban protegidos por leyes obtusas para favorecerlos -gruñó Nakamoto sin dejar de picar concreto-, y al ser instituciones privadas no podía pedírseles un registro de sus transacciones. Pocos tenían idea de lo que ocurría detrás de sus puertas acorazadas; en cambio, Bitcoin ofreció algo revolucionario.

-La bitácora centralizada.

-Vaya, no eres un neófito en este tema. Sí. La bitácora centralizada fue una puñalada a los bancos. ¿A quién que tenga secretos le gustaría ver a un rival con un sistema en el que todo sea transparente?

-Con justa razón estás metido en este agujero, Nakamoto. Bitcoin debió poner de cabeza a los bancos en el pasado.

-Sólo has oído la mitad. No solo el protocolo puso en tela de juicio la confianza de las instituciones financieras, el modelo deflacionario refuerza a la criptomoneda; reduce la inflación gracias al Halving.

-Oh, hace poco hubo uno de esos. Supe que hubo mucha gente que se volvió loca por los ajustes realizados; hasta me puse nervioso al enterarme de la caída del precio de la moneda durante la primera semana.

-El Halving no debería vulnerar el precio del bitcoin sino todo lo contrario. El mismo nombre lo dice, se reduce el minado a la mitad.

-Pues no sé que decirte, solo te digo lo que ocurrió. Dos días antes del Halving todos estaban vueltos locos, el tráfico de datos que leí en los reportes indicaba un flujo masivo de compras en sitios web, el internet estaba vuelto loco a la espera y, cuando ocurrió, todo se fue al traste.

-¿Exactamente qué ocurrió con el Halving?

-No sé. Carajo, no soy especialista en Bitcoin y no tengo forma de comprobarlo -se defendió Desmond con saña-. Creo, no sé, creo que los términos de minado se ajustaron y la velocidad de minado decayó cuatro veces más de lo esperado.

-Un ajuste a la velocidad del minado de bitcoins no estaba contemplado en el papel original, solo el Halving. Pros… puede limitar la oferta de recompensas que se entregan en un lapso a fin de prevenir que algunos avispados acaparen todo al construir granjas de minado y agoten los bitcoins, o en caso raro volver más asequibles los bitcoins durante una temporada seca. Contras… ¿quién decide como, cuando y por qué debe ajustarse el minado?

-Oye, Nakamoto, ¿estás bien? -preguntó Desmond con el ceño fruncido.

-Efectos de un ajuste en la velocidad de minado… teorético… Un minero grande podría haber reventado, la operación volverse insostenible si poseyese demasiado equipo y no resultase redituable quemar energía para ganancias reducidas.

-Nakamoto…

-Hipotéticamente alguien con una inversión fuerte podría ver esto como un posible colapso, lo cual causaría una cadena de ventas de pánico por los primeros traders, el FOMO cobra fuerza, los borregos venden y un mercado con tendencia bear se gesta. Un par de días de incertidumbre en lo que el mercado se sanea y vuelve a retomar fuerza…

-En serio, Nakamoto, ¿qué te pasa?

-Pensaba en voz alta, es todo, Desmond.

-Y bien, ¿aprobé?

-Sigo hablando contigo, ¿no? Así que deja ese aire de expectativa. Lo hiciste bien para un advenedizo.

-Parece que la psicología tiene un impacto mayor del que la gente está dispuesta a admitir dentro de la economía.

-Correcto de nuevo, Desmond. Vaya, dos aciertos el día de hoy, este es un acontecimiento digno de ser registrado en el diario -se burló Nakamoto-. No se puede subestimar el impacto de la psicología, una parte importante del éxito de Bitcoin se deriva de él.

-¿Uh?

-El anonimato, Desmond. La privacidad es un tesoro que se malbarata a diario, gracias a la criptografía Bitcoin retiene el carácter anónimo de cada usuario, y ésta es su fortaleza más grande; es lo que le, si lo que dices es cierto, la ha hecho triunfar por encima de todas las demás criptomonedas.

-Ahora sí, vas a tener que explicarme la ventaja del anonimato respecto a esta moneda. Irónicamente la usaba a diario, pero nunca reflexioné sobre ella.

-¿A diario? ¿Te refieres a compras cotidianas como gaseosas y medicinas?

-Sí.

-¿Cómo es posible? El costo por realizar transacciones debería hacer que la moneda solo se emplease en compras de alto volumen u órdenes importantes.

-Oh, es por la Lightning Network.

-¿Qué es eso?

-Vaya, al fin algo que sé y tú no. La LN es con lo que realizamos nuestras transacciones del día a día, es para transacciones mínimas y que se realizan en exprés; en vez de esperar a que sea validado el bloque por los mineros el servicio es casi instantáneo y muy barato de usar.

-Ah, una aplicación derivada de Bitcoin. Eso me hace feliz.

-¿Puedes ser feliz? Ni siquiera suenas así.

-¿Quién va a saber más sobre mis emociones? ¿Tú, otro reo que ni siquiera he visto cara a cara, o yo, que llevo una vida lidiando con ellas?

-Bueno, bueno, no te sobresaltes -admitió Desmond mordiéndose el labio para disimular su sonrisa-. Solo fue una ocurrencia mía, disculpa mi imprudencia Nakamoto; después de todo tú eres mucho más inteligente que yo. ¿Puedes continuar con tu charla del anonimato?

-Te vendría bien no olvidar ese último detalle, la información es un recurso tan valioso como el tiempo. En cierta forma te estoy haciendo entrega de un tesoro. Ahora, tú dijiste que trabajaste en el gobierno, ¿no es cierto?

-Sí, me encargaba de –

-Basta, no necesito saber qué función desempeñabas para el gobierno. Solo piensa en esto, Desmond. Si yo matase a otro ser humano, ¿cómo procederías para resolver el acertijo?

-Utilizaría los recursos disponibles para los agentes del gobierno. Bases de datos de información guardada, como cámaras y micrófonos que grabaron audio en modo pasivo; se revisaría la escena del crimen a detalle para encontrar restos de ADN o huellas digitales.

-¿Y qué tal si me hubiera quemado las huellas digitales, o mejor aún, hubiese usado un traje de protección biológica para que no dejar rastro físico? Pretende, por un instante, que el gobierno o no tiene los instrumentos para encontrar rastros físicos o logré eliminar la evidencia.

-Pues… sería más complicado acusarte como culpable. Se dependería de otros medios y tomaría mucho trabajo conectar los puntos.

-Nuevo teorético: ¿y si tampoco hubiese registros de audio y video?

-Sería una investigación muy inusual, tendríamos que investigar a la víctima y construir, sobre supuestos, qué cadena de eventos habría llevado a ese punto. Sería acechar a todos los allegados del cadáver.

-¿Y si el cuerpo fuera solo un saco de carne, sin registros dentales, que murió en un incendio?

-Ya, ya. Es claro que quieres llegar al punto en el que el gobierno simplemente catalogaría ese cuerpo como un John Doe muerto por causas “naturales” y no podrían imputártelo.

-Algo similar ocurre con Bitcoin, Desmond. No en el ámbito de crimen, sino de su anonimato. A nadie le importa si tu eres un anciano, un niño, un empresario, un vagabundo, un islamita, un vegetariano, lo único que importa es que alguien hace una transacción y ésta es validada. Es completamente igualitario, nadie es discriminado.

-Pero la moneda podría ser utilizada por terroristas, o asesinos.

-¿Y eso que tiene de diferente de las monedas convencionales? Antes solo tenían que lavar el dinero, y para serte honesto no es nada difícil hacer eso. El Bitcoin es una herramienta, el uso que le den sus usuarios es ajeno a mi incumbencia. Y, como decía antes de ser interrumpido burdamente por ti otra vez; este anonimato es un escudo contra el gobierno y los medios.

-Sin nadie a quien perseguir no se le puede asignar a nadie ninguna responsabilidad de riesgo a la seguridad nacional.

-Tampoco se puede hacer una guerra sucia contra un espectro. Nadie puede controlar el libre mercado, el espíritu de Bitcoin.

-Malas noticias, el gobierno ha intervenido en los precios de las criptomonedas en múltiples ocasiones para traer algo de orden a los mercados. Los resultados han sido… variados.

-El Estado jamás ha visto con buenos ojos a los autosuficientes que protegen su privacidad.

-Quizá porque son los primeros que rompen las leyes y causan problemas para el resto de la sociedad. Si no hay nada que ocultar no hay nada que temer.

-¿Y las leyes funcionaron en tu favor a pesar de ser inocente?

-Um… Nunca dije fueran infalibles. El bitcoin tampoco parece ser infalible; si esos guardias te sacan la información que quieren la moneda se iría al traste. Curioso como algo tan valioso es tan inestable al mismo tiempo, quizá las divisas tradicionales no estaban tan mal.

-Vaya, aún tras tanto tiempo la gente aún no ha entendido del todo mi visión. Una lástima -masculló este último con un ápice de genuina decepción.

El silencio de Nakamoto fue tan abrupto que Desmond sintió como por la sangre dejaba de correr sangre y en su lugar fluía hielo. Había hablado de más, dicho algo que no debía hacer.

-Oye, disculpa, no fue mi intención. En serio.

Ni el viento le respondió, el eco de sus palabras murió ahogado entre las paredes de concreto. La experiencia decía que Nakamoto no le volvería a hablar, sin embargo, Desmond se armó de valor y continuó insistiendo por horas.

-Maldición, ¿al menos sabes que fecha es hoy?

-Veintidós de Mayo del dos mil cuarenta y uno.

-Oh, diablos, ¡es día de pizza! -exclamó Desmond y salió a todas prisas de su celda.

Como una gacela saltó por los pasillos hasta llegar a la cafetería donde pidió una pizza grande y, con sumo cuidado, guardó dos rebanadas de tamaño considerable antes de engullir el resto. Con la barriga llena y la frente fría de sudor por apresurarse fue que llegó a su celda.

-Oye, Nakamoto, ¿quieres una rebanada? -preguntó Desmond-. Supongo no te han dejado salir de tu celda por las lesiones.

-No me han dejado salir de mi celda desde hace quince años. He olvidado el sabor de toda comida que no es pasta de nutrientes.

-Oh, cielos, eso es horrible. Tengo una rebanada cubierta en servilleta. ¿Te interesa?

-Sí -afirmó Nakamoto tras algunos minutos de ponderación-. Espera, voy en camino.

Desmond esperó hasta que logró vislumbrar el ojo de Nakamoto, cerca de su inodoro. Fue en ese momento cuando introdujo la rebanada en el agujero y, por un tiempo guardó silencio; únicamente escuchó como su compañero de prisión masticaba.

-No está mal, aunque prefiero la pizza hawaiana con jalapeño. Tienes un comportamiento raro. Nunca había visto a nadie perseguir la pizza así. ¿Fetiche por la pizza? Está bien, no juzgo, solo analizo.

-¿Qué? ¡No! -se defendió Desmond saltando frente al agujero-. Es el día festivo de Pizza Bitcoin.

-No recuerdo nada por el estilo… Espera un momento. ¿Hicieron un día festivo por las dos pizzas que fueron la primera compra con Bitcoin?

-Oh, ¿así que ése es el origen de tanto consumismo? Sí, hay un día de celebración en honor a la pizza. No es tan grande como Navidad, pero sí está por encima de San Patricio.

-Las palabras me faltan para describir cuanto quiero ver el mundo exterior ahora. No pensé que mi invención tuviese un influjo tan grande en la sociedad actual. Y tú me vas a ayudar con eso.

-Así se habla, ¿cómo te ayudo?

En ese instante la pared se resquebrajó y, al igual que un cascarón de huevo vencido por las fisuras, delgadas capas de escombro cayeron al suelo exponiendo un hueco por el cual una silueta le extendió una mano pálida y huesuda, prácticamente un esqueleto forrado en pellejo reseco, que empuñaba con firmeza un cincel.

-Cavando.

# VI

-Es algo… pequeño, ¿no te parece? -murmuró Desmond al tomar el cincel.

-Cualquier cosa de tamaño mayor a un bolígrafo alertaría a los guardias. Y con algo de este tamaño el riesgo de tener exceso de confianza se minimiza; un cincel grande alienta a sobreesmerarse. Un cincel de estas dimensiones arruina el espíritu, cimenta la esperanza.

-Si tú lo dices… En cuanto al agujero, ¿cómo lo vamos a cubrir? Aún con el efecto de distorsión del cristal biselado se verá una mancha obscura, y eso va a llamar la atención.

-No habría dañado la pared si no tuviese un plan listo para cubrirlo -le reprendió Nakamoto y, de entre las tinieblas del túnel, emergieron los brazos huesudos con las manos llenas de una sustancia pastosa-. Venga, o entras al túnel o te quedas fuera hasta nuevo aviso.

-¿Vas a sellar el agujero con eso? ¿Qué es?

-Sellador barato hecho con residuos de papas y azúcar. Servirá para hacer de tapón en la pared; solo asegúrate de que emule a la pared; nada de grumos ni bultos.

-¿Y cómo quieres que haga eso? Necesito algo para que actúe como muro de contención.

Una tabla del color del hormigón fue pateada desde el agujero y se deslizó a los pies de Desmond.

-Ahí tienes. Asegúrate de que quede firme al colocarla. Te veré en tres días, cuando esto cuaje y se pueda retirar. Mientras tanto, regrésame el cincel.

-Pero recién me lo ofreciste…

-Ya es demasiado arriesgado el tener la tabla que cubre el sanitario, pero es estática, el cincel es móvil y puede perderse fácilmente por su tamaño. Si los guardias lo encontrasen entonces habría una inspección general de la prisión, y la última vez que eso ocurrió fue un desastre.

-¿Podrías confiar en mí? Quizá velo desde otro enfoque. Si logro mantener el cincel en mi posesión sin arruinar las cosas sería la forma perfecta de verificar que soy buna opción.

-Ya te verifiqué antes, de otra forma no habría colapsado tu pared -le reprendió Nakamoto sin salir de las tinieblas del agujero-. Sin embargo, me parece justo. Cuida ese cincel con tu vida. Y otra cosa, Desmond. Los registros a las celdas ocurren cuando los prisioneros se encuentran fuera; los realizan drones.

-No salir de la celda. Entendido.

-No es recomendable hacer eso, es comportamiento sospechoso. ¿Acaso asumes tu ausencia pasará por alto a nuestros vigías?

-¿Y qué hago, en ése caso? Si o sí estoy en un entuerto.

-¿Y crees que yo soy tu niñera o algo así? Usa esa cabeza, ya lo hacías antes de terminar aquí; no puedo preocuparme por tus asuntos y los míos.

Antes de que Desmond pudiese objetar algo más Nakamoto comenzó a rellenar el agujero con ese emplaste. Con el asunto zanjado no quedó más opción que colocar la tabla en su lugar y proceder con el día a cualquier costo. Desmond se cercioró de dejar la tabla tan perpendicular a la pared como fuese posible y después se retiró al comedor mientras se mordía el índice derecho.

*No puedo quedarme dentro de la celda todo el día o los guardias sospecharán, y ni en broma pensaría descuidar el encargo que me dio Nakamoto. ¿Cómo maximizar el tiempo? Podría correr al comedor y pedir un platillo, pero de seguro me retendrían ahí… Quizá por eso los tiempos son erráticos en la cocina.*

Los pasos de Desmond eran firmes, pero descuidados; los oídos le zumbaban al tiempo que pensaba en alguna forma de burlar la vigilancia de Ironbind. Fue precisamente este enfoque, que enmudeció el entorno y apagó sus colores, que Desmond no se percató de los escalones hasta muy tarde.

El percance apenas si duró un instante, cualquier observador lo habría encontrado gracioso, pero para Desmond la caída fue lo suficientemente larga para poder reflexionar. *¡Ah, por favor!* El rebote de dos escalones y el frío recibimiento del piso le pasaron factura tres destellos de dolor y el restallar de sus dientes acompañado del sabor a cobre.

Fue en ése momento que notó la advertencia de Nakamoto respecto a la continua vigilancia sobre los reos. Apenas si la sangre había comenzado a barbotar por su caída fue que un dron, salido de quién sabe dónde, sobrevoló a Desmond y activó una alarma

“Atención. Todo interno próximo abandone la zona, quien no obedezca estará a la merced de los pacificadores. Prisionero **R-375-J2-91CD** mantenga la calma; el personal médico lo escoltará hasta su celda para iniciar un tratamiento de recuperación. No se resista, será salvado.”

El dolor atenazaba el pensamiento de Desmond, quien, si su juicio no se encontrase nublado habría hecho un señalamiento al tono irónico del mensaje; lo que en verdad le sorprendió, no obstante, fue la eficiencia y velocidad con la que se le atendió en su predicamento. Apenas había pasado un minuto cuando un médico, acompañado por dos guardias y un droide, se plantaron frente a él.

-Análisis del accidente -ordenó el médico con su voz ahogada por el traje HAZMAT que llevaba encima.

El androide obedeció e inspeccionó a Desmond con el tacto y gentileza de quien pica un cadáver inflado. *Oye, no soy un trapo viejo; más cuidado, maldita sea*. El metal frío de las extremidades se hundía en su piel. Con la misma eficiencia el androide se encargó de separarle los párpados a Desmond y hacerle una prueba óptica con un haz de luz proveniente de una extremidad.

-Fractura nasal. Daños menores, hematomas en los brazos y rodilla diestra; esguince en el tobillo izquierdo. Habilidad visual no impedida en prueba preliminar.

-Resbaladura de imbécil -se mofó un guardia-; hacía mucho que no teníamos uno de esos. Por lo general son intentos de suicidio. ¿Qué hacemos con él, doc?

-Enciérrenlo en su celda. Reportaré el incidente a Central. X-12, administra antiinflamatorios y anestésicos para el dolor; y prepara las tabillas.

El androide inyectó a Desmond a la altura del muslo al tiempo que el médico extraía una tablilla para reacomodar el tabique fracturado. La frialdad con la que se le atendió dejó perplejo a Desmond, si bien agradecido por recibir tratamiento tan rápido.

Entre ambos guardias cargaron a Desmond y lo llevaron hasta su celda donde lo depositaron, igual que a un saco de verduras, sobre su cama. Fue cuando los guardias se retiraron que Desmond se percató del dron que los había estado acompañando hasta ese momento y ahora flotaba frente a él.

-¡Oigan, dejaron su dron! -gritó Desmond voz en cuello, sin embargo un segundo después sintió un escalofrío al recordar lo que ocurría por tratar de hablar con otro ser humano.

-No es un error. El dron permanecerá en su celda, prisionero **R-375-J2-91CD,** hasta que su recuperación sea tal que no requiera supervisión continua. En cuanto al dron, éste posee un sistema de comunicación directo con las cocinas de la prisión; simplemente basta con decir ORDEN DE COMIDA y lo que se desea comer. Su pedido llegará en cuanto sea posible despacharlo -ilustró el dron en tono quedo.

-¿Voy a tener un dron aquí? ¿Las veinticuatro horas? ¿Y mi privacidad? -rebatió Desmond.

-En Ironbind todos los prisioneros cuentan con el mismo grado de privacidad. El jamás ser observado es un lujo que perdieron cuando fueron traídos a esta penitenciaría. Por estatuto mandatorio no se le vigilará dentro de la zona de aseo, eso es todo.

*¿Y si?… no, ¿para qué? De seguro ya no me contestarían; probablemente hasta hagan caer la temperatura si los presiono demasiado. Hmm, piensa Desmond, ¿cómo podrías quitártelos de encima? Carajo, ¡Nakamoto! Debería alertarl… oh, de seguro ese dron está monitoreando cada palabra que digo. HMMM…*

Desmond se retorció en su cama por algunos minutos hasta que sus lucubraciones parieron una conclusión: había solucionado el problema de no abandonar su celda, lo único que tenía que hacer era arreglárselas para poder asearse sin que los guardias intervinieran. Sólo quedaba el problema de Nakamoto.

Probablemente ya escuchó el desastre, solo tendría que confirmarlo en una vuelta a la regadera.

Desmond se incorporó y fue a la única zona donde tenía privacidad, una vez ahí disimuló y dio un par de golpecitos a la pared con la espera de que su mentor estuviese atento.

-Vaya, un esguince. Nada bueno, supongo estaré en vigilancia médica hasta mi recuperación. Al menos estoy en una prisión donde los demás reos no pueden saber mi lesión -murmuró Desmond en tono reflexivo.

Por un par de minutos se quedó quieto, atento al silencio que era natural a la prisión. Fue cuando creía que nada más procedería que el ruido de unos golpecitos distantes le confirmó Nakamoto estaba enterado de su predicamento.

Ahora que todo quedó clarificado, solo queda aguardar…

\*\*\*

Un mes después Desmond ya estaba libre del monitoreo constante del dron asistente y lo primero que hizo tras el alta médica fue ir a su zona de aseo y retirar el apoyo para el emplasto.

Sorprendentemente las fisuras que había entre el tapón y la pared original eran en extremo finas, únicamente quien estuviese buscándolas en esa sección en particular podría percatarse del engaño. Tras confirmar que no había vigilancia a los alrededores Desmond empujó el tapón poco a poco hasta que éste cayó del otro lado del orificio; el metal reluciente sobre la factura de Nakamoto llamó la atención del ojo de Desmond que de inmediato alargó el brazo y tocó el metal que sobresalía en un extremo del sello de pared.

*Viejo zorro, colocaste un asa en el tapón para poder halarlo cuando entre al túnel.*

Desmond se coló en el túnel y sin perder el tiempo volvió a colocar el sello en su lugar lo cual trajo las tinieblas a sus ojos acostumbrados a la perpetua iluminación de Ironbind. Adaptarse fue muy difícil para Desmond, algo que debió ocurrir en un lapso de uno o dos minutos le debió llevar casi diez. Apenas había logrado sobreponerse a la obscuridad apareció Nakamoto con una pequeña linterna y dos cinceles en la mano.

-¿Listo para darme una mano?

Ahora que Desmond lo veía en la penumbra fue que logró conocer a su mentor. Al igual que sus manos, su cuerpo estaba recubierto por un pellejo reseco que se adhería a los huesos con la misma tenacidad que el viejo se aferraba a la vida; dos ojos de color marrón miraban desde el fondo de pozos creados por la falta de sueño y coronados por espesas cejas eternamente fijadas en un ceño que hacía retroceder a cualquiera que le cruzase la mirada. Los años habían dejado no pocos surcos en el mapa dérmico de Nakamoto y la barba le había crecido por todo aquello que su cabeza no había hecho. Le tomó unos segundos a Desmond el comprender que el anciano estaba completamente desnudo, sin embargo, optó por no decir nada sobre el asunto.

Pese al aspecto demacrado de su mentor, Desmond logró percibir una inquebrantable fortaleza en el viejo; era el tipo de fuerza de aquél que ha sido apaleado por el mundo y, sin embargo, continúa incorporándose y peleando a uñas y dientes.

-Un gusto al fin poder conocerte en persona, Nakamoto.

-Sí, sí. Toma un cincel y desnúdate.

-¿Eh?

-No me hagas repetirme. Si tu ropa llega a ensuciarse por la tierra ¿qué crees que harán los guardias?

A regañadientes Desmond accedió. Nakamoto tenía razón en su forma de actuar, pero no le agradaba en lo mínimo el despojarse de sus atavíos.

-¿Y por dónde vamos a cavar?

-Sígueme y mantén la voz baja. No porque estemos dentro de los muros de Ironbind significa estamos a salvo.

Nakamoto dio vuelta en sí y regresó por donde vino, Desmond le siguió tan encorvado como era posible; quizás la columna del viejo ya estaba acostumbrada a esa postura en la que se movía casi en cuclillas, o quizá era demasiado flexible. Lo único que Ed sabía era que ahí estaba su oportunidad de escapar y ajustar cuentas, sólo debía ser paciente.

El túnel era estrecho y muy caliente, Ed se sintió dentro del vientre de una víbora debido a continuas vueltas que había en la ruta de escape. No fue sino hasta mucho después que el túnel se expandió lo suficiente para que, muy justo, pudieran estar dos personas lado a lado en la excavación. Poco más adelante terminaba la obra ante un macizo de piedra y concreto.

No fue necesario que a Desmond le incitaran a cavar, por sí mismo tomó posición y comenzó a tallar con su cincel, empeñado a abrirse paso a la libertad. Si hubiese virado la vista, si no se hubiese dejado absorber por su concentración en la tarea a la mano, habría contemplado el esbozo de una sonrisa en los labios agrietados de Nakamoto.

-Llevas tiempo en esto, ¿no es cierto?

-Más de lo que crees.

-Y uh, ¿Qué piensas hacer al salir de aquí? -murmuró Desmond.

-Ojos en la meta, no en el futuro -lo reprendió Nakamoto secamente-. No obstante… creo que me vendría bien un reposo en los trópicos. Tal vez en un paraíso de mangos y cocos.

-¿Y no piensas ajustar cuentas con los que te encerraron aquí?

-Eso está más que sobrado decirlo, sin embargo, todos son viejos como yo y, en dicho caso, debes pensar cómo hacerle daño a un viejo que ya vivió su primavera de la vida.

-Huh.

-¿Y tú, Desmond? Dijiste que cobrarías venganza, pero ¿cómo piensas hacer eso?

-No lo sé a ciencia cierta, pero eso no me impedirá hacerlo. Aún tengo fuerza en los brazos y, de ser necesario, podría trabajar en alguna fundidora de un continente en el que no se me busque o algo así.

-¿Y si trabajaras para mí? -ofreció el viejo sin parar de picar piedra ni apartar la vista.

-¿Eh? ¿Para qué me necesitas? Ingenio no te falta para efectuar tus planes.

-Pero sí juventud y energía. Yo puedo ser el cerebro que planee todo, pero de nada sirve si no tengo quien me ayude a ejecutarlos. Y la confianza, como te he dicho innumerables ocasiones, no es algo que se obtenga fácilmente.

-Umm… sí, supongo tiene sentido el contratarme. Dudo mucho haya alguien en que puedas confiar más que en el sujeto que te ayuda a fugarte de prisión.

-Sabía el invertir tiempo en tu formación resultaría ventajoso a futuro. Bien, no me decepciones.

-Pero, Nakamoto, ¿cómo piensas pagarme y planear todo eso? A no ser que tengas empresas allá afuera que hayan escapado a la mano del gobierno y, de alguna forma se hayan mantenido a flote, no hay forma de que tengas capital.

-¡Ojos en la meta, Desmond! -le reprendió Nakamoto-. La curiosidad no es mala, pero debes saber cuándo es contraproducente. Y en estos momentos solo importa una cosa.

-Cavar…

Codo a codo ambos clavaron sus cinceles en el seno rocoso hasta que los brazos se les entumieron y una pátina de sudor y escombro les cubrió el cuerpo.

-Ya deberías regresar a tu celda, Desmond -le dijo Nakamoto-. Desaparecer por largos periodos de tiempo, aún aquí en Ironbind, levantará sospechas. No podemos cavar todo el día, y, cuando regreses, presta mucho cuidado antes de abrir la pared. Dejé un agujero con el que podrás ver dentro de la celda, no mucho, pero al menos podrás percibir siluetas en caso de que haya alguien cerca.

-Gracias por la información, Nakamoto. Y descuida, no soy tan idiota como para que me atrapen en mi primera incursión para excavar.

Desmond se arrastró de vuelta a su celda y, siguiendo los consejos de Nakamoto, se cercioró de no exponer la ruta de escape de su celda; después de eso se dio un baño a conciencia, la piel le escocía por la tierra y sudor.

Cuando el agua se resbaló por su cuerpo los músculos dejaron ir el cansancio y la tensión. La vida volvía a cada fibra de su ser con el rítmico masaje de las gotas. La vista de Desmond se perdió en el torbellino de agua que se formaba en el drenaje y esbozó una sonrisa cansada. *Un poco más*.

Días desfilaron uno tras otro, el tiempo fue inclemente con los prisioneros, pero al igual que esos pequeños cinceles la esperanza les permitía continuar adelante. El túnel le había dado propósito de nuevo a Desmond, el cual había aprovechado para marcar un calendario sobre la pared rocosa. Fue precisamente la obsesión por escapar la que lo llevó a pasar la mayoría de su tiempo dentro del túnel.

-¿Otra vez cavando de noche? -le preguntó la voz de Nakamoto en eco por el túnel.

-¿Cómo saberlo? Las malditas luces siempre están encendidas.

-Tengo un reloj de cuerda; es la una menos cuarto de la madrugada. Deberías descansar.

-¿Cómo conseguiste un reloj de cuerda?

-Lo preguntas como si fuese algo recién adquirido. No, esto es un regalo de un amigo, por así decirlo, Ross Ulbricht. Es otro prisionero de Ironbind; me envió el reloj y los cinceles con un guardia hace ya varias décadas. Si pudiera lo sacaría de aquí.

-¿Ulbricht? ¿Quién es? ¿Cómo consiguió hacer eso? ¿Y cómo sabía quién eras?

-Una pregunta a la vez, formula tus sentencias para responder de manera eficiente. Ross Ulbricht fue el creador de Silk Road, un sitio web para compra y venta de cualquier artículo o servicio con bitcoin.

-¿Cualquier cosa? ¿Hasta drogas y armas? Tienes que admitir que ese tipo de mercado es muy turbio.

-¿Y por qué tendría el la culpa del mal uso que le den a su herramienta? Todo puede ser empleado para asistir o perjudicar al prójimo; si alguien vende esclavos en un sitio web simplemente sería una manifestación del libre mercado; la carga moral es independiente a la compraventa, y en todo caso, si un artículo así fuese ofertado nadie tendría que comprarlo por falta de interés. No anexes un juicio moral a la acción de compra y venta, en todo caso eso debería aplicarse a quienes transan y, extrapolado, a la especie.

-Tamaño sermón. Pudiste haberme respondido con tu postura a favor de un mercado completamente libre y no habría dicho nada más.

-Esa es la respuesta para los ordinarios, no para mi protegido, Ed. Y quien puede crear una red de comercio como esa puede encontrar los secretos de otros, por mucho que se esmeren en guardarlos.

-Oh. ¿Soborno a un guardia?

-Lo más probable. Ese guardia nos comunicó tres veces, la primera fue un saludo de Ross; la segunda fue algo de información, la última fue el paquete con los cinceles y el reloj. Nunca más volví a ver al guardia después de ese día, en especial cuando cambiaron seguridad y todo fue operado a distancia por drones.

-¿Piensas sacarlo si escapamos de aquí?

-Quizá. Bueno, no diré más. Solo no quemes tu llama de libertad al tratar de salir antes de tiempo.

-Lo tendré en mente. Por cierto, Nakamoto, ¿qué le haces a todo el escombro que extraemos?

-Se va por el desagüe en cantidades pequeñas. Agradecería si me asistieses en dicho proceso.

-Eh, tendré que beber más líquidos en las comidas para disimular continuas idas al baño; al menos estaré bien hidratado y mis riñones estarán en paz.

-¿Acaso detecto una pizca de optimismo en tu juicio?

-Quizá.

Veinte veces treinta rayas fueron dibujadas en la pared del túnel, lapso en el cual Desmond continuó sus lecciones con Nakamoto. El anciano jamás dejó de insistir en la instrucción de su protegido para que pensase fuera de la caja, continuos escenarios que retaban su comprensión y charlas que duraban largas jornadas de minería. Fue en ese fatídico día que la pared se venció.

Un rayo de luz tímido y frío entró por la reciente fisura. El corazón de Desmond dio un vuelco y en los ojos de Nakamoto relampagueó la llama del orgullo; ese haz cálido representaba la culminación de todos sus trabajos.

-Al fin, luz natural. Y de día -musitó Nakamoto-. Ya casi estamos fuera, Desmond, casi puedo saborear la libertad. Regresa a tu celda y aprovisiónate bien, yo me encargaré de debilitar la pared y terminar con los preparativos finales. Yo te daré la señal para la última fase.

Sin perder el tiempo Desmond volvió a su celda y, con el cuidado característico de siempre se cercioró de estar libre antes de siguiera salir. Tras una ducha rápida fue a la cocina donde comió hasta hartarse e inclusive pidió más de la cuenta; comida que escondió entre su ropa y regresó a trompicones a su celda.

Una vez en su celda Desmond envolvió las provisiones en retazos de la ropa que había raído durante su estadía. Todo estaba listo, sentía el corazón en los tímpanos y sus rodillas no dejaban de tratar de encontrarse en una danza; las yemas de sus dedos le escocían.

Por horas Desmond estuvo al pendiente de cualquier ruido que proviniese de la pared; el silencio nativo de Ironbind que lo tuvo al borde de la locura ahora le jugaba en contra y recordaba las palabras de Nakamoto. “La parte más delicada de todo plan siempre es la fase previa a su ejecución”.

*Vamos, Des, tranquilo. ¿Qué tal si duermes un poco? Aún es de día allá afuera, el plan siempre ha sido escapar durante la noche. Calmarías los nervios… Pero, ¿y si no escuchas la señal? ¿Qué tal si por estar dormido todo se viene abajo? Oh no, ni en broma. ¿Y dormir dentro del túnel? No, sería aún peor. Los guardias podrían ponerse en alerta si no encuentran a un prisionero. Joder, no puedo moverme de aquí.*

Las horas pasaron con la lentitud que se mueven los glaciares, Desmond hizo su mejor esfuerzo por evitar arrancarse la melena que le crecía. Aunque se había acostumbrado a esperar al futuro, esas horas requirieron toda su fuerza de voluntad. Finalmente Nakamoto golpeó suavemente en la pared y con eso la operación se puso en marcha.

Con la agilidad que brota de la desesperación Ed y el viejo se movieron por el complejo subterráneo cargando con dos sacos de provisiones, un gran rollo de tela que había metido Nakamoto y un par de libros junto a una brújula. Al llegar al final del túnel fue el anciano el que se abalanzó sobre ella con un golpe enérgico y la derribó.

Lo que Nakamoto no había contemplado al hacer la pared tan delgada como una oblea de roca fue el acantilado en el que habían salido. Si bien poco abajo había una saliente en la cual apoyarse, Nakamoto se desplomó hacia el vacío ante los ojos horrorizados de Desmond.

Ninguno de los dos gritó. Aunque el instinto lo demandaba, Desmond sabía que debía guardar silencio a toda costa. Al asomar la cabeza por el agujero encontró a Nakamoto tendido sobre la saliente, varias extremidades habían quedado en posiciones que no se lograban de manera natural.

Desmond por su parte descendió con cuidado hasta su mentor y una vez allí trató de asistirlo, pero Nakamoto se negó.

-Hasta aquí llega mi historia, Des. Estoy viejo y mis lesiones no son menores; regresar a mi celda levantaría demasiadas sospechas y sería solo un lastre si te acompañase.

-Vamos, Nakamoto, no me abandones ahora. ¿Qué pasó con tus planes de cobrarte tus deudas y los mangos de Tahití?

-Eso lo tendrás que hacer tú. Te encargo el futuro Des. Los años que pasamos aquí, en Ironbind, fueron buenos para mí. No creí que tendría un amigo en un bribón del gobierno. Irónico, tampoco pensé que el plan se ejecutaría a la perfección solo para arruinarse al final…

-Sí, irónico -concordó Desmond con los ojos vidriosos.

-Des. Hay algo más que debes saber. Algo que nunca te dije. Yo soy el creador de Bitcoin.

-Venga ya, viejo, no es momento para-

Desmond guardó silencio, Nakamoto tenía el perfil rígido y serio; propio del que sabe no le queda mucho tiempo y no piensa gastarlo en bromas.

-Oh… Vaya. Eso explica muchas cosas, Nakamoto. ¿O debería llamarte Szabo?

-Amigo basta. Y escucha bien, el saco de tela es una balsa inflable; tendrás que llenarla con aire, así que hazlo rápido. Guíate con la brújula y las estrellas, Ésa de ahí es Polaris -explicó Nakamoto con cada vez más dificultad para hablar-. Mantén el rumbo al Noreste.

-Lo haré, Nakamoto. Gracias.

-Una última cosa, Des… -agregó el viejo y alargó una mano huesuda para sacarse de entre los dientes una muela postiza de color negro-. Esto es lo que tantos han buscado, mi repositorio de información, puede valer una fortuna ahora Tú eres mi heredero, niño. Dale buen uso y cobra venganza.

-¿Y esto cómo se usa?

-USB… Verifica… -fue lo último que el viejo dijo antes de expirar.

Ed contempló el cadáver por unos instantes. Deseaba llevárselo, pero Nakamoto tenía razón, sería solo una carga. Sin más que hacer, Desmond bajó adhiriéndose al acantilado; si bien los brazos le dolían por la fuerza ejercida y los continuos rasguños, mayor era el dolor en su pecho.

Cuando por fin estuvo al nivel del mar extendió la lona y se percató de su naturaleza: era un colchón de aire, quizás lo único que poseía Nakamoto en su celda para dormir. Sin más opción hizo uso de sus pulmones hasta que la vista se volvió borrosa y los molares le escocieron; el agotamiento en su torso era tal que tuvo arcadas. No desistió; si se rendía ahora el plan de Nakamoto se iría al traste y terminaría sus días sepultado en el silencio. Finalmente, cuando el colchón estuvo completamente inflado fue que Desmond contempló los aditamentos que su mentor le había agregado a un colchón de tamaño individual: bolsas laterales con doble cubierta para cubrir los enseres y una manta impermeable para protegerse de las inclemencias del clima.

Sin más que hacer, Desmond se internó en las gélidas aguas del Pacífico y manoteó bajo las estrellas sin mirar atrás. Sus ojos miraban hacia adelante y detrás de la sal y el agua que los cubría ardía una llama.

# VII

Agua… Azul acerado, casi del color del petróleo extendiéndose hasta donde la vista podía alcanzar; delimitar la bóveda celeste del infinito océano era casi imposible, únicamente el brillo del sol palidecía las nubes lo suficiente como para darle una idea a Desmond de dónde era arriba y dónde abajo. El frío del océano roía los huesos y la carne y las tormentas embravecían el mar sacudiendo la balsa cual juguete de bañera, la lluvia que caía era una tempestad de navajas que laceraban tanto carne como espíritu. Durante ésos tiempos, cuando el océano se embravecía y el oleaje se alzaba como el espinazo de terribles monstruos, era cuando Desmond luchaba más que nunca

*Si soportaste Ironbind, puedes soportar el Pacífico. Nakamoto no se daría por vencido.*

Aunque Desmond trataba de darse ánimo a sí mismo, sabía, muy en el fondo, que el aliento que se daba era equiparable a tratar de apagar un incendio con un vaso de agua. *Agua y cielo, azul hasta donde termina la vista. Eugh. Nakamoto planeó la salida, pero ¿cómo llegar al continente?*

Desmond continuó flotando a la deriva en el Pacífico hasta que sus víveres escasearon y su piel cambió de un enfermizo tono a través del cual podía verse el mapa de sus venas y arterias a un nutrido rojo y bronce. La sal le cubrió la piel dándole la textura de pergamino y sus cabellos duros cual Luffa.

Al igual que las piedras desgastadas por las olas, la voluntad de Desmond flaqueaba con cada sobre las olas y entonces entendió que el horror de Ironbind se expandía mucho más allá de sus muros de concreto y granito.

Fue en un día en que los rayos del sol lo cocían bajo su manta que llegó la ayuda que tanto ansiaba. Una sombra se proyectó sobre la balsa improvisada, refugiándola del sol, Desmond levantó la tela empapada y reculó del brillo del metal hasta que logró diferenciar la forma oblonga de un casco de navío.

-Eh, miren, parece ser sí hay alguien ahí -dijo una voz áspera.

-Me lleva el diablo, tenía razón señor Filmore -admitió otra voz, ésta era chillona como un pollo de hule-. Súbanlo.

Una soga cayó frente a Desmond, tenía un par de nudos para sujetarse, tenía que dejar atrás la balsa. *Estos marinos no van a querer subir un colchón inflable y pertenencias, se quejarían de mi apego a ello; y despertaría sospechas… Nadie dijo que sería sencillo el escape. Además, lo único que importa es el diente de Nakamoto.*

Desmond se cercioró de tener el artefacto envuelto entre los pliegues de su ropa y después asió la soga con las pocas fuerzas que le restaban. La tripulación lo subió a continuos tirones y una vez a bordo le extendieron una toalla.

-Gracias -murmuró Desmond.

-¿Dijo algo? -preguntó un marino-. Creo que movió los labios.

-Nah, yo no oí nada. Quizás le tembló la boca. Digo, véanlo, es puro pellejo y hueso; y apesta, necesita un buen baño.

-Primero tiene que hablar con el capitán -impuso el jefe de todos-. Es muy extraño que alguien esté aquí, en mitad de la nada, sobre un colchón inflable acoplado para ser una balsa.

-Eh, como diga, jefe -concordó un marino encogiéndose de hombros y empujó a Desmond-. Suerte.

Sin más que agregar, y con la idea muy clara de su posición tan precaria a bordo del navío, Desmond acompañó al jefe de los marinos hacia las dependencias del capitán. Pese a todo, jamás bajó la guardia; sus ojos, hundidos tras ojeras y piel demacrada, escudriñaban cada rincón de la embarcación.

*Cuadros de fotografías de varios barcos y peces. Paneles de madera. Decoración austera y un ambiente utilitario… así que terminé en un buque pesquero. Podría ser peor.*

El escolta empujó una puerta y frente a él se mostró el puente del barco donde el capitán mantenía vigía constante sobre el horizonte. Pese a los grandes avances tecnológicos de la humanidad, el navío aún empleaba, en su mayoría, instrumental que se consideraría como rudimentario.

-Y bien, señor Hobbs, ¿quién es nuestro invitado a bordo?

-No lo sé, capitán. Es mejor que hable usted con él, si es que puede hacerlo, parece mudo.

No dijo más el primer oficial, solo se retiró y cerró la puerta tras de sí. Al momento el capitán viró su silla y encaró a Desmond. Ojos color gris tormenta se le clavaron con la intensidad de un halcón marino en busca de presa, Desmond pasó saliva en seco; el rostro suave, parecido a una escultura de jabón, traicionaba esos ojos capaces de atravesar una montaña.

-Y bien, ¿quién es usted?

-Des… Dexter Fritz -balbuceó Desmond.

-¿Eh? Repítalo, casi no se escuchó.

-¡Dexter Fritz!

-Ah, así está mejor señor Fritz. No tiene mala voz. Y dígame, ¿cómo es que alguien termina varado en medio de la nada en el Pacífico; de seguro es toda una historia.

La mirada de Desmond se cruzó con la del capitán. Para ser el jefe de un navío era joven, no apenas debía estar a la mitad de la treintena de años; quizá había heredado el barco.

-¿Y qué quiere saber, capitán? Soy solo un náufrago.

-¿Náufrago? Ha, claro, y yo nací ayer. Mire, déjese de idioteces, Fritz, si es que ése es su nombre. Un colchón inflable como balsa no habría llegado a altamar.

-Oh -murmuró Edmund y una sonrisa se cuarteó en sus labios-. Eso cambia las cosas. Es astuto, capitán. De acuerdo, le contaré mi historia. Soy un prisionero político que se escapó de su convoy.

-Hmm… No lo sé. No suena verídico.

-¿Por qué otro motivo estaría en aguas internacionales donde abundan los bribones, capitán? Usted es libre de creer lo que quiera, pero ¿qué ganaría mintiéndole?

-En eso tiene un punto, señor Fritz. Admiro su valor al mencionar su estado como un hombre buscado por la ley; cualquiera guardaría silencio pues, sin duda, su cabeza debe tener precio.

-Sí… y no… -murmuró Desmond con una mueca-. Soy buscado, sí, pero para el mundo yo no existo; soy un fantasma. Un cero entre unos. Ya me quitaron mi identidad -agregó y extendió su mano ante el capitán-. Si me entregaran a las autoridades se me aprehendería y, al mismo tiempo, el gobierno negaría que fui capturado.

Desmond vio en la mirada del capitán vacilar su decisión original y, sin dudarlo, optó por capitalizar en ese instante de debilidad.

-O podría asistirme, capitán. Cualquiera que sea un hombre buscado por el gobierno es por razones serias. En mi caso es por poseer secretos de estado que pueden venderse a un alto precio a los contactos correctos; ganancias que pueden ser compartidas con usted.

El capitán se mantuvo impasible en su postura, Desmond apenas si logró percibir en las cornisas de sus cuencas oculares una contracción; la débil señal de la tensión propia de la avaricia… había mordido el anzuelo y ahora sin duda debía estar maquinando como quitarle la fortuna a Desmond.

-Si usted está dispuesto a asistirme, con mucho gusto pagaré sus servicios, capitán; pero solo hasta que esté en tierra y a salvo. Antes no, y ni se le ocurran ideas graciosas como torturarme para sacarme la información; eso ya lo intentó el gobierno por años y no logró nada. Es su decisión, puede entregarme a las autoridades o molerme a palos; pero no conseguirá nada. O puede trabajar para mí y hacer plata.

-Hmm… ¿y cómo puedo estar seguro de que cumplirá con su parte, Fritz?

-¿Qué ganaría con mentirle, capitán? Si, cuando lleguemos a puerto, usted no recibe su paga puede entregarme a las autoridades. No pondré resistencia alguna.

-Sigue sin convencerme.

-Capitán, ¿tiene acceso a la red en este momento?

-Sí. En todo momento.

-Permítame un dispositivo con conexión. Necesito revisar un par de tecnicismos en la red.

El capitán se llevó la mano al pecho y sacó de un bolsillo de su chaqueta su asistente personal que le entregó a Desmond con no poca renuencia tras haberlo desbloqueado. Desmond inmediatamente buscó USB en la red, pues si bien estaba familiarizado con los puertos, el que estaba integrado en el diente de Nakamoto era distinto a todos los que conocía. La investigación fue breve, de meros minutos; simplemente era un USB muy viejo, de tercera generación apenas. Desmond cerró la búsqueda y borró el historial antes de bloquear el dispositivo.

-Gracias, capitán.

-¿Y bien, encontró lo que buscaba?

-En parte, sí. Capitán, ¿tiene a un ingeniero a bordo? Uno que se especialice en electrónica.

-¿Qué clase de pregunta estúpida es ésa? Desde luego que lo tengo. No porque este barco parezca arcaico significa que lo es. Navegar sin ingenieros sería una idiotez.

-Bien, bien. Ahora le pregunto, ¿trabajará conmigo o me entregará a las autoridades? Decida.

El capitán tamborileó sus dedos sobre el escritorio por varios minutos, Con su mano siniestra frotaba su barbilla lampiña y de vez en cuando miraba de soslayo a Desmond. Por fin, tras un largo e incómodo silencio, el capitán presionó un botón sobre su silla de mando y mantuvo el silencio. Poco después la puerta se abrió y el contramaestre entró.

-Señor Hobbs. Escolte al señor Fritz a un camarote; dele ropa y que tome un baño -ordenó-. Es un invitado, por ahora.

-Entendido, señor.

-Oh, capitán, antes de retirarme… Por favor contacte a su ingeniero de electrónica, necesito verlo de inmediato.

-Se lo haré saber. Discutiremos los términos de su estadía durante la comida de hoy; primero tiene que asearse. Apesta.

Desmond se encogió de hombros y acompañó a Hobbs fuera del despacho del capitán hasta la ducha ubicada bajo el descansillo de la escalera. Sin preguntar entró al espacio y se aseó a conciencia; al terminar encontró un juego de ropa de marino sobre un estante próximo y se vistió.

*Bastante holgada, pero es mejor que los harapos que traía puestos. Ahora…*

Desmond se miró la mano y contempló los callos obtenidos por sus labores codo a codo con Nakamoto.

-Confianza, Des -resonó la voz del viejo en su cabeza-. Cuando te presentes ante una audiencia la confianza es primordial. No importa si tu idea es la mejor del mundo, si proyectas inseguridad nadie la tomará en serio.

Desmond parpadeó y al salir se encontró con Hobbs quien se mantenía en el mismo lugar; solo los ojos se movieron un poco al reaccionar. Con un asentimiento le indicó al invitado que lo siguiera y ambos dirigieron sus pasos al comedor del navío donde ya aguardaba el capitán a la cabeza de la mesa.

-Nada mal, señor Fritz -dijo el capitán al tiempo que Desmond tomaba asiento-. Ahora que está más presentable, hablemos de negocios. Usted solicitó a un ingeniero y lo tendrá dentro de poco; ahora el detalle de los gastos.

-Capitán, si no le importa, antes de negociar viáticos y pagos necesito hablar con su ingeniero. De nada me resultan útiles sus servicios si no cumplen con éste requisito indispensable -impuso Desmond con un tono cortante.

-Es muy quisquilloso para estar en su posición, señor Fritz. Cualquiera sería más, suave.

-Yo no soy como cualquiera. Y no se equivoque, capitán. En la situación actual tanto usted como yo tenemos el mismo poder; yo necesito transporte a tierra y usted no puede permitirse desaprovechar una paga sustanciosa.

El capitán mantuvo la mirada firme sobre Desmond y éste le respondió en igual medida. Por unos instantes ambos hombres mantuvieron un duelo con los ojos que podría haber engendrado relámpagos y centellas y la atmósfera del comedor se tornó tensa como el mar previo a la tempestad. Fue el sonido de la puerta chirriar lo que rompió el delicado balance de poder.

-Oi, Cap, ya le dije que deje de romperme las bolas cuando estoy en trabajo -estalló el ingeniero, un hombre bajo y calvo; tan corpulento como un gorila-, y con fuego en el vello desde las mejillas hasta el ombligo en una tupida lengua y un fuerte acento de la Ciudadela U-. Oh… fek, visitas.

-En efecto, señor Sparks. De hecho, es nuestro nuevo tripulante el que solicitó su presencia. Y bien, señor Fritz, aquí tiene al ingeniero que solicitó. ¿Ya está listo para hablar?

-Si no le importa, capitán, es algo que quiero discutir con su ingeniero en privado.

-Temo que eso no se va a poder, Fritz. No sé que artimaña podría decirle y poner en riesgo mi embarcación.

-Comprensible capitán, pero no pienso mostrar todas mis cartas. Dado que yo necesito privacidad y usted no piensa dejarnos, ¿qué tal si llegamos al punto medio y nadie pierde? Usted se da la vuelta y yo le robo dos minutos de su tiempo al señor Sparks.

-Hmm… concedido, Fritz. Pero este es el último favor que le concedo; está pisando hielo muy delgado.

El capitán se dio la vuelta en su silla; sí, realmente la distancia no era algo propio para mantener confidencialidad, pero nada era peor. Desmond le hizo una seña a Sparks y el ingeniero cruzó la distancia con su bamboleo cotidiano.

-¿Tiene algún dispositivo de puerto USB 3.0 que funcione? -preguntó Desmond en un susurro.

-¿3.0? -repitió Sparks-. Eso es tecnología arcaica, ¿para que diantre quiere un 3.0?

-Tengo mis razones. Y bien, ¿tiene algo que pueda aceptar esto? Que se yo, una computadora personal o algo así. Necesito una respuesta, y la necesito ya.

-Hmm. De hecho, sí, hay una. Pero buena suerte con ello.

-¿Por?

-La única razón por la que este barco tiene una entrada tan antigua es porque el padre del capitán instaló en la computadora central uno de esos puertos para poder realizar respaldos.

-Oh, vaya.

-Si… y ahora, si no le molesta, me ret….

-Ah, no. Usted se queda con nosotros; necesito acceso a esa computadora a cualquier lugar. De ser necesario va a tener que acompañarnos para asegurarle al capitán no habrá inconveniente si uso eso.

-¿Y yo por qué tendría que terminar embarrado en este asunto? -estalló Sparks, lo cual inquietó al capitán. Desmond miró por encima del hombro y confirmó el oficial aún mantenía la espalda a él, pero debía darse prisa.

-¡Baje la voz, norteño escandaloso! Escuche, al capitán le ofrecí una recompensa por ayudarme. A usted le extiendo la misma oferta, pero primero necesito acceder a esa computadora.

-Sabe… si no me lo compensa antes de bajar del bote, le pasaré la cortadora de plasma por las rodillas.

-Hecho.

Sparks regresó con el capitán y, tras tocarlo en el hombro, comenzó a hablar con él en un idioma que no reconocía Desmond, el cual se limitó a contemplar la situación y tratar de mantener su fachada de arrogancia y seguridad.

*Si el diente de Nakamoto no tiene nada de valor dentro quizá podría contactar a Wen, aunque, ¿cuánto estaría dispuesto a pagar el gobierno chino por información de alguien como yo? Tranquilo, Des, no muestres debilidad. Aún tenemos tiempo de pensar en cómo salir adelante. ¿Ofrecer una mano como tripulación? ¿Escaparme en la noche? Oh, vaya*.

El capitán asintió sorpresivamente y encaró a su huésped.

-El señor Sparks me dice que necesita usar un puerto de la computadora de mi barco a lo cual me opuse, sin embargo, me asegura que usted no puede causar daño que él no pueda reparar y que es necesario para continuar con su plan. Bien, le dejaré usarla, pero sepa bien que si mete la pata Sparks pagará por su atrevimiento.

-Le doy mi palabra no llegará a eso.

-Curioso que valore tanto su palabra un exconvicto, Fritz.

-Es un mundo extraño, capitán.

-Andando entonces. Comeremos cuando terminemos con sus solicitudes crípticas.

-Como guste, capitán, aunque la comida se va a enfriar.

-Me gustaría decir lo mismo de mi ánimo, señor Fritz.

Con un suspiro el capitán se puso de pie y emprendió la marcha de vuelta al puente acompañado por Sparks y Desmond. Hobbs se les unió al salir del comedor-cocineta. Desmond caminaba de último en la fila y notaba el estrés que su presencia causaba sobre la tripulación; los marinos no tenían tiempo para perder y éste juego de capa y espada solo podía alargarse por poco tiempo más.

Al llegar al puente Sparks se recostó debajo del tablero-escritorio y, luego de forcejear un poco, mostró una caja de metal con un foquito verde que parpadeaba. El dispositivo era positivamente antiguo, era una entrada multipuertos.

-Éste -dijo el ingeniero señalando la rejilla apropiada-, es el que busca, Fritz.

-Bien. Ahora, si no les molesta, necesito privacidad para acceder a mis archivos. De nada me serviría abrirlos frente a ustedes, podrían leer los secretos de estado y después cobrarlos.

-En eso tiene un punto, capitán -concordó Sparks-. Venga, dejémoslo que use ese puerto. Igual, no tiene a donde huir y yo estaré más que encantado de dejarlo peor que a Cristo.

-Ya somos dos, señor Sparks. Muy bien, Fritz. Puede usar la computadora, pero en cuanto vea que el rumbo de la embarcación cambia o tarda demasiado vendré por usted y tendrá una vista muy clara del casillero de Davy Jones.

La tripulación salió y Desmond no perdió el tiempo. Presionó la barra de un costado del diente para que el puerto USB saliera a la luz y trató de meterlo en la ranura indicada pero no pudo, lo viró y trató de nuevo y el éxito no le sonrió.

*Maldita porquería… ¿qué le pasa a esta tecnología vieja?* Desmond lo volvió a virar y en esa ocasión entró sin problemas. *Vamos, por favor chatarra, funciona. Oh, si te pudriste en los dientes de Nakamoto todo este circo habrá sido para nada.*

La computadora reaccionó con una notificación de un dispositivo conectado y varias alertas de actualizaciones. Desmond las ignoró y seleccionó en la PC la opción de abrir (HEX); al momento una ventana se abrió solicitando una contraseña.

*Oh, por el puñetero amor de dios. Nakamoto, ¿qué cabrones es esto? ¿Cómo se supone que sepa tu contraseña?* Desmond apretó los puños hasta que los nudillos se tornaron blancos y sus uñas dejaron marcas en su carne. *¿Qué querías que hiciera, viejo? ¿Ingresar comandos ciegamente con la esperanza de acertar? ¿O que consiguiera un hacker para decodificarlo? Ni en sueños confiaría en un hack…*

Un relámpago recorrió la mente de Desmond que pareció congelar el mundo en ese instante. ¿Podría ser? Valía la pena intentarlo. Sobreponiéndose a su estupor Desmond tecleó “Verify, don’t trust” donde debía ir la contraseña y tras presionar Enter el dispositivo se desbloqueó.

Múltiples carpetas llenaban la memoria del diente-USB, pero Desmond optó por abrir la primera de todas, la que rezaba ACCOUNT cuyos contenidos eran una hoja de documento y una aplicación. Primero abrió el documento, el cual estaba elaborado en el procesador de texto más simple de todos, y contenía dos datos: Usuario y Contraseña, los cuales eran largas líneas de código. Desmond abrió la aplicación y ésta al instante le pidió los datos del documento, los cuales ingresó y se mostró en la pantalla un estado de cuenta.

Edmund se quedó quieto por un largo minuto, tratando de procesar que había ocurrido. Una parte de sí lo había comprendido al principio, más la mayoría de su cerebro se rehusaba a reaccionar. Si la tripulación del barco hubiese visto la pantalla, ellos también hubiesen quedado petrificados, y, lo más seguro, es que hubiesen linchado a Desmond por obtener ese diente USB.

Nakamoto le había heredado todo a Desmond, incluyendo su cuenta de criptomonedas, y eso incluía una fortuna de mil ciento veinticinco millones de bitcoins. En un instante había pasado de ser un sucio prófugo a ser uno, o quizá el hombre más rico sobre la faz de la tierra.

*Maldito viejo bastardo. En verdad eras tú. Todos estos años y nunca lo tomé a consideración. Oh, Nakamoto… gracias. En verdad, gracias.*

-Capitán, ¿qué dirección de cuenta tiene usted para realizar un pago? -espetó Edmund voz en cuello, con una mano sobre el teclado, la otra sobre el diente, y la vista en la puerta.

-¿Y eso para qué, ya va a pagarme?

-Sólo deme la dirección, maldita sea, después nos ponemos de acuerdo.

A regañadientes el capitán deletreó su dirección y Desmond realizó un depósito por un total de un bitcoin con un condicional de retraso y verificación. Acto seguido desconectó el diente y se lo llevó a la boca. *Tendré que quitarme uno para reemplazarlo*.

Con esto abrió la puerta con aire triunfal y le dio la bienvenida a los tres miembros de la tripulación.

-Caballeros, por favor revisen a fondo el puente si eso les quita dudas de mi actuar, aunque les aseguro no realicé nada que perjudique al barco. Por mi parte, invito al capitán a revisar su billetera electrónica, yo ya he cumplido lo que se esperaba de mí.

El capitán viró los ojos y desde su asistente digital abrió su cartera. El rubor y bronceado de su piel se desvaneció al ver el pago y, por primera vez, Desmond notó que no tenía palabras para responder.

-Ese pago está condicionado, capitán, tengo dos días para confirmar la transacción o se cancelará, así que le sugiero no intente nada que ponga en riesgo ese dinero. Ahora, ¿podemos cenar? Muero de hambre.

-Uh… sí… uh… -balbuceó antes de reponerse-. Señor Hobbs. Caliente la comida, y abra las cajas de buen licor. No tenemos un invitado de honor ni un refugiado, tenemos a nuestro jefe a bordo. Por cierto, ¿a dónde nos dirigimos, jefe?

-A la megaciudadela A. Hay cosas que necesito ver en el otro lado del Pacífico.

-Enterado, Cambiando de dirección, a toda máquina. Llegaremos en un par de semanas, mientras tanto; señor Hobbs, en cuanto terminemos de comer dele un camarote a nuestro nuevo jefe. Y asegúrese de que tenga todo el espacio que necesite; de ahora en adelante todos deben tratarlo mejor que hasta a mí, si es posible que esos cabezas de pescado puedan comprender eso.

-Vaya, Cap, ¿y ese cambio de corazón? -se burló Sparks.

El capitán se encogió de hombros y le enseñó a su ingeniero el pago que Desmond había realizado. Desmond jamás había visto a un humano dar tantos expletivos en tan variados idiomas de forma tan rápida.

-Creo que todo esto amerita una celebración. Capitán, ¿los escolto o me adelanto para recalentar el almuerzo de hoy?

-Quédate aquí con nosotros, señor Hobbs, al menos por hoy. De no haber sido por su ojo avizor nos habríamos perdido de ésta oportunidad.

Para Desmond el resto de la tarde fue completamente aburrido e inconsecuente. Sí, los marineros festejaban por él, su nuevo jefe temporal, pero su mente estaba en otra parte. No fue sino hasta que se le llevó a su camarote, probablemente el dormitorio de un par de marinos indiscutiblemente ahora hacinados con sus compañeros, y sintió el colchón contra su espalda que logró sentirse relajado.

Desmond se llevó la mano a la boca y con el mismo cuidado que había tenido al comer y beber se sacó el valioso diente.

*Tanto poder en un envase tan pequeño. Cualquiera simplemente daría por servida su venganza al vivir, a fin de cuentas, cada día vivo es un día en que mis enemigos fracasan, pero Nakamoto no me dio esto para ser un pusilánime. Va a ser algo divertido saldar cuentas con todos, y para ello voy a necesitar tanto una tripulación adecuada como una identidad apropiada. ¿Estrambótico, quizá? ¿Por qué no, quién me lo va a impedir?*

Desmond se dio la vuelta y desde la ventanilla de su camarote contempló la luna. Ese orbe que, durante su tiempo sobre la balsa le pareció dual al ser hostil, distante y a la vez la única fuente de esperanza, hoy le parecía cálido y amigable; lo invitaba a dormir con una sonrisa en el rostro y antes de que lo supiese Desmond había quedado profundamente dormido.

# VIII

Desmond jamás había despertado de tan buen humor, o al menos no recordaba algo similar en su vida previa a ésa mañana. Aunque el barco se mecía entre las olas revolviéndole el estómago poco le importaba a Edmund, sus ánimos eran equiparables a las lejanas gaviotas que surcaban el azul del cielo. Por unos minutos mantuvo la vista en las aves, pequeñas manchas níveas sobre el azul afelpado del mar.

*Curioso… ahora hasta el cielo mismo se ve más claro. Y pensar que hace unos días estaba a la deriva sin un duro a mi nombre.*

El humor meditabundo de Desmond cambió al momento en que la cubierta crujió junto a él y el capitán del barco se acercó con un saludo de su gorra.

-Buenos días, capitán -le dijo Desmond sin moverse-. Son magníficas, ¿no es cierto?

-¿Eh?

-Las gaviotas, capitán. Mírelas, ahí arriba, vuelan libres; nada las ata.

-Quizá, pero usted es el primero que conozco que tilda de magníficas a esas ratas voladoras. Llenan de caca por donde pasan.

-¿Y no es el estiércol el abono para un futuro verde y próspero?

-Va a cultivar pepinos de mar, ¿señor Fritz?

-Quizá, capitán. Siempre he tenido deseos de ser un granjero; tal vez un sembradío de mangos en alguna parte calurosa; lejos del bullicio de las ciudadelas. Pero dejémonos de tonterías, no se me acercaría a menos de que tuviese buenas razones para importunarme.

-Perspicaz, señor Fritz. Pues, en efecto, tengo que hacerle un par de preguntas -admitió el capitán-. Descuide, serán rápidas.

-Más le vale, capitán. Mi paciencia es muy limitada con los que hurgan en mi pasado. ¿Qué quiere saber?

-En realidad, no me interesa saber de su pasado, señor Fritz. Tiene el porte de alguien que ha pasado toda su vida dentro de una oficina; está en los huesos. Si el gobierno lo considera una amenaza es porque tiene información que no quieren salga a la luz, en otras palabras; usted no es peligroso en sí. O bueno, al menos no más peligroso que un salmón.

-¿Está seguro de eso? Podría saber secretos de Estado y vendérselos a otros países o formar mi propia celda terrorista.

-Quizá, pero usted fue muy honesto conmigo cuando le pregunté por su situación.

-Punto.

-Y además, mi estómago me da un buen presentimiento sobre usted. Generalmente cualquiera que no es de fiar me causa nauseas.

-Vaya detector de honestidad tan… poco ortodoxo. Bueno, vaya al grano, no tenemos todo el día… Hmm, de hecho, sí; tenemos todo el día para divagar. Digo, ¿qué hay que hacer en altamar sino contemplar el cielo y el océano y discurrir en charla?

-Le evitaré rodeos, señor Fritz. Tras su pago caí en cuenta de algo. Podría continuar como capitán de barco, arrancándole al mar mi futuro una red a la vez con mi tripulación respaldándome… o podría ofrecerle mis servicios hasta que no los considere necesarios. No hay muchos que ofrecen un bitcoin entero por ser rescatados y transportados por el océano.

-Ciertamente no, capitán, pero, ¿qué le hace creer que lo necesitaré en el futuro? Sí, me conoce y tiene algo de información respecto de mí, pero como usted mencionó… poseo suficiente dinero como para desaparecer sin problema. Y desaparecer a los que me causen migraña.

-Sé que es lo suficientemente sensato para no desaprovechar las buenas oportunidades. Sólo… piénselo.

-Tendrá mi respuesta cuando vea los chapiteles de la mega-ciduadela, capitán.

-Comprendido. La comida se sirve tres veces al día. Si pudiera le ofrecería una despensa abierta, pero debo racionar las provisiones o no llegaremos a tierra.

El capitán se retiró tras el anuncio y la paz envolvió a Desmond quien continuó su contemplación del cielo hasta que el sol pereció en el horizonte que adquirió un color de fuego antes del despertar de las estrellas.

*Tiene razón… Lo necesitaré sí o sí. Y la tripulación parece ser bastante fiel, pero es mejor confirmar a confiar. Tendré que hacerles una prueba.*

Con tal resolución en mente Desmond regresó a su camarote a esperar a que la cena estuviese lista y después… a que llegara lo inevitable.

Los siguientes días pasaron en un parpadeo para Desmond que se limitó a realizar preguntas a la tripulación a fin de encontrar alguna flaqueza en su lealtad. Si el capitán había hablado con ellos entonces eran bastante buenos para fingir sorpresa por las propuestas que les realizó Desmond en privado. Si en verdad todo era secreto, entonces su lealtad era firme como el hierro. Las estadísticas le favorecían.

Por fin, tras casi dos semanas de viaje el cielo nocturno parecía estar en perpetuo amanecer; las luces de la mega ciudadela mantenían la ilusión de un sol a punto de nacer en el horizonte durante toda la noche.

El altavoz del barco cobró vida y la voz del capitán invitó a Desmond al puente, el cual no tardó en hacer acto de presencia.

-Ahí está, Fritz. El amanecer que nunca llega, la megacolmena está a tiro de piedra; y eso va también para aduanas.

Desmond se miró las manos. No tenía huellas digitales para ligar su identidad, lo cual significaba ningún acceso al país. *Quizá para bien, a estas alturas deben tener ojos en todos lados en caso de que asome mi cabeza; identificarme aquí sería darle santo y seña a mis cazadores de mis movimientos.* Sus dedos tamborilearon sobre el tablero del barco y frunció el entrecejo.

-Cumplió su promesa, capitán. Y como puede comprobar, yo cumplí la mía; su pago fue procesado y los fondos agregados a su cuenta -murmuró Desmond sin quitar la vista del horizonte-. Ahora es momento de realizarle otro encargo. Necesito haga contacto con alguien en la ciudadela.

-Olvídelo, Fritz. Usted contrató mis servicios para ser traído hasta aquí y nada más.

-Vaya, en verdad que es duro de roer. Muy bien, usted y su tripulación quedan contratados a perpetuidad siempre y cuando no me desquicien. Acordaremos el pago que recibirá mientras alguno de sus marinos trae a mi contacto de la ciudadela.

-Sabía que recapacitaría, señor Fritz.

-No piense que por estas negociaciones hostiles me extraerá una fortuna. Soy bastante tacaño.

-Descuide, sé cuando se puede presionar y cuando dejar ir el hilo del carrete. Ahora dígame, ¿qué es lo que necesita de la megaciudadela?

-Uno de la tripulación debe dejar en una dirección un mensaje, una simple nota que voy a escribir en cuanto atraquemos en el muelle. ¿Cuento con que podrá mantener a todos los agentes de aduanas fuera de mi área?

-Lo que usted ordene, jefe.

-Bien. Envíeme a alguien a mi camarote cuando sepa en qué muelle vamos a estar varados.

Desmond corrió de vuelta a su camarote y se encerró con todas las de la ley, acto seguido garabateó una carta para Wen escrita con el cifrado básico que empleaban en tiempos previos.

*Espero no haya olvidado el cifrado. Y que no haya cambiado su domicilio… eugh, la ciudadela es demasiado grande; de seguro debe moler a miles de almas al día. Que deprimente.*

Una hora más tarde tocaron a la puerta del camarote y Desmond respondió.

-Buenas noches, jefe. Soy Ted, el mensajero que envió el capitán. Me pidió que le informara que estamos en el muelle S-D-58-20 y que esperara a sus instrucciones.

-Un momento, Ted -respondió Desmond y llenó los datos faltantes en su carta antes de deslizarla por debajo de la puerta-. Este mensaje tiene que llegar a la dirección que está escrita en el post-it.

Ted recogió el sobre y se retiró al momento balbuceando algo sobre hacer enojar al capitán, pero Desmond no logró entender bien el mensaje. *No importa, ahora debo mantenerme callado y dejar al capitán hacer su trabajo; son suerte Wen aparecerá pronto.*

Ese lapso fue más largo de lo que Desmond esperaba, pues no fue sino hasta casi veinticuatro horas después que Wen hizo acto de presencia en el bote. Durante todo ese tiempo Desmond estuvo encerrado, atento a cualquier señal de problemas para huir tan discretamente como le fuese posible. Fortuitamente no fue el caso; como el capitán había evitado una inspección era desconocido para Desmond, pero era algo que agradeció. Inclusive llegó a pactar los sueldos de la tripulación, medio bitcoin al año como sueldo a repartir para todos los marinos, y un porcentaje de las ganancias si continuaban su itinerario pesquero; un buen contrato para esos marinos.

Un par de golpecillos en la puerta del camarote sacaron a Desmond de su ensimismamiento.

-¿Sí?

-Aquí hay alguien que lo busca, señor Fritz. Dice ser el contacto que mandó buscar.

-Oh, perfecto.

Desmond se incorporó y abrió la puerta para permitirle la entrada a Wen, el cual era… más alto de lo que esperaba. Con facilidad Wen era una cabeza más alto que Desmond, el cual medía el metro ochenta, así que tuvo que agacharse para entrar en el camarote.

-Así, que ahola eles Flitz -dijo Wen en cuanto la puerta se cerró-. ¿Qué pasó, Desmond? Ha pasado un lalgo tiempo.

-Es una larga historia… toma asiento. Y abstente de preguntar hasta el final.

Con un suspiro cansino Desmond inició la narración de lo que fue su juicio y cinco años de encierro en Ironbind y como ahora tenía en su poder la fortuna para hacer justicia por mano propia.

-Así que ése fuiste tú -musitó Wen asintiendo.

-¿Qué cosa?

-Tu gasto del plimel bitcoin de Nakamoto. Causaste levuelo internacional; ahola los melcados están como locos y todos quieren sabel que ocule. Es una glan noticia que los bitcoins peldidos sean gastados en este tiempo.

-Ahora tú lo sabes. Y necesito de tu ayuda para continuar con mi plan. ¿Puedo contar contigo?

-Sabes que sí, Desmond. Tú me ayudaste cuando empecé mi calela; es tiempo de pagal el favor.

-Por favor, Wen, no lo veas así. Podrías considerar ser parte de mi nómina; voy a necesitar empleados confiables en el futuro, y tú vales oro.

-Si tú lo dices… Bueno, en que puedo ayudalte, ¿jefe?

-Necesito una identidad nueva. Papeles para rehacer mi vida, sin credenciales válidas no puedo hacer compras y ventas; tengo dinero y ninguna forma de gastarlo.

-Eso selá sencillo. Puedo conseguilte una nacionalidad falsa sin ploblemas, ¿quieles un domicilio también?

-Sí. Tanto como sea posible.

-¿Y dónde lo quieles? Hay zonas muy buenas aquí en la ciudadela, podlías conseguil un palacio de chapitel.

-No. Si tus contactos pueden conseguirme nacionalidad falsa y tierra legítima entonces quiero Tahití. Tantas hectáreas como sean posibles.

-¿Tahití? ¿Pala qué?

-Pondré una plantación de mangos como frente de mis negocios. Tal vez un resort también.

-¿Mangos? ¿Estás loco? ¿Quién en su sano juicio quelía plantal mangos en Tahití?

-No lo entenderías, Wen. Sólo… ve si es posible. Lo agradecería mucho.

-Muy bien, te conseguilé lo que pides. Pelo selía bueno que divelsificalas tus bases de opelaciones; estar solo en Tahití te volvelá blanco fácil. Mi lecomendación es un pal de casas, al menos una en la ciudadela S y otra en la ciudadela I.

-¿Ves? Por esto es que te quería en nómina. Tus consejos valen oro.

-Ay, Desmond, ¿cómo es que estabas bien sin mí? -se burló Wen incorporándose para salir.

-Oh, Wen, ¿aún tienes acceso a la Red?

-Sí. ¿Qué necesitas?

-Un equipo de especialistas. Necesito logística, inteligencia, comunicaciones. Quiero que mis centros de operaciones estén interconectados y sean capaces de operar por sí mismos. Y de paso, averigua como sacar de Ironbind a Ross Ulbricht, no importa lo que cueste.

-Ése es un pedido grande, Desmond. Hasta yo sé quién es Ulblicht. ¿Me dilás pol qué piensas sacalo de ahí, o va a sel tan mistelioso y palticulal como tu glanja de mangos?

-Se lo debo a un amigo.

-Basta pala mi. Ok, Desmond, yo te contactalé. Ya sé en que balco estás; mi sugelencia es que se aplovisionen y paltan antes de que los inspeccionen.

-Ten por seguro eso ya está asegurado. Sin embargo, Wen, necesito otro favor. Te haré una transferencia por quince Bitcoins.

-¿Quince? ¿Pala qué? -exclamó alarmado.

-Es simple. Necesito un buque mejor que este para moverme. Aquí hasta mis ideas tienen claustrofobia. No creo sea muy difícil conseguir un barco en ésta ciudadela. Lo necesito ya. Estoy seguro de que con suficiente dinero podrás engrasar las ruedas de venta y tenerlo listo pronto, al igual que mis papeles.

-No, los astillelos están aquí mismo… Vaya, de suelte que pala cuando me ivnestigue el gobielno estalemos muy lejos.

-Solo me queda desearte buena suerte, Wen.

-Te mantendlé informado. Igual le pleguntalé al capitán unos detalles antes de telminal con todo. Pol cielto, debelías mandal a uno de tus esbilos al melcado tecnológico pol un escánel biométlico.

-¿Y eso?

-Lo vas a necesital dentlo de plonto.

-Dile al capitán que es necesario y punto. Y para aprovechar la situación, que cree junto a ti un correo electrónico anónimo, ahí me contactarás; ya le haré saber yo que tendrá que revisar el correo a diario.

Wen se marchó del camarote y Desmond se recostó sobre el colchón. *Un tanto duro, quizás sería buen momento comprar uno mullido… No, Desmond, concéntrate. Esos bitcoins tienen otro destino que la comodidad; hay que priorizar los objetivos.*

Poco tiempo después entró el capitán en el camarote de Desmond, traía su gorra de diario entre las manos y una mueca de sonrisa en los labios enmarcados en la sombra de barba.

-¿Todo listo para irnos, jefe?

-Por mi parte ya no hay pendientes, ¿por su parte, capitán?

-Cielos despejados, solo esperamos a que regrese Ted; lo mandé por el encargo que me hizo su contacto. Y ya le dije, llámeme por mi nombre.

-Como quiera, Jorl. Llévenos a aguas internacionales hasta que reciba nuevas órdenes. Aunque le advierto, esto podría tardar semanas.

-Ya le dije, descuide, el Icewind está preparado. Aprovisioné la nave como si fuese un submarino nuclear; jamás habíamos tenido las despensas tan llenas. Tenemos comida y combustible de sobra, de hecho, casi no tenemos provisiones para pesca, pero eso lo tenemos de momento solo para emergencia.

-Le daré un aplauso por previsor. Bueno, sáquenos de esta ciudadela; ya estoy cansado de estar encerrado entre cuatro paredes.

-A la orden, señor.

\*\*\*

Dos semanas y media después, cuando el Icewind flotaba a mitad de la nada Desmond fue convocado por el capitán, había llegado el mensaje que tanto habían estado esperando.

-Vaya, trabaja rápido.

-Es justo el tipo de eficiencia que espero de todos mis empleados, Jorl. Si no te molesta, necesito privacidad.

Desmond quedó a solas en el puente una vez más y abrió el mensaje que Wen le había mandado al correo anónimo provisto.

**“Preparativos listos, jefe. Equipo de apoyo reunido y en proceso de agrupación. Nueva identidad preparada, nota: me tomé la molestia de contactar a un cirujano plástico para agendar una reconstrucción facial. Más vale iniciar desde cero. Estará aguardándote en Tahití. Lo único que tienes que hacer es seguir el enlace para ligar los biométricos de tus venas a tus identificaciones y seguir el mapa anexo para llegar a tu propiedad de la isla. Espero hayan conseguido ese escáner”**

*Aquí está, Wen, bien hecho. Veamos ahora qué tienes para mí.*

Desmond colocó su mano sobre el escáner y presionó la liga que lo llevó a una página completamente en blanco salvo por un botón azul. Lo presionó y el lector cobró vida, la pantalla parpadeo varias veces durante tres minutos y después se abrió un enlace a la base de datos de Tahití donde aparecía el registro de Desmond, ahora un ciudadano por nombre de Fred Montes. Wen había fabricado todo a conciencia. Fecha de nacimiento, familiares (fallecidos), tipo de sangre… el circo completo; incluido el hecho de que compró un título nobiliario legítimo. Ahora era parte de la familia Von Hohenheim. *Tendré que preguntarle a Wen como demonios logró hacer eso en cuanto tenga oportunidad*. Ahora una vez más estaba dentro del sistema.

-Capitán -dijo Desmond al cerrar el correo y presionar el comunicador de la nave-. Todo listo, puede regresar. Rumbo fijo a Tahití, a toda máquina.

\*\*\*

Desembarcar después de más de un mes fue un tanto incómodo para Desmond, sus piernas le temblaban y sentía el estómago contraído, como si lo hubiesen bañado en hielo y ahora se replegaba para no perder calor pese a que eso le tensara las paredes estomacales. Un hormigueo le punzaba en las yemas de los dedos al ver la caseta de inmigración con los lectores biométricos; una cosa era a ver recibido la confirmación de papeles por parte de Wen, pero otra muy distinta era ponerla a prueba con la base de datos mundial.

-Tranquilo, jefe, tiene cara de haber visto una banshee.

-Quizá cuando pases por lo que yo, Jorl, entenderás mi incomodidad.

-Oh, claro, solo usted está en problemas; yo quedo exonerado de transportar a un fugitivo solo por ignorancia.

Desmond torció la boca, Jorl tenía razón y, admirablemente, seguía a su lado. *Quizá no fue tan mala idea contratar al bribón lengua de plata, después de todo.* Desmond tomó su turno en la línea y se presentó ante el agente de control.

-¿Francais?

-Inglés.

-Oh. ¿Motivo de visita, Monsieur?

-Retorno al hogar. Llevo un año fuera del país.

-¿En verdad? -preguntó el agente y su mirada se tornó de acero-. Que caso tan… peculiar. Su mano en el lector de huellas digitales.

-No tengo -dijo Desmond y le mostró sus dactilares-. Estoy registrado con biométrico de mi mapa de venas.

-Oh. Usted es uno de esos… Bien, veamos si es quien dice, Monsieur…

-Montes. Fred Montes-von Hohenheim; pero puede dejar esa última parte fuera.

-Mano sobre el cristal que está sobre la mesa. Vaya, es la primera vez que me toca utilizar este.

El cristal adquirió un color blanquecino y Desmond colocó su mano para ser verificada. El lector cobró vida y comenzó su trabajo, mientras tanto el agente no apartaba su vista de él.

-Un año entero, eh. Eso es mucho tiempo para ausentarse y vaya embarcación tan curiosa en la que viene; tiene matrícula estadounidense.

-Y para tener predilección por el inglés. Si es lo único que todo el mundo habla hay que adaptarse, en especial con una tripulación americana. Son un tanto toscos, pero buenos marinos.

-Está sudando mucho. ¿Nervioso?

-No, es el maldito calor. ¿Por qué habría de estar nervioso de mi casa?

-Ni idea, podría ser que no sea tan su casa como presume de ello.

-Quizá, agente. Usted tiene un juicio afilado, pero debería tener un poco de tacto y cuidado; nunca sabe cuando puede estar ladrando al árbol equivocado y causar un lío de los grandes.

-¿Acaso es una amenaza eso?

-¿Le suena a amenaza? ¿Qué podría hacer yo? Claramente soy un simple mortal, nadie de relevancia alguna, agente.

Los segundos continuaron su transcurso y la atmósfera se tornó tan tensa como un campo de guerra, ninguno de los dos estaba dispuesto a mostrar la mínima debilidad; así, cuando el ding del escáner sonó fue comparativo a un cañonazo. El agente apenas si viró el rostro y en su pantalla aparecieron los datos de Fred Montes, hijo adoptivo del duke Wilhelm IV von Hohenheim e hijo biológico de Francis y Monique Montes; los cuales también tenían historial familiar.

-Huh -murmuró el agente.

-¿Algún problema? Si me va a detener para realizarme más exámenes de identidad dígalo de una vez para ahorrarnos la monserga y proceder de inmediato. No tengo tiempo para perder.

-En ese caso, por favor acompáñeme a la siguiente sala.

\*\*\*

Desmond jamás volvería a ver con ojos amistosos a las agencias de control migratorio. Se le realizaron todo tipo de exámenes para confirmar su identidad biométrica, sangre incluida. Todos pasaron la prueba; sin duda Wen había hecho su trabajo a la perfección, y eso no debió ser barato. Al final del día Desmond tuvo acceso a la isla, pese al recelo del agente migratorio.

-Lo estaremos vigilando, señor Montes -le advirtió el agente.

-Me ofendería si no lo hiciera, agente.

Apenas y fue libre la tripulación del Icewind salió a su encuentro.

-Vaya, creímos nunca saldría de ahí -le dijo el capitán-. Hasta estábamos por levar anclas y salir a altamar antes de que nos echaran el guante encima.

-Por poco. Y sospecho no estaremos fuera de vigilancia por un largo tiempo, pero que lo intenten; Wen hizo un trabajo espectacular. Ahora, Jorl, si no le importa, ¿podría escoltarme hasta mi domicilio? Carezco de la coordinación para usar un automóvil.

-¿Por qué no pide un chofer por aplicación?

-¿Olvida que no tengo un asistente digital como todos en este tiempo? Todavía no estoy de pie por completo.

-Oh, cierto. Ya lo pido. ¿No le importa que sea una camioneta? Pídala de lujo si quiere, para eso es que le deposité cien mil Satoshi. Gastos de operación.

Jorl asintió y desde su asistente digital solicitó un transporte, una camioneta para quince personas, para que los llevase a la dirección en la que Desmond se asentaría; al menos de momento.

Quince minutos después de subir al vehículo habían llegado al lindero de una finca gigantesca. El sendero bien cuidado, y rodeado por setos recortados que llevaban hasta una construcción de lujo que incluía helipuerto sobre sus cuatro pisos de concreto blanco como las nubes del verano y ventanales que reflejaban la luz de la luna.

-Cielos, jefe, eso sí que es una casa.

-Y es solo para mí -fanfarroneó Desmond con una mueca-. Aunque hoy ustedes son bienvenidos a descansar, mañana tendré que darles su nuevo plan de trabajo.

El transporte los dejó a la entrada y Desmond se percató de que jamás había recibido llaves, la forma de abrirla era una interrogante que se solucionó cuando la puerta se abrió y de ella salió Wen.

-Ah, al fin llegan. Bien, los estamos espelando. Mañana a plimela hola ploglamalé los escáneles de acceso con tus biométlicos, jefe.

-¿Nos esperan? ¿Quiénes? No me digas que el cirujano está aquí.

-Oh, no, el está en su casa. Mañana selá un día ajetleado; también tendlás que il con él. Pelo aquí te está espelando tu equipo pala inicial tus planes.

-Demonios, Wen, eres demasiado eficiente.

-Me pagas pol eso.

# IX

Desmond followed Wen closely into the mansion, paying almost no heed to his surroundings; something that the sailors did in a diametrically-opposed fashion. It was hard to blame them, though; the decoration was exquisite, lifelike statues carved out of stone by a hand that had spent a lifetime carving dreams out of stone.

Their steps led to the third floor of the manor, to a specific room whom entrance was barred by two doors of cast metal wide enough to let a bus pass with room to spare.

“God damn, look at those doors. Certainly nothing sketchy happens behind them” joked Jorl. “Say, when are we going to enter the Chamber of Secrets, boss?”

“When you’re summoned” interjected Wen with a quick and calm response. “Now, Desmond, please follow me. Time is of the essence; the team has other tasks to perform”

“I’m dying to meet them.” Snorted Desmond.

Wen pushed one of the doors and it slid open without making any sound, such was the precision with which the frame and hinges had been installed. Inside only darkness awaited, and thus both Desmond and Wen were swallowed by the inky unknown leaving the Icewind’s crew to their own.

“Time to scram, I guess… I wonder if the boss has a stocked fridge” mumbled Jorl.

While the sailors scrambled over the manor, Wen and Desmond were greeted by flickering lights that revealed a room with a long table made of glass with twelve chairs flanking a central one. Immediately lights flickered and holograms displaying the message **UNAVAILABLE** came to life.

“What’s all this, Wen?”

“As I said, you’re going to meet your team. Personally, it was quite the task to assemble them. Here, have a look at them” said Wen leaning over one of the desk terminals and tapping over the touchscreen glass.

The screen changed from the message into a resumé form, the first one was a bald fellow; with tar-black muttonchops thick enough to fit as a natural feature on a sheep, and a striking pair of heterochromia eyes.

“Jax. Coding. Top of the class; has been a permanent toothache for the Europeans. One of the few folks that have the dubious honor of being requested to be locked up at Ironbind” explained Wen.

“Sheesh. How in the world did he not end up in that hellhole?”

“Coding. Jax is the wizard that set you up with all your new identity. My government had him on the watchlist for a few years now, so locating him wasn’t that complicated; all things considered”

“Lucky me”

“Very. He had some contacts which I’ve included into the team as well; of course, I first had to give them some screening.”

“We have time for a quick debriefing?”

“Yeah. We still have five minutes”

“Let me see ‘em, then”

More messages were replaced by resumés; each one displaying a person of skill to match the others of the team.

*This ain’t going to be cheap. Most of them are career criminals, and geniuses to boot; keeping this boat afloat is gonna be demanding to say the least.*

“Say, Wen, it’s good to have hackers, investigators and data analysts, but that simply won’t cut it; I need a more diverse folio-“

“Way ahead of you, boss. Figured that, despite your newfound fortune, your pockets wouldn’t be bottomless; so, I followed your orders and got Ulbricht out of Ironbind and into your payroll now. If you’re going to start a big-time business, who better to help you out than him? Besides, these folks don’t come in cheap.”

“Yeah, figured as much. But that Ulbricht move? A+ for your effort, Wen. I assume you’re sitting at investigation?”

“And logistics, or personal assistant of yours if that’s your call. At least for the time being, once your mango farm company takes off, we’re going to need more scrub- I mean, employees. Speaking of, I’ve hired some local hands to work on the fields; a shipment of seedlings arrived just this evening; so, by tomorrow morning this crazy operation of yours should start on good footing”

“Amazing you’ve managed to pull this off”

“Money goes a long way. I still have some coins on my wallet, though. There’s also a second team, let’s call them the B-list. I’ll introduce them to you later”

“What’s the difference between this team and the B-listers, Wen?”

“Legality. B-list is a team of brilliant accountants, engineers, botanists and PR. You know, the kind of help required to actually run a legit mango company.”

“Color me impressed, assistant.”

Suddenly the screens started to bleep and the message changed into live-feed streams with every attendant ready for the conference call.

“It’s showtime, Des” mumbled Wen in a barely audible whisper.

Desmond walked nonchalantly to the chair at the head of the table and took a seat, then cleared his throat before facing his new team.

“Thank you for attending this meeting. Since time is money, and I’ve read your resumés, we’ll skip introductions. I already know what is important about you and, well, you know enough about me; I’m really not that interesting. So, let’s get down to business; shall we?”

Everyone nodded to Desmond’s proposition.

“First order of the day. Research. I need information about the following targets: Jyrk Gauldursson, Chief of Security in Citadel D-C. And full investigation on the incident of Desmond Fritz, all parties involved”.

“Already done, boss” replied Layla, the investigator. “Did my homework. I’ll send the data files through the link, everyone else already has the dossier already. If you need anything let me know.”

“Good. I’ll read them up once we’re done here. And, yes, you could do me a favor, Layla. Be a dear and gather Intel regarding the stock market.”

“Ooh, I smell a lobbyist manipulation?”

“Money has to be made, and none of us is a saint; so, gather that intel on the meantime. Time to put some pressure on the Citadel D-C. Now, on to other matters at hand! Comms and data intervention. I need Gauldurs- Nay, all the nincompoops on the dossier tracked 24/7. If someone buys pistachios at a corner store I want to know; if someone is watching a video about kittens on Utube, I want to know it; if someone has caught flu, I want to know it.”

“Got it, chief. It’ll take some time though” answered Jax. ”I need three weeks of work for each target of the dossier”

“Three weeks? God damn, you’re slow as hell, Jax” said a man with a plain, blunt face. “I can get it done in two, your age is starting to show”.

“Better slow and safe than quick and sorry, Reznov. Your spaghetti code mess can be easily cracked by a drunken freshman without even trying”

“Competitiveness is good in a certain degree; but this has gone long enough. For good or bad you’re a team now, and you will have to work as such; don’t like it? Bail out now” Interjected Desmond with an icy tone that clove the animosity at the root. “Now, if you’re done acting like preschoolers, we have other points in the agenda to touch”

“Sorry, chief”

“Yeah, sorry, boss.”

“Good. Now, media specialists; have you read the dossier that Layla sent?”

“Affirmative.” Replied a fellow that had half his face covered in chrome, possibly due to a mechanical reconstruction surgery. ”Once the monitoring phase begins I’ll expect daily summaries of the targets behavior to profile and start a campaign of subterfuge of their public identity”

A woman also nodded; she was the other member of the team; however, she wasn’t able to answer due to being a mute out of personal choice.

“Wonderful, Zero, Tina, keep doing your best. Now, regarding bases of operations, how’s the setup for the other citadels?”

“All transactions have begun, we just need your signatures of approval, sir” answered a diminutive man. “Can’t proceed without funds, regrettably”

“Send the paperwork to my inbox to clear that up ASAP. Now, that just leaves me with one more task to check: public image. What you have on the menu for me… Claudius?”

“Somefin’ outta dis werld, baws, ya gotta exploit ya status y’know. Use da charm o ya title, if ya are a Duke, then flaunt it! I know from ya assistant th’t tomorraw ya gonna go and get a checkup befoah some good ol’ fashioned scalpel butcherin’. Mah suggeshtion? Capitalize, boy. If ya are a Bombast, th’n be bombastic; confuse and bedazzle!”

“Well… I wasn’t expecting that, but I would be lying if I say your advice has taken me by surprise; Claudius. My protector taught me that, for enacting my plans, I would have to be flamboyant so to attract and distract my rivals at the same time.”

“Wise words, let me tell ya. Someone knew ‘bout th’ true powah of dramatic tension. Sounds like ah fun one t’ be ‘round.”

“He was… He really was; well, once you managed to get past the crusty exterior. But I also was warned to not overdo the drama or I could end in a pickle”

“Das why I’m ‘ere; yah talkin’ to th’ best o da best when it comes to fakin’ somefin. Sixty-fayv,citadels infiltrated. So, go get ya work done on da chop shop and once ya done I’ll get ya a roight n proppa wardrobe selection; and mebbe sum trainin’ on accent and manners”

“I’ll take you on that offer, Claudius. And, well, that concludes the session; however, before adjourning it I have to ask if anyone is going to relocate to this base of operations. Being spread all over the globe has coverage and independent benefits, but being clustered in one central location has the benefit of ease of control. After all, if something happens to someone it might be too late to react by the time we’re notified; so, it’s in my interest to keep the team close”

“We will see about that once this gig is up and running, boss, the hardware has to be calibrated all over the globe prior to that. And, well, your house could turn into a madhouse with so many clowns around” said Jax.

“Yeah”, was the general answer that Desmond got from the team. *They seem reluctant to be cooped together, but at least they didn’t outright refuse; so that’s a good start.*

“Alright, meeting adjourned gentlemen.”

Desmond pressed the X on the touch-sensitive glass and the live-feed was cut, then the holograms instantly shut down and the meeting room sank into darkness for a couple seconds before Wen whistled and lights gradually rose into intensity.

“That was… something.”

“No joke, boss. I don’t know how you manage to do that, Des, but you actually became entirely someone else. Far too stern and cold; especially when you calmed the quarreling.”

“I don’t know, Wen; I guess Nakamoto’s teachings rubbed on to me. Now, can we go and have dinner? I’m starving”

“Sure thing, boss.”

The rest of the night wasn’t something worthy of note; sure, the memorabilia and installations of the manor were top of the line, but besides that nothing of major interest happened to Desmond until the next day when he woke up in a mattress that, for a long time, didn’t made his back feel like ground beef.

“You look like you had a nice night of rest, boss” mumbled Wen when he saw him at Desmond at the dinning room.

“Sure did! Finally my back isn’t killing me, so I’m in a good mood today. Let’s go see the doctor and get things out of the way”

“You aren’t going to grab breakfast?”

“Will do once we’re back from the clinic; I really want to get that sorted out as soon as possible.”

“All right, all right” agreed Wen and stood up with his plate half-finished. ”Since we’re going out let’s pass through the biometric telemetry pad to get the house attuned to you, we’re still an hour or so prior to the appointment”

The process was relatively simple, but time consuming; after all, if something has to be done to perfection time has to be spent. By the time all biometric were updated in the main control room the clock showed 30 minutes prior to 11 am, and thus with a small pep in their step, and a warning to the sailors to behave while the boss was away, Wen and Desmond left to the doctor’s appointment.

A car ordered through an app picked them up as soon as they exited the manor and in less than twenty minutes they were at the clinic, ready for the appointment.

“Remind me to take driving lessons, and get a really fancy car or two”

“You don’t know how to drive, boss? Gee, you just had to say it; I can teach you anytime you feel like it”

“Well, we can’t start without a car, but once that’s settled, we’ll get to the learning part. Now, let’s get this over already” grumbled Desmond prior to crossing the threshold of the building.

“Welcome to Sinai Medical Center, do you have an appointment?” greeted a young receptionist with a smile that shone like the sun.

*Heh… so small and reddish at the cheeks. She looks like a tiny raspberry.*

“Yes, his highness, the Duke Fred Montes van Hohenheim, is here to meet Dr. Laurent for an evaluation” interjected Wen with a small gesture of reverence towards Desmond.

“Oh, right away. Please follow me, just one moment please” said the receptionist prior to pressing a button on the nearby terminal “Dr. Laurent, your 11 am appointment is here; we’re headed to your office”

Desmond and Wen followed the receptionist through a set of corridors reeking of disinfectant and wide enough to fit three people shoulder-to shoulder and still have some free space at the sides. Despite the walk being short, the stench and bright limps dulled Desmond’s senses and felt as if he was walking back into Ironbind.

“Hey, boss, you’re ok?” whispered Wen.

“Indeed, I’m fine. Why do you ask?”

“You’re sweltering. I know the place looks like a robotic minimalist wet dream, but not enough to go pale as sour cream”

“Just… flashbacks. Don’t worry about it unless I pass out.”

“Yeah, well, at this rate that might happen anytime now. I’ll see if I can get you a cup of water or something”

Suddenly the receptionist stopped by a door near the middle of the current hallway, a plaque polished to a glossy sheen said “Dr. Ethan Laurent”. The woman knocked twice on the metal panel and it slid open revealing a rather spartan office with just two egg-shaped chairs in front of an icy-themed desk.

“Please, have a seat, the doctor is probably washing his hands” encouraged the receptionist.

Wen and Desmond walked inside and took a seat on the rather uncomfortable eggs, as soon as they did that the door slid shut and the doctor walked out of a door next to the desk; the bathroom, most likely.

Desmond took a second to get a good glance of the doctor. He was of stocky build, clean shaven in scalp and beard, with burly hands more fitting for a construction worker than for a surgeon; and his eyes had an icy pierce, like diamonds that scoured the soul of the patient.

“Ah, welcome, Duke, and I presume Wen?” said the doctor in a clam, silky tone. “As per your request, this is going to be strictly confidential. So, cosmetic surgery for facial reconstruction was requested; it can be done, I see a lot of potential on the Duke, but the question is not what do I want to perform but what does my customer want to be performed”

“I want a semblance that instills respect, fear maybe, but also keeps an air of royalty; a dignified patrician so to speak” replied Desmond with calm demeanor. “I was cursed with the face of a simpleton when I was born; and it is a fate I intend to change no matter the cost”

“Of course, Duke. Why be stuck with something in life if we have the power to alter it? Let me have a good look at you”

The doctor stood up and walked to Desmond, then with his hands he started to prod and stretch the flesh of his patient’s face.

“Hmm. Not the best clay to perform my craft, but rarely does the sculptor have the best materials available. Yes, I will transform this domestic shorthair into a roaring lion.”

“Good. Now, let’s talk about dates. I want to change my face as soon as possible; I’m willing to pay a premium for speeding it up, doctor.”

“I’m sure you can, Duke Montes, but rushing perfection can lead to sub-par results. Proper preparations must be followed; here is the list of medical tests needed prior to surgery. As soon as that’s done I’ll Schedule your surgery; no sooner nor later. And, who knows, maybe by then a bribe might be accepted to put you at the top of the list.”

Just as he said that, the doctor returned to his chair and tapped a few keys on his terminal and sent the file to Wen.

“Now, if you don’t mind, I have other patients to tend to.”

“Will do, doctor. Will do.”

\*\*\*

Three months later…

Desmond’s fingers tingled at the tips, it was the itchiness of anticipation; the physical manifestation of anticipation and anxiety due to the unknown. Darkness enveloped his eyesight, and when the pressure of the bandages lessened its grip around his temple his heart hammered against his prison of flesh and blood.

“Easy now, boss; I know you want to see yourself on the mirror but be patient” said Wen with a chuckle.

Gauze and sterile materials were removed and a nurse approached a mirror towards Desmond’s face and, as soon as he laid eyes on the silvery surface, a smile marred his swollen face.

“Well, Wen, what is your opinion of the work performed? I want honesty, not sugar-coated words”

“To be fair, boss, you look like a tomato swollen by an allergic reaction; and the fabricated wrinkles aren’t exactly too pronounced either; but the doctor said you were his best work thus far”

“Well, here’s hoping he’s right. Time will tell, now, take me back home; is the pesticide shipment here already?”

“Yes. Unloading started last night while you were under surgery.”

“Wunderbar, Wen. Now, let’s get that paper for medical release, I have to meet with the teams for further work”

“Good news, nurse, you can rule out any sort of brain damage due to anesthetics. The Duke insists on practicing his german, which only a sane madman would attempt given the current conditions.”

\*\*\*

“Feeling alright, boss?”

“Yes… it’s just… well, Ever went through the experience of using your shoes for a long time and then, when you change them, it doesn’t feel right?”

“Yeah. Why?”

“This change is pretty similar. I thought I would get over the initial shock of having a different face, but the truth is that many times I still walk to the mirror and get startled because there’s a man that I don’t recognize staring at me.”

“Do you have regrets, boss?”

“None at all, this was just a small price to pay to enact my revenge.” Replied Desmond prodding his cheeks while looking at himself on the mirror. “And, I have to give it to doctor Laurent; his claim was true, he really gave me a face worthy of a noble”

“And of a Tyrant too.”

“Yeah, maybe the extra hair in the eyebrows was a tad too much, but strangely it is okay for my taste. Regal, patrician, but fearsome”

“Are you done with self-flattery, boss? The conference line is ready”

“Sure, sure. I’ll be there in two minutes; I have to wash my face”

Desmond washed his beard and then walked back into the conference room where everyone was already waiting, everyone was present in the flesh; and quite surprised to see the boss’s new look.

“Well, gentlemen, everything is in order at last. Now, open up the investigation dossier; we have enough information to put Jyrk through hell”

X

Minería de Bitcoin: Para certificar un bloque de Bitcoin se hace un proceso conocido como “minar” haciendo referencia al oro. Que implica iterar combinaciones posibles de una “contraseña” y el que lo encuentre tiene derecho a incluir el siguiente bloque y prueba a todos que el fue el primero en lograrlo.

-power of sound/ace – Make up your mind – Mikado/

Cosas a considerar:

Bitcoin Maximalista nicho de mercado.

Perfil Bitcoin Maximalista:

En contra del estado algo anarquistas a favor del libre mercado

Autosuficientes

Alimentación: Carnes Rojas y Pizza (por el evento)

Festividades:

Enero 3 2009. Creación de Bitcoin

https://thecryptoconomy.com/calendar/

Puntos Interesantes:

Revivir a Hal Finney. Hal Finney genio en código y pionero en Bitcoin fue congelado en 2014 después de una enfermedad para que su cuerpo pudiera ser revivido en un futuro. **(Punto a discutirse. La posibilidad de resurrección necesitaría tecnología de 200 años de adelanto, como mínimo, para que fuese ciencia ficción blanda al usar un cerebro positrónico para restaurar la sinapsis. Si es ciencia ficción dura la resurrección tras crionización es imposible debido a los problemas de entropía y causalidad además del inevitable daño celular que sufren aún con los compuestos más avanzados)**

<https://serieslan.com/loo/detengan-el-mundo-que-me-quiero-bajar%20http://bwarhammerquestcustomized.runboard.com/t59>

<http://wquest.free.fr/rules/Dwarf%20Guildmasters.htm>

<http://wqchronicles.com/misc/norsca.htm>

http://wquest.free.fr/rules/rul\_055.htm